



UNA HORA AMERICANA

LA REFORMA UNIVERSITARIA
DESDE EL PENSAMIENTO
NACIONAL Y LATINOAMERICANO

Facundo Di Vincenzo, Mara Espasande
y Carlos Godoy (compiladores)



Departamento
de Planificación y
Políticas Públicas



Secretaría de
Ciencia y Técnica

UNA HORA AMERICANA

LA REFORMA UNIVERSITARIA
DESDE EL PENSAMIENTO
NACIONAL Y LATINOAMERICANO

Facundo Di Vincenzo, Mara Espasande
y Carlos Godoy (compiladores)

Di Vincenzo, Facundo

Una hora americana : la reforma universitaria desde el pensamiento nacional y latinoamericano / Facundo Di Vincenzo ; compilado por Facundo Di Vincenzo ; Mara Espasande ; Carlos Godoy. - 1a ed. - Remedios de Escalada : De la UNLa - Universidad Nacional de Lanús, 2019.

162 p. ; 29 x 21 cm.

ISBN 978-987-4937-32-2

1. Universidad. 2. Reforma. I. Di Vincenzo, Facundo, comp. II. Espasande, Mara, comp. III. Godoy, Carlos, comp. IV. Título.

CDD 378.008

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LANÚS

Rectora

Dra. Ana Jaramillo

Vicerrector

Dr. Nerio Neirotti

Comité editorial

Daniel Bozzani

Pablo Narvaja

Francisco Pestanha

Ramón Álvarez

Publicación correspondiente al Congreso Desafíos de la Educación Superior en Nuestra América: a 100 años de la Reforma Universitaria realizado el 14 y 15 de septiembre de 2018 en la Universidad Nacional de Lanús (UNLa).

Coordinación general

Mara Espasande y Magalí Gómez

Comité organizativo

Ernesto Dufour, Daniela D'Ambra, Carlos Godoy, Ana Parafioriti, Mariano Cabral, Carlos Avondoglio, María Villalba

Consejo académico

Ana Jaramillo, Eduardo Rinesi, Nerio Neirotti, Hugo Biagini, Andrea Daverio, Lucas Krotsch, Daniel Toribio, Carla Wainsztok, Alberto Filippi, Mario Oporto, Oscar Tangelson

Diseño de tapa: Antonela Binelli

Diagramación: Camila Leone

Corrección: Pablo Núñez Cortés

Impreso en Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Prohibida la reproducción sin la expresa autorización por escrito.

© El autor

© Ediciones de la UNLa

Av. 29 de Septiembre 3901

(1826) Remedios de Escalada, Lanús

Provincia de Buenos Aires, Argentina

Tel. (+54)11 5533-5600 int. 5727

publicaciones@unla.edu.ar

www.unla.edu.ar

ÍNDICE	Pág.
PRESENTACIÓN	8
PRIMERA PARTE	14
EL IDEARIO NUESTROAMERICANISTA EN LA REFORMA DE 1918	
La Reforma, la libertad creadora nacional y el anhelo de justicia social Ana Jaramillo	15
Una aproximación a las <i>Reflexiones</i> de Saúl Taborda Mauro Scivoli	24
El fantasma de Ariel recorre Nuestra América. Las ideas precursoras de la Reforma: la influencia de José Martí y José Enrique Rodó a partir de <i>Nuestra América</i> y <i>Ariel</i> Juan Godoy	35
SEGUNDA PARTE	54
LA REFORMA RECORRE AMÉRICA LATINA	
La Reforma universitaria en las calles. Haya de la Torre en las huelgas y marchas de trabajadores y estudiantes en el Perú (1916-1919) Facundo Di Vincenzo	55
El pasado como presente: el legado de la Reforma de Córdoba en Guatemala Jorge Mario Rodríguez Martínez	74
José Vasconcelos y la universidad. Vasconcelos en la Universidad Autónoma de México Aritz Recalde	90
Los pensionados estudiantiles mexicanos en América del Sur. El caso de Chile y Uruguay 1917-1920 David Antonio Pulido García	104

Julio Antonio Mella: El tránsito martiano de la Reforma en Cuba Felipe de J. Pérez Cruz	135
Crisis y resurrección de la Reforma universitaria. La izquierda nacional argentina y la Reforma de 1918 Marcos Mele	151

Presentación

Un encuentro para pensar la universidad en América Latina y el Caribe

La presente publicación es el resultado del trabajo realizado durante el Congreso Desafíos de la Educación Superior en Nuestra América: a Cien Años de la Reforma Universitaria, llevado a cabo el 14 y 15 de septiembre de 2018 en la Universidad Nacional de Lanús (UNLa).

Inspirado en el legado del grito reformista que comenzó en Córdoba y se expandió a lo largo y ancho de la región, este encuentro motorizó un conjunto de reflexiones referidas al papel que puede desempeñar la universidad como agente dinamizador de los procesos de autoconocimiento e integración regional en América Latina.

Fundamentado en la necesidad de reelaborar los paradigmas educativos vigentes, e impulsado por la voluntad de abrir campos de exploración académica ligados a las problemáticas propias, el congreso organizado por el Centro de Estudios de Integración Latinoamericana Manuel Ugarte (UNLa) abrió sus puertas a destacadas figuras del ámbito político, gremial y académico que —a lo largo de numerosas alocuciones— pusieron en entredicho las tendencias elitistas y extranjerizantes que a menudo predominan en la educación superior latinoamericana. Intervinieron docentes, estudiantes, no docentes, graduados, especialistas y dirigentes políticos y gremiales bajo diferentes modalidades.

«La descolonización es la búsqueda del camino propio», exclamó Jiovanny Samanamud Ávila (exviceministro de Educación Superior de Bolivia) quien, junto con Ernesto Villanueva y los investigadores Pablo Imen y Anahí Guelman, participó de la mesa inaugural, dirigida a diseccionar la dimensión pedagógica de la lucha emancipatoria. El rector de la UNAJ, Ernesto Villanueva, enunció el problema medular: «El velo ideológico, la formación colonial es tal que no nos permite ver nuestros problemas». Samanamud, por su parte, transmitió la valiosa experiencia que viene realizando el pueblo boliviano en la construcción del Estado plurinacional, misión que tiene entre sus claves la elaboración de un nuevo modelo educativo basado en la producción —concebida como creación— y ligado estrechamente a los problemas de la realidad.

En segundo orden, se llevó a cabo la presentación de una serie de libros y producciones académicas sobre la Reforma universitaria de 1918, con la presencia de sus respectivos autores: Hugo Biagini, Natalia Bustelo, David Pulido y Yamile Socolovsky. A partir de sus hondas investigaciones sobre el significado de la Reforma, Bustelo arrojó una definición sustanciosa: «La novedad de 1918 es que el estudiante debe definirse políticamente [...]. Ese

año une la agenda de la democracia universitaria y la identidad antioligárquica».

Finalizando la primera jornada, Nicolás Trotta (rector de la UMET), Jorge Calzoni (rector de la UNDAV), Nerio Neirotti (vicerrector de la UNLa), Héctor Amichetti (Federación Gráfica Bonaerense), Rafael Klejzer (CTEP Capital) y Marcelo Magnasco (FE-DUN) examinaron la vinculación entre educación y trabajo y expresaron, desde diferentes ángulos, una enfática preocupación por la degradación acelerada a la que se ven expuestas ambas esferas bajo el reverdecer neoliberal en la región. En ese sentido, el secretario general de los Gráficos señaló que «la lucha por defender las universidades públicas es la pelea por derrotar al proyecto que tenemos enfrente». A continuación, Nicolás Trotta aseguró que «el desafío para América Latina es cómo construir un paradigma convocante opuesto al individualismo», y calificó a la unidad regional como un imperativo, más que como un desafío. Respecto a la reconversión tecnológica del trabajo —uno de los temas más sobresalientes del debate— concluyó: «El movimiento obrero debe ponerse a la cabeza de la administración de los procesos tecnológicos».

La segunda jornada abrió con una conferencia centrada en el papel de la universidad de cara a la integración regional y las dificultades que este proceso afronta en el escenario actual. Para analizar la cuestión, tomaron la palabra Yadira Córdova (Instituto de Altos Estudios del Pensamiento de Hugo Chávez), Fernando Buen Abad (filósofo mexicano), Ariel Basteiro (exembajador argentino ante Bolivia) y, nuevamente, Jiovanny Samanamud Ávila. Buen Abad, quien se halla al frente del Instituto de la Cultura de la UNLa, hizo un pormenorizado análisis de la reforma educacional auspiciada por el Gobierno de Enrique Peña Nieto, a la que describió como un cabal ejemplo de los intentos del imperialismo por efectuar modificaciones estructurales que tiendan a apagar los focos de resistencia que aparecen —de modo persistente— en nuestra región. Sobre el final de su intervención, subrayó la importancia del legado revolucionario: «El objetivo principal de la Revolución mexicana en materia de educación fue el desarrollo de las capacidades críticas [...]. La educación es fundamental para la construcción de las nuevas hegemonías de la emancipación». Luego fue el turno de Yadira Córdova. Esta pensadora venezolana expuso, mediante encendidas palabras, las ideas cargadas de futuro que guían al pueblo bolivariano. Afirmó que «no se pueden producir transformaciones si no tenemos conciencia» y proclamó que «hoy Venezuela, junto con Nuestra América, significan esperanza». Respecto a la temática específica del congreso, expresó: «La universidad necesita revisar los paradigmas que la sustentan para poderse vincular a nuestros pueblos en la lucha por la soberanía y por la igualdad».

En la última conferencia, la periodista Stella Calloni, la socióloga Alcira Argumedo y el historiador Mario Oporto, dieron cuenta de los elementos imprescindibles para pensar

en una educación descolonizadora. La reconocida corresponsal de *La Jornada* de México, tocó los asuntos más candentes de la actualidad en lo que se refiere al asecho del imperio sobre los países situados al sur del río Bravo. Con preocupación señaló: «Hemos abandonado nuestro pasado histórico de una manera casi infantil y casi suicida [...]. El pensamiento contrahegemónico de este siglo fue el bolivarianismo. Y el bolivarianismo tenía esas raíces profundas que nos permitían rescatar todo lo que necesitábamos de nuestra cultura y de nuestra identidad [...]. Destruyen la cultura porque nos quieren desligar de nuestro pasado histórico para que no podamos resurgir más [...]. El lenguaje de la colonización es también el lenguaje de la guerra contrainsurgente». Y se preguntó: «¿Desde qué cenizas? ¿Desde qué espejos astillados vamos a recuperar nuestra identidad que se ensombrece?». En los lindes de su alocución, arriesgó algunas respuestas y sugirió una senda: «La solidaridad, en nuestras condiciones, es una forma anticolonial de resistencia [...]. O colectivizamos o no hacemos nada».

Finalmente, Alcira Argumedo brindó —persuasiva y con gran volumen argumental— algunos lineamientos esenciales para posicionarse desde una matriz epistémica propia. Comenzó con una proposición certera: «Hay una América profunda que se opone a un Occidente profundo». Y continuó diciendo: «Nos debemos un gran debate acerca de cómo deben funcionar las ciencias sociales, dotarlas de visiones integrales. Estamos en una creciente taylorización de las ciencias sociales, lo cual no permite construir una mirada crítica. Necesitamos un pensamiento crítico que sea capaz de recuperar el gran potencial de nuestras tradiciones populares».

En simultáneo a estas conferencias, funcionaron conversatorios sobre formación docente, movimientos estudiantiles en la región, experiencias de cooperación y extensión, vinculación entre los diferentes claustros universitarios y prácticas comunicacionales en defensa de la educación pública; así como mesas temáticas donde, en función de cada uno de los ejes propuestos, discurrió la presentación de ponencias. Las mesas se desarrollaron alrededor de los siguientes ejes: lecturas de la Reforma universitaria de 1918 desde el pensamiento nacional y latinoamericano; la gratuidad universitaria como derecho; la descolonización cultural y las epistemologías *nuestroamericanas*; educación y trabajo; los desafíos de la educación superior en el siglo XXI y los nuevos derechos en América Latina.

La colección que hoy presentamos, titulada *Desafíos de la Educación Superior en Nuestra América*, se compone de tres publicaciones: la primera, analiza la Reforma universitaria en clave regional; la segunda, se nutre de reflexiones sobre el rol de la universidad frente a los retos que suponen la descolonización pedagógica y la construcción de epistemologías *nuestroamericanas*; por último, la tercera obra compila diversos trabajos sobre los desafíos de la educación superior en el siglo XXI.

Pensar el centenario de la Reforma universitaria desde Manuel Ugarte

Durante el año 2018 se sucedieron a lo largo y ancho del país diferentes eventos científicos, políticos y académicos en torno al centenario de la Reforma universitaria. Las perspectivas fueron diversas y los abordajes heterogéneos. Desde el Centro de Estudios de Integración Latinoamericana «Manuel Ugarte» de la UNLa, la propuesta fue sumarnos a esta agenda del sistema universitario argentino, pero desde una perspectiva latinoamericana.

Resulta fundamental analizar la Reforma a escala continental, entendiendo que la juventud argentina en general —la cordobesa en particular— actuó en un contexto regional atravesado por la gestación de una corriente americanista. «La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América» enunciaba el *Manifiesto liminar* del 21 de junio 1918, presentado por los jóvenes reformistas en Córdoba. El emblemático documento finalizaba con un llamamiento a las juventudes americanas para sumarse a la lucha iniciada en aquella universidad que, ya entrado el siglo XX, conservaba rasgos monásticos. Sin embargo, en la amplia y diversa historiografía existente sobre la Reforma universitaria, generalmente se hace hincapié en las consecuencias vinculadas al origen del sistema universitario argentino en cuanto autónomo, autárquico y basado en el modelo de gestión del cogobierno. En este congreso, por el contrario, convocamos a reflexionar sobre los antecedentes que influenciaron en la conformación del carácter americanista y antiimperialista de dicho movimiento. La Reforma fue americana por su desarrollo continental, pero también por su posicionamiento en pos de la unidad regional, aspecto que suele ser olvidado por las lecturas hegemónicas sobre el tema.

En este proceso, Manuel Ugarte, pensador silenciado por la historia liberal, realizó aportes teóricos fundamentales al movimiento reformista en la Argentina, pero también al del resto de los países de América Latina. Parte de la denominada generación del novecientos¹ concibió a la juventud como sujeto político transformador. Esto lo llevó a emprender su campaña hispanoamericana (1911-1913), donde se vinculó con numerosas asociaciones estudiantiles del continente. Durante sus viajes, predicó ideas antiimperialistas y defendió la unidad americana como bandera política fundacional. Ugarte percibió a los estudiantes como un colectivo con capacidad de movilización frente a los Gobiernos locales. Así lo observó en Ciudad de México, Bogotá y Buenos Aires, donde las agrupa-

1 Amado Nervo (mexicano), Rubén Darío (nicaragüense), Chocano (Perú), Vargas Vila (colombiano), Gómez Carrillo (guatemalteco), Ingenieros, Lugones, Ugarte (argentinos), Rufino Blanco Fombona (venezolano) fueron algunos de los hombres de letras que circularon por Madrid y París intercambiando reflexiones en torno a los fundamentos de la existencia de América Latina. Además de la cuestión de la identidad regional, algunos de estos «maestros de la juventud» estudiaron la cuestión educativa y la colonización pedagógica, tales como José Vasconcelos (México), José Martí (Cuba), Manuel González Prada (Perú) y el propio Manuel Ugarte.

ciones estudiantiles realizaron gestiones para permitirle dictar sus conferencias. En estos años, estableció vínculos con diversos líderes estudiantiles como los cubanos Sergio La Villa, Guerra Núñez y Martínez Alonso; los mexicanos Jorge Pietro, Enrique Soto Peimbert y Adolfo Desentis; el salvadoreño Salvador Melo; y los argentinos Obdulio Siri (Facultad de Derecho) y Osvaldo Loudet (Facultad de Medicina) de la Universidad de Buenos Aires. En todos los casos, realizó un llamamiento a la conformación de instancias políticas organizativas que trascendieran las confederaciones estudiantiles —por ejemplo, la creación de asambleas permanentes o centros de propaganda latinoamericanista—. Esto explica por qué fue el único orador no estudiantil del acto fundacional de la Federación Universitaria Argentina (FUA) realizado el 11 de abril de 1918.

En síntesis, la prédica de Ugarte, su accionar político y sus publicaciones tuvieron una fuerte influencia en la formación de la generación reformista en América Latina (1910-1920) que se autopercibió revolucionaria y se asumió como el nuevo sujeto histórico transformador de lo que denominarían «la hora americana».

Hacia una universidad descolonizada y descolonizadora: debates abiertos

Frente a un contexto regional signado por la restauración conservadora y el avance contra los derechos sociales conquistados en las últimas décadas, durante el congreso se plantearon debates que aún continúan abiertos y que expresan la necesidad de gestar espacios de intercambio, discusión y construcción colectiva de conocimiento respecto del rumbo y los desafíos de la educación superior en la región.

Se planteó la necesidad de construir una universidad que no sea excluyente, sino inclusiva, accesible y no patriarcal; que promueva el diálogo de saberes ancestrales y contemporáneos; que cuestione los individualismos de la meritocracia y el utilitarismo creando en comunidad, a partir de pedagogías de la pregunta. Una universidad autónoma y democrática que busque salir del claustro; no arancelada, para que el derecho a la educación superior no sea mera retórica.

A partir de los debates desarrollados, se consensuó la necesidad de profundizar discusiones sobre la democratización universitaria y los proyectos político-pedagógicos que continúan vigentes y se reactualizan en un contexto latinoamericano de tensión y disputa entre dos modelos: el de una Patria desintegrada y colonizada cultural, política y pedagógicamente o el de una Patria unida, soberana y socialmente más justa.

En las páginas que se presentan en esta colección, buscamos continuar y profundizar estos debates, necesarios para avanzar hacia una universidad emancipadora, intercultu-

ral, descolonizada y descolonizadora, que explore y construya nuevas epistemes, nuevas formas de construir conocimiento en relación con la propia cultura, con los problemas nacionales, para resolverlos con identidad y desde una matriz latinoamericana. Propuestas que realizamos desde la Universidad Nacional de Lanús —en el *conurbano* sur de la Provincia de Buenos Aires— y que como Ana Jaramillo, su rectora, lo ha expresado: «es la comunidad con sus problemas la que define su currículo [...] que, inversamente al planteo escolástico, nuestra función hoy debe ser textualizar los problemas más que problematizar los textos, si queremos modificar nuestro futuro y poder decir junto a Scalabrini Ortiz que “aquí también se aprende a defender a la patria”».

Conscientes de los avances, pero también de los límites que implicó la Reforma del dieciocho en nuestro país y las repercusiones que tuvo en América Latina; de la importancia de la Revolución Educativa que significó el peronismo a partir del establecimiento de la gratuidad universitaria —de la cual celebramos 70 años— y de la ampliación progresiva de los estudios superiores argentino, entre los siglos XX y XXI, nos preguntamos: ¿cómo avanzamos hacia la construcción de modelos universitarios del pueblo y para el pueblo en América Latina y el Caribe?

Equipo del Centro de Estudios
de Integración Latinoamericana Manuel Ugarte

Agosto, 2019.

PRIMERA PARTE

EL IDEARIO *NUESTROAMERICANISTA* EN LA REFORMA DE 1918

La Reforma, la libertad creadora nacional y el anhelo de justicia social

Ana Jaramillo*

*Hemos anunciado el advenimiento de un intensa cultura ética y estética, genuinamente argentina, ennoblecida por el anhelo de la justicia social y destinada a superar, sin desmedro para la ciencia, la época intelectualista y utilitaria. Complace ver a la juventud, aunque sea por distintos rumbos, buscar la luz de nuevos ideales.
Si queremos un mundo mejor, lo crearemos.*

Alejandro Korn

EXISTO, LUEGO PIENSO

En el centenario de la Reforma universitaria debemos recordar las palabras de Korn, protagonista e ideólogo de la misma, cuando sostiene:

No voy a recomendar ni el modelo de las universidades germánicas, ni el ejemplo de las norteamericanas, no pienso inspirarme en la organización de los institutos franceses o italianos. Porque a esto se reduce entre nosotros el debate de los asuntos universitarios: a ponderar como eximio, como único, algún trasunto extraño. No podemos renunciar a la propensión simiesca de la imitación tan desarrollada en el espíritu argentino (Korn, 1920).

Parecería que la Reforma universitaria debía responder a los problemas y necesidades de nuestro país para crear una universidad que colabore a resolverlos, a buscar soluciones propias a problemas propios. Como sostuve varias veces, debemos encontrar el «logaritmo nacional» conociendo la base y la potencia, descubrir el camino que nos lleve a ese destino que no es matemático y tampoco es universal, como tampoco las universidades surgen en las mismas culturas. Pretensión vana del positivismo que insiste en homogeneizar y cuantificar la realidad con postulados cientificistas desconociendo la cultura, las creencias, los valores y la historia de los pueblos.

* Rectora de la Universidad Nacional de Lanús y doctora en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). El artículo fue publicado en la revista institucional de la UNLa, *Viento Sur*, abril de 2018.

Alejandro Korn era un acérrimo enemigo del positivismo y de la escolástica:

La Reforma universitaria no es una obra artificial. No ha nacido en la mente pedantesca de un pedagogo, no es el programa fugaz de un ministro, ni, como propalan los despechados y los desalojados, la trama insidiosa de espíritus aviesos. Es la obra colectiva de nuestra juventud, movida por impulsos tan vehementes y espontáneos como no habían vuelto a germinar desde los días de la asociación de mayo, cuando el verbo romántico de Echeverría despertó las conciencias a nueva vida [...]. La exigencia de plantear nuestros problemas como propios y resolverlos dentro de las características de nuestra evolución histórica no importa incurrir en una necia patriotería. Nada tengo en común con quienes al decir patria la identifican con menguadas concupiscencias y la celebran en vulgares frases. Parte integrante de la humanidad también somos nosotros y sus angustias, sus luchas y sus esperanzas también las vivimos nosotros [...]. Luego la reforma es libertad. Es la emancipación de trabas y tutelajes que constreñían el estudio y sofocaban toda espontaneidad. Inspirados por concepciones mecanicistas, los métodos pedagógicos deprimían la personalidad humana al nivel de una cosa susceptible de ser catalogada, medida y clasificada. La libertad universitaria supone en el estudiante, como correlativo ineludible, el sentimiento de la dignidad y de la responsabilidad, los fueros de una personalidad consciente, regida por su propia disciplina ética (Korn, 1920).

Concluía Korn (1920) diciendo que «... sobre esta presunción reposa el porvenir de la Reforma. Todavía no ha llegado la hora de juzgarla y exigirle frutos. Mucho ha hecho con desbrozar el camino. La Reforma será fecunda si halla una generación que la sepa merecer. Abriguemos la esperanza de que quienes conquistaron la libertad universitaria, la afirmarán, no como licencia demoledora, sino como acción creadora».

Podríamos juzgar la Reforma y ver sus frutos, pero sería injusto hacerlo cien años después, su impronta recorrió toda Nuestra América y proclamó la necesidad de que la universidad fuera una protagonista clave de la cultura y de la emancipación de nuestros pueblos con anhelo de justicia social.

Hubo que esperar treinta y un años para que el 22 de noviembre de 1949 se pasara del deseo de justicia social a la volición. A través del decreto 29337, el presidente Perón eliminó los aranceles universitarios para establecer esa justicia social reclamada por los reformistas, planteando en los fundamentos del decreto que «es función del Estado

amparar la enseñanza universitaria a fin de que los jóvenes capaces y meritorios encaucen sus actividades siguiendo los impulsos de sus naturales aptitudes en su propio beneficio y en el de la Nación misma». Se quería una universidad «señera y señora» que no solo fuera autónoma de la teocracia escolástica, sino que fuera autónoma del Estado. La gratuidad de la enseñanza universitaria pasaba a ser un derecho social a partir de ese momento y formalizada con la sanción de la Constitución de 1949. En los fundamentos del mencionado decreto también se planteaba que «el engrandecimiento y auténtico progreso de un Pueblo estriba en gran parte en el grado de cultura que alcance cada uno de los miembros que lo componen y sería una preocupación primordial del Estado disponer de los medios a su alcance para cimentar las bases del saber, fomentando las ciencias, las artes y la técnica en todas sus manifestaciones» (Decreto 29337, 22 de noviembre de 1949).

Parecería que Alejandro Korn no estaba de acuerdo, como muchos de nosotros, con la filosofía cartesiana que sostiene la célebre frase «pienso, por lo tanto soy». Sabemos que la cultura es diversa, que los problemas son diversos en cada época y en cada lugar y por lo tanto nuestro pensamiento está siempre situado en una realidad y en una época y de esas realidades debe surgir, si no queremos ser simiescos, si no queremos copiar y calcar pensamientos exóticos a nuestra realidad. Descartes asumía como tarea la validez racionalista de la existencia de Dios e inauguraba la filosofía moderna, pero sometida a la verdad teocrática.

La sociología del conocimiento, años después, nos explica que la realidad está muy lejos de construirse desde la racionalidad. Se construye con creencias, con voluntad, con intereses contrapuestos, con afán de lucro o de poder, con utopías de libertad e igualdad. Por aquellos intereses y por esas llamadas utopías batalló la humanidad y murieron millones de personas en la historia.

Lamentablemente, muchas de nuestras casas de altos estudios se organizan según modelos europeos o anglosajones y se siguen dando cátedras de pensamiento exógeno sin reparar en nuestra historia nacional y latinoamericana, cuyos pensamientos de esa realidad surgieron y siguen buscando soluciones a nuestros problemas. Quizás por ello a Korn se le conoce como al primero en hablar de una filosofía argentina.

La filosofía argentina

Comienza su planteo sobre la filosofía argentina anticipando que sus lectores se preguntarían con una sonrisa: *¿desde cuándo tenemos filosofía argentina?* Y responde preguntándose si se podría concebir una colectividad humana unificada por sentimientos, intereses e ideales comunes que desarrolle su acción sin poseer algunas ideas generales. Para Korn

(1983), la filosofía «no es una ciencia exacta, ni ha de revestir nunca una forma definitiva; debemos por el contrario apartar las ciencias exactas, autónomas en su estructura matemática, de la apreciación filosófica... no me he atrevido a llamar a mi ensayo “Historia de las ideas” sino “Historia de las influencias ideológicas”» — dice — ya que sabe que «de allende los mares recibimos, en efecto, la indumentaria y la filosofía confeccionada».

Continúa sosteniendo que los dirigentes pusieron todo su afán en europeizarnos, en «borrar los estigmas ancestrales, a convertirnos en secuaces de una cultura superior pero exótica. El positivismo argentino surgió cuando en Europa ya era decadente y ya sus herederos, el pragmatismo y el cientificismo se aprestaban a seguirle», pero insiste en que nuestros intelectuales «en lugar de cumplir su misión directora, prefieren ser pregoneros de la última novedad» (Korn, 1983).

En su discusión contra el positivismo, rescata la presencia en 1916 de Ortega y Gasset cuando «creció el amor al estudio, aflojó el imperio de las doctrinas positivistas, enseñó a poner los problemas en un plano superior [...] a extremar el esfuerzo propio» (Korn, 1983). También rescata a Benedetto Croce quien le interesa fundamentalmente «por su arrasadora polémica contra el positivismo, el racionalismo y las formas espurias de la filosofía científicista» (Korn, 1983).

Para nuestro autor reformista «las ideas solo son fecundas al servicio de la voluntad. Solo la voluntad define soluciones y fija los valores, no la dialéctica inagotable de la realidad». Lo que importa, ante todo, es «emancipar al hombre de su servidumbre y devolverle su jerarquía como creador de cultura, destinada a actualizar su libertad intrínseca» (Korn, 1983). No se imaginaba Korn que el anhelo de justicia social de 1918, se transformaría en un derecho social que establecía la gratuidad de la enseñanza universitaria.

Concluye su ensayo diciendo:

Ninguna ideología argentina puede olvidar el factor económico, el resorte pragmático de la existencia. Pero el progreso material puede dignificarse con el concepto ético de la justicia social. Luego la evolución económica no ha de ser por fuerza la finalidad: debemos concebirla como un medio para realizar una cultura nacional... Justicia social-cultura nacional: no es cuestión de incorporar dos frases más al verbalismo corriente (Korn, 1983).

La escolástica como método asociado a la Edad Media interpretaba y traducía los textos sagrados bajo la tutela de los clérigos en las primeras universidades europeas, sosteniendo la teocracia. Hace mucho tiempo que insistimos en que es hora de interpretar

nuestra realidad para lograr las soluciones para nuestro país y Nuestra América. Para ello debemos invertir la escolástica en nuestras universidades que continúa interpretando, con cultura libresca y ajena, los textos producidos por investigadores y catedráticos que buscan soluciones para otras realidades con voluntad universalista y preeminente, a fin de hegemonizar la cultura. Creemos que Korn estaría de acuerdo con nuestro planteo.

El antipositivismo

Para Korn (1919) «la Reforma es un proceso dinámico, su propósito es crear un nuevo espíritu universitario, devolver a la universidad consciente de su misión, de su dignidad, el prestigio perdido. Al efecto, es imprescindible la intervención de los estudiantes en el gobierno de la universidad».

Continúa diciendo que:

Hemos anunciado el advenimiento de un intensa cultura ética y estética, genuinamente argentina, ennoblecida por el anhelo de la justicia social y destinada a superar, sin desmedro para la ciencia, la época intelectualista y utilitaria. Complace ver a la juventud, aunque sea por distintos rumbos, buscar la luz de nuevos ideales... Una cátedra libre rodeada por estudiantes libres, dueños y responsables de sus actos, ha de contribuir mejor a formar el carácter nacional que la tutela verbosa de quienes jamás dieron un ejemplo de entereza. Hace poco más de un año, al asumir una función académica, dijimos que algún estrépito había de ocasionar el crujir de los viejos moldes. No debiese tomarse la metáfora en su sentido literal, pero algunos vidrios estrellados y una venerable poltrona perniquebrada nos tienen sin cuidado. Están en juego prendas más valiosas (Korn, 1919).

Si bien el positivismo argentino es para Korn de origen autóctono, los intelectuales del ochenta «juzgaron necesario apoyarlo con el ejemplo europeo y lo vistieron “con traje postizo”», trayendo los ejemplos de Stuart Mill, Spencer, Renán o Taine. De esa manera se logra divulgar «la posición agnóstica y el concepto de la filosofía como síntesis de las ciencias naturales, principios comunes a todos los matices del positivismo» (Korn, 1983).

Sostiene que, desde Caseros en adelante, la Argentina estuvo supeditada a una «ideología bien definida, de índole positivista, de orientación pragmática» (Korn, 1983) cuya síntesis se expresa en las *Bases* de Alberdi.

Así, para Korn, José Ingenieros quiso elevar el positivismo a científicismo con fines sociales y prolongó así por veinte años la vida del «decadente positivismo»; llegada la noticia de su extinción, ya sus herederos eran el pragmatismo y el científicismo. Sostiene que es una necesidad ir a buscar a Estados Unidos donde lo más importante del congreso filosófico fueron las palabras de Dewey. Lo útil de esa civilización «cuya grandeza sería ridículo desconocer, Sarmiento nos lo impuso, con eso basta» (Korn, 1983).

Continúa sosteniendo que no se puede retroceder; el positivismo con su concepción determinista y pseudocientífica convierte el universo en un mecanismo y solo concibe una moral utilitaria:

... confunde la cultura con la técnica y equipara el proceso histórico al proceso natural... no podemos aceptar una filosofía que anonada la personalidad humana, reduce su dignidad a un fenómeno biológico, le niega el derecho de forjar sus valores y sus ideales y le prohíbe trascender con el pensamiento el límite de la existencia empírica. Eso sí, persistimos en el culto a la Ciencia y mantendremos, aunque encuadrado en más justos conceptos económicos, el impulso dinámico de nuestro desarrollo material. Y puesto que argentino y libre son sinónimos, elevamos la triple invocación de nuestro himno al concepto de libertad creadora (Korn, 1983).

Su propuesta «para una filosofía contemporánea es aquella que resuelve los problemas que interesan por el momento... americana será la que resuelva el problema de los destinos americanos». Y concluye:

... nos importa ante todo, darnos cuenta de las primeras consideraciones necesarias a la formación de una filosofía nacional. La filosofía se localiza por él, el carácter instantáneo y local de los problemas que importan especialmente a una nación, a los cuales presta la forma de sus conclusiones. Nuestra filosofía será pues, una serie de soluciones dadas a los problemas que interesan a los destinos nacionales [...]. Por sus miras será la expresión inteligente de las necesidades más vitales y más altas de estos países. El programa alberdiano postula como fin el desarrollo económico y como medio la asimilación de la cultura europea; su faz negativa es el repudio de la tradición hispano colonial y de los valores étnicos del ambiente criollo [...]. Para él lo fundamental era crear riqueza; hoy quizás convenga pensar también en su distribución equitativa (Korn, 1983).

Pedro Henríquez Ureña, el filósofo humanista y educador dominicano que escribió la *Utopía de América* —denominando al continente como «la Patria de la Justicia»— al volver a nuestro país en 1937 creó la Universidad Popular Alejandro Korn y la dirigió hasta su muerte.

Coincidimos con Korn en su antiescolasticismo, en su antipositivismo y en la necesidad de la distribución equitativa de la riqueza para lo cual propone *Nuevas Bases*. Para ello, habría que cambiar nuestra Constitución.

¿Qué diría Korn si viera que en el centenario de la Reforma y a 69 años de la gratuidad universitaria se continúa con la pedagogía escolástica, que campea el positivismo en las aulas universitarias y que, actualmente, la riqueza se concentra cada día más, que la cultura empieza a ser un adorno, un gasto costoso e importado despreciando lo autóctono? La colonización cultural es cada día mayor a pesar de los empeños denodados de quienes pretendemos descolonizar culturalmente a Nuestra América.

En su discurso desde el primer decanato en octubre de 1918 —participando ya los estudiantes en las elecciones— Korn sostenía:

Hay valores superiores a los económicos. No los ignoramos, ese era el secreto de esta casa, en la cual no hay una sola cátedra donde se enseñe el arte de ganar dinero... No negamos, cómo habíamos de negar la necesidad del desarrollo económico, pero lo aceptamos solamente como un medio, como el limo fecundo donde ha de germinar una alta cultura, a la vez humana y nacional. Y el nuevo orden surge con anhelos de justicia, de belleza y de paz; con ideales éticos, estéticos y sociales. Allá se realizarán en su medida, nosotros habitamos los dominios de la teoría, muy conscientes empero, que ella forja las armas decisivas, que los conceptos abstractos más sutiles se concretan como piedras para lapidar la estolidez reacia (Korn, 1949).

Ese empeño es el que determinó la creación de nuevas universidades para que no sean copia y calco de modelos exógenos y anquilosados surgidos en otras latitudes. Otra generación de estudiantes y docentes seguimos creyendo, como Korn, que si queremos un mundo mejor, debemos crearlo y que las ideas solo son fecundas al servicio de la voluntad. Solo la voluntad fija los valores y define soluciones. Esos valores muchas veces implícitos y otras tantas escondidos como el llamado currículo oculto que debe esclarecerse y enseñar en valores, aunque parecería una tautología, si no existiera aún el positivismo académico. Las universidades deberían ser democracias en miniatura y como la democracia no

se enseña a sí misma, no queremos que se transformen en autocracias electivas. En una verdadera democracia, quienes deben acatar las normas deben participar con su decisión, por eso todas y todos los integrantes de la universidad deben conocer sus proyectos para votar las normas internas. ¿Será necesaria otra Reforma?

Bibliografía

- Jaramillo, A. (2018). La Reforma, la libertad creadora nacional y el anhelo de justicia social. *Viento Sur*, s/v(17). Recuperado de: <http://vientosur.unla.edu.ar/index.php/reforma-universitaria/>
- Korn, A. (ca. 20 de octubre de 1919). La Reforma universitaria. *El Argentino*, s/p.
- Korn, A. (1920). La Reforma universitaria y la autenticidad argentina. En VV. AA. (1959). *La Reforma universitaria: 1918-1958* (pp. 66-69). Bs. As.: FUBA.
- Korn, A. (1949). *Obras completas*. Bs. As.: Claridad.
- Korn, A. (1983). *Influencias filosóficas en la evolución nacional*. Bs. As.: Solar.

Una aproximación a las *Reflexiones* de Saúl Taborda

Mauro Scivoli*

En este trabajo pretendo realizar un acercamiento a un libro específico de Saúl Taborda: *Reflexiones sobre el ideal político de América Latina* (1918), analizando el capítulo titulado «Rectificar a Europa».

En primer lugar daré unas referencias sobre el contexto de producción y sobre el libro *Reflexiones* como intervención. ¿Con quién discute y en qué marco se inserta esta discusión? Podemos adelantar un eje sobre esto: el positivismo. Para ejemplificar las ideas de este movimiento en nuestro país, tomaré algunos postulados de una figura reconocida en esta corriente: José Ingenieros.

Saúl Taborda discute algunos planos del positivismo sin caer en un escenario de ruptura con este movimiento; en otras palabras: luego de la Gran Guerra (1914- 1918) el positivismo comienza a perder influencia. Así, advertimos como la reacción antipositivista comenzará a tener relevancia en nuestro país. Reacción que estará encabezada, entre otros, por Alejandro Korn.

Taborda será una de las voces en este proceso, escribiendo en un momento de crisis de la cultura europea representada en el positivismo. Es en este marco en el cual pretendo realizar un acercamiento a las *Reflexiones*, centrándome en el capítulo mencionado.

El positivismo en Argentina

Hacia fines del siglo XIX y principios del XX, el positivismo ejerció en Latinoamérica una influencia hegemónica. No solo por su pretendida capacidad interpretativa de la realidad sino también por su apetencia de transformar esa realidad a través de prácticas sociales impartidas desde instituciones dependientes del Estado (jurídicas, sanitarias, militares), el positivismo se convirtió en la doctrina imperante.

En este planteo, se destaca que la expresión del positivismo en la Argentina trasunta un camino diferente del resto de los países latinoamericanos. Así lo expresó Hugo Biagini (1985):

* Licenciado en Ciencias Políticas y doctorando en Filosofía en la Universidad Nacional de Lanús. Miembro del Centro de Estudios de Integración Latinoamericana Manuel Ugarte.

En síntesis, se trataría no sólo de una filosofía y una metodología teóricas sino también de un programa de acción, de un *modus operandi*. Es cierto que entre nosotros el positivismo no tuvo el carácter salvífico que evidenció en el Brasil, donde hasta llegó a concebirse como un apostolado con clubes y templos encargados de difundir la nueva Religión de la Humanidad que postulaba soluciones para alcanzar la felicidad colectiva. No obstante, en nuestro país la ideología en cuestión pareció haber cobrado una amplitud mayor que en otras parte del orbe, ello permitiría aludir a un auténtico movimiento, en el cual se dan cita posiciones muy disímiles [...] a su vez, en nuestro medio se dio como en pocos otros lugares una verdadera renovación doctrinaria que llevó a prolongar sustancialmente el clásico panorama positivista mundial (p. 7).

Su influencia en la filosofía será determinante. De lo que se trata es de aplicar el método científico —en este caso— a la filosofía. Veamos cómo surge este vínculo y cómo se destaca en una figura predominante del positivismo argentino como lo es José Ingenieros.

La vinculación entre ciencia y filosofía también será expuesta por Augusto Comte en su *Curso de filosofía positiva* de 1842. Mientras la filosofía es definida como un sistema general de los conocimientos humanos, el concepto científico o positivo se destaca por la coordinación de los hechos observables, entonces «la filosofía positiva será el estudio de los fenómenos sociales, y de todos los restantes, aplicable a todos los temas sobre los que se pueda ejercer sobre el espíritu humano» (Comte, 2004, p. 7).

Mencionemos que Comte estipula una periodización en fases o estadios del conocimiento: la primera definida como mágica o teológica, donde el centro es Dios y el desarrollo científico nulo; la segunda es la filosófica donde el centro ahora es el hombre, aunque aún se siga en un desarrollo retórico y nulo del carácter científico, y la tercera es la filosófica positiva donde el centro seguirá siendo el hombre pero su desarrollo se hará sobre las bases del método científico. Esta última fase aún no ha ocurrido, pero ocurrirá de manera inexorable, por lo tanto podemos ver cómo se expresa en una fórmula evolutiva.

Todo esto se puede advertir en el libro *Evolución de las ideas* de José Ingenieros.

José Ingenieros (1877-1925) es una voz relevante dentro del positivismo vernáculo. Su pensamiento recoge lo más característico de esta corriente: eurocentrismo, biologicismo y científicismo. Aun cuando la Gran Guerra tuviera mella en alguno de sus trabajos, Ingenieros se mantendrá fiel a estos ideales y nos permitirá ilustrar de raíz al positivismo. Veamos.

La perspectiva evolucionista en el pensamiento de Ingenieros es un rasgo visible en gran parte de su obra. Podemos ver en su libro *Evolución de las ideas* que nuestro autor adhiere a la periodización de los tres estadios esbozada por Comte y por la cual piensa a la etapa venidera de la humanidad como una fase científica; ahora bien, esta última fase también estará marcada por la expresión genuina de los pueblos blancos que le impregnarán al sesgo científico una arista nacional —es decir— cada pueblo expresará una filosofía científica (recordemos que estos dos conceptos dentro de este esquema no pueden ser escindidos el uno del otro), y nacional.

La idea de conformar una filosofía nacional ya ha sido señalada tempranamente por Juan Bautista Alberdi. La Revolución de Mayo implicó una emancipación material pero no fue más allá de esto; les compete, por lo tanto, a Alberdi y a su generación completar esta emancipación desde el plano intelectual, y es solo a través de la filosofía que finalmente se logrará fundar una conciencia nacional. En su libro, el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, se observa cómo «es preciso pues conquistar una filosofía, para llegar a una nacionalidad. Pero tener una filosofía es tener una razón fuerte y libre; ensanchar la razón nacional es crear la filosofía nacional, y por tanto, la emancipación nacional» (Alberdi, 1998, p. 7).

En Ingenieros observamos lo mismo; al período científico, último estadio de la humanidad, se le hace necesario la marca auténtica y genuina de cada pueblo. En el caso de nuestro país, al ser un pueblo joven, está carente de este desarrollo, de una filosofía nacional, por lo tanto es necesario formular una filosofía nacional para que en el futuro se consume en el espíritu del estadio científico. Ingenieros (2000) afirma:

Cuando esa hora llegue —que llegará, en años o en siglos— nuestra nacionalidad tendrá un pensamiento propio e inconfundible. Y será su filósofo aquel genio que sepa expresar en fórmulas nuestro sentido nuevo para plantear los problemas que en otros tiempos y en otras razas constituyeron el contenido de toda filosofía: de la experiencia argentina, matiz diferenciado dentro de la común experiencia humana, saldrán ideas e ideales que constituirán una filosofía argentina (p. 4).

Tanto la experiencia humana como el filósofo, que formulará este pensamiento argentino, están condicionados por un elemento que será fundamental: el elemento racial.

Ingenieros menciona dos grandes corrientes migratorias de la raza blanca europea. La primera se instaló en los Estados Unidos y desde allí creó un nuevo faro de la civilización, la segunda se instaló en Sudamérica y, pese a que aún no lo ha hecho, en el futuro estas

nuevas razas americanas blancas fundarán un sistema de ideas basado en la experiencia.

Toda esta exposición, asentada en el evolucionismo, el racismo y el científicismo, tendrá una reacción que exaltará otras ideas.

La reacción

La Gran Guerra (1914-1818) representa un punto de inflexión. La ciencia como punto motor de una evolución humana queda trunca. El progreso indefinido del hombre fue trastocado por la destrucción masiva de la sociedad europea. Frente a esto, nuevas voces surgen para cuestionar este corpus de ideas y plantear un regreso a la filosofía clásica. Ortega y Gasset será una de estas voces más relevantes. ¿Por qué es importante Ortega? Porque en su viaje a la Argentina en 1916 dejará una impronta que marcará a una generación de pensadores. Así lo expresa el filósofo español: «Voy a dar un discurso sobre los problemas más actuales de la filosofía. Quisiera presentar el panorama de las investigaciones filosóficas según éstas se hallaban en el momento en que la guerra vino a interrumpirlas. Intentaré transmitir una impresión en la fecunda renovación en que la filosofía ha entrado» (Ortega y Gasset, 1947).

Esta renovación se asienta en una idea fundante; la crítica al científicismo acentuando la condición humana. De allí la apelación a una «nueva sensibilidad». «La prédica orteguiana se puso también al servicio de un objetivo polémico: combatir las tendencias positivistas y científicistas que todavía regían en nuestros claustros y los cuales no dejaría de censurar en sus conferencias, invocando una “nueva sensibilidad” novecentista, cuando aquí no se había abandonado, según sus propios conceptos, a “la momia de Spencer”» (Biagini, 1989).

Lo que más nos interesa de esto es la influencia de Ortega en una generación de pensadores argentinos que luego serán partícipes de la Reforma de 1918. Quizás, el más relevante de ellos sea Alejandro Korn. Para Korn, el positivismo constituye una etapa evolutiva dentro del pensamiento filosófico argentino. En su libro *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, el planteo se reduce a mostrar cómo esta corriente carece de un elemento distintivo de la filosofía —la ética— y prefigura un estadio superior: la filosofía argentina.

A diferencia del romanticismo (etapa previa), el positivismo se caracterizó por su negación de la metafísica, por el predominio de la ciencia laica y por la afirmación de los intereses económicos; entre sus máximos exponentes se destacan Comte y Spencer.

En el plano local se exponen tres generaciones adherentes a este paradigma: la primera integrada por Alberdi, Mitre y Sarmiento; la segunda representada por hombres que nacieron antes o después de Caseros y la tercera conformada por los individuos de la generación del ochenta.

Más allá de las reticencias expuestas por el autor ante este paradigma, comienza a observarse un elemento discursivo que recupera lo mejor de cada pensamiento integrándolo a uno superador. «Es preciso, pues, incorporarlo como un elemento subordinado a una concepción superior que permite afirmar, a la vez, el determinismo del proceso cósmico como lo estatuye la ciencia y la autonomía de la personalidad humana como lo exige la ética» (Korn, 1983, p. 220).

Korn (1983) dice que el positivismo, aun bajo sus vertientes autóctonas, ha entrado en franca decadencia y ha de ser reemplazado por una orientación superior y agrega que «entre nosotros, en el transcurso de los últimos veinte años, si ha sobrevenido la decadencia evidente de las doctrinas positivistas, no han sido reemplazadas por una orientación de igual arraigo» (p. 289).

¿Por qué nos interesa todo esto? Porque Saúl Taborda no solo se presenta como un interlocutor dentro de esta reacción al positivismo, nutriéndose de las ideas de Ortega y manteniendo un intercambio con Korn (un aporte relevante sobre Korn es el trabajo de Ana Jaramillo (2018) *La Reforma universitaria, la libertad creadora nacional y el anhelo de justicia social*).

Saúl Taborda

Saúl Taborda nació en Córdoba en el año 1885 y falleció en la misma provincia en 1944. Tuvo su formación en filosofía, aunque su título universitario es de abogado; ocupó un papel relevante en la Reforma de 1918 y la mayor parte de sus escritos incurren en la vertiente pedagógica con la particularidad de ser crítico de la obra de Sarmiento. Entre sus cargos en la labor académica podemos mencionar que fue rector del Colegio Nacional Rafael Hernández de la ciudad de La Plata de 1920 a 1922 y que fue profesor de la cátedra de sociología en la Universidad del Litoral. En el campo de la divulgación, destaca en la dirección de la revista *Clarín* junto con Carlos Astrada en 1927 y la edición de la revista *Facundo* entre 1936 y 1939.

La figura de Saúl Taborda es escasamente estudiada en el ámbito académico. Sí es encontrado en numerosos trabajos que lo ubican dentro de un espacio político y cultural

común a otros pensadores relevantes como Carlos Astrada, Manuel Ugarte o Deodoro Roca. Colaboraciones literarias, acción cultural y activismo político unen a Taborda con estos autores. Sin embargo, los trabajos detallados sobre su pensamiento son escasos; entre ellos, se destacan los trabajos de Fermín Chávez, *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina* y Roberto Ferrero, *Saúl Taborda. De la Reforma universitaria a la Revolución Nacional*. En ambos trabajos se advierte la recuperación de Taborda a partir de la influencia que ejerció en la Reforma de 1918 y por su propuesta, en el plano político y cultural, de un proyecto americanista. Sobre esto y al respecto de su ubicación dentro del movimiento reformista, podemos citar al historiador Roberto Ferrero, quien destaca su participación como inspirador y orador de gran repercusión. Integró junto con otros destacados intelectuales — Enrique Martínez Paz, Arturo Orgaz, Deodoro Roca y Arturo Capdevila— el Comité Córdoba Libre, de gran influencia sobre la juventud reformista (Ferrero, 1988). Además, Ferrero (1988) menciona un acontecimiento ilustrativo: «Aprovechando que desde el 21 al 31 de julio estaba sesionando en Córdoba el Primer Congreso Nacional de la Federación Universitaria Argentina, Taborda reunió en una cena en su casa a varios congresales y les repartió el libro, recién editado, que sintetizó verbalmente para ellos en la ocasión» (p. 45). El vínculo entre las *Reflexiones* y las ideas profesadas por los reformistas se puede apreciar en la reivindicación de América que se observa también en el *Manifiesto liminar* («estamos viviendo una hora americana») y el capítulo «Rectificar a Europa» de las *Reflexiones*.

En este sentido, resulta oportuno preguntarnos acerca de la vacancia de estudios sobre Taborda; ¿esto se debe a la marginalidad del autor o a una marginación del campo académico? Hay atisbos de respuesta:

En cuanto al oscurecimiento o, más bien dicho, silenciamiento de las ideas de Taborda, habría que aclarar que el cordobés no era desconocido por no tener prensa sino que no tenía prensa por lo que de él conocía el aparato cultural oligárquico-foráneo-dependiente, siempre en contra de los intelectuales que tratan de comprender a los movimientos populares o, en su defecto, a los que pretenden formar parte de ellos. El destino de esos pensadores era y es: o la succión por parte del sistema cultural imperante (liberalismo oligárquico, positivismo, socialismo o fascismo europeizante, etc.) o la marginación y el destierro intelectual en su propio suelo. Sin duda, Taborda fue «un pensador marginado» y nunca «marginal», como se lo suele caracterizar o categorizar [...] sucede que, para algunos intelectuales, las fronteras de la cultura terminan en Europa, en tanto Europa representa la «*cultura universal*». De ello resulta que Nuestra América está fuera de las fronteras culturales y deviene en «mar-

ginal» a la cultura «universal». En ese caso, pensar en América Latina y, sobre todo, desde una óptica local y latinoamericana, es ser un «pensador de frontera» (Salcedo, 2017, s/p).

Uno de los pensadores que rescata a Taborda es Arturo Jauretche; lo propone y destaca como un pensador genuino e imbuido en los problemas locales. De allí que distinga a Taborda como un dirigente y pensador reformista diferente al resto de sus contemporáneos:

La mayoría de los dirigentes estudiantiles tenía esa característica de la inteligencia argentina: nutridos de literatura de importación, no comprendían a los movimientos populares. Eran históricamente unitarios y además, y esto es fundamental, los instrumentos que hacían el prestigio estaban en manos liberales. Así, los reformistas universitarios (generalmente socialistas o anarquistas) se afiliaban a los partidos antirradicales y hacían los mismos chistes que «La Mañana» o «La Fronda» (periódicos conservadores dedicados al humor político entre 1911 y 1930). En esta materia solo conocí a un hombre de izquierda que era discreto y reservado, posiblemente el intelecto más auténtico que tuvo la Reforma universitaria, oscurecido por no tener prensa: Saúl Taborda (Jauretche, 1988, p. 175).

Sobre esto último y su ubicación dentro del espectro *izquierda* o *derecha*, la mayoría de los estudios de largo aliento destacan una posición media de Taborda; si bien se observa una fuerte crítica al modelo liberal del centenario, no hay un marco de ruptura con el mismo; de allí que estos estudios presenten a Taborda como un pensador nacional.

Desde otro horizonte interpretativo, se puede plantear, que el pensamiento político de Taborda recorre un itinerario muy personal que lo llevará a cuestionar diversas vertientes ideológicas y temáticas, la tradición del pensamiento liberal, que hacia el primer centenario, mostraba en la Argentina signos declinantes del proyecto decimonónico de una «República posible» para abrir paso hacia una variopinta «República verdadera» (Casali, 2012, p. 19).

Reflexiones sobre el ideal político de América

El libro *Reflexiones*, publicado en 1918 en los albores del ambiente reformista, nunca volvió a ser reeditado. ¿Por qué es importante este libro? Porque en él recoge lo más re-

levante de su pensamiento y, a la luz de sus trabajos ulteriores, podemos pensar que los temas más gruesos de su producción ya aparecen en este libro.

Las *Reflexiones*, podemos decir, es un libro de inspección sobre la situación política y cultural de la Argentina. Esta inspección se asienta en Latinoamérica como marco de referencia; es por ello que, sin desconocer los aportes de la cultura europea, Taborda plantea la irrupción de nuevas instituciones jurídicas y políticas que puedan resolver nuestros problemas. En otras palabras debemos —desde nuestra condición y herencia europea— utilizar las herramientas que el Viejo Continente nos ha legado para resolver nuestras inquietudes. Si tenemos en cuenta esto, nos resulta más clara la exposición de las *Reflexiones*, en particular el capítulo titulado «La enseñanza del positivismo»; como instancia, el positivismo es una fase del devenir de la humanidad. Esa fase ha de ser superada por un nuevo ideal, y esta no puede partir de otro lugar que de Latinoamérica.

El texto en su totalidad incita a una revisión de la historia latinoamericana, dentro de la historia occidental, pero realizada desde Latinoamérica y para Latinoamérica. Tal revisión, afirma Taborda, implica depuración, innovación, recreación de nuestras instituciones políticas, morales, religiosas, económicas, educativas, etc. (Maldonado, 2011, pp. 137-139).

Ahora bien, este nuevo ideal debe asentarse en distintos pilares: el Estado, la educación y la justicia. En ellos, el común denominador ha de ser la transmutación de valores y la colocación del pueblo como figura y actor central; así es como la democracia, la justicia y la educación deben propender a exaltar las condiciones del pueblo.

Si bien nos encontramos con trabajos sobre su producción, los aportes sobre *Reflexiones* son escasos. Entre ellos destacamos —sin duda— lo expuesto por Carlos Casali en su libro *La filosofía biopolítica de Saúl Taborda*, donde plantea que, ya en 1918, se puede observar el programa del planteo intelectual de Taborda.

Rectificar a Europa

Este el título de uno de los capítulos de las *Reflexiones*. Allí se advierte con claridad el espíritu del libro. Debemos a Europa el habernos dado la civilidad y los hábitos del mundo moderno. Pero su labor ha finalizado. La Gran Guerra de 1914 dejó en evidencia la crisis y defunción de los valores occidentales. Le corresponde a la América dotar al mundo civilizado de nuevos valores, sin negar el pasado pero superándolo. Es importante señalar esto porque el cuestionamiento de Europa no se da en un plano de rechazo total sino, más bien, de incorporación. Por ejemplo, en la ciencia. Taborda considera que «la ciencia (...)

no es más que una constante y reflexiva rectificación de la experiencia» (Taborda, 2006, p. 123) debe ser una de las piedras medulares en la cual se asiente la corrección de los valores occidentales encarnados por América. Europa sembró el camino de su ruina que terminó en la Gran Guerra, y por lo tanto, ha fracasado. Le compete a América, en esta circunstancia, guiar al modelo y plasmar nuevos valores del mundo civilizado. Siguiendo esta línea, la descripción racial y su fundamentación biologicista sostenida por el positivismo, y que observamos en el caso de José Ingenieros, queda de lado.

... a despecho de la noción científica según la cual la evolución ontogénica reproduce en el hombre la evolución filogenética que un organicismo fatalista aplica negativamente a la vida de los pueblos, las antiguas colonias americanas pueden y deben rectificar a Europa. Europa ha fracasado. Ya no ha de guiar al mundo. América, que conoce su proceso evolutivo y así también las causas de su derrota, puede y debe encender el fuego sagrado de la civilización con las enseñanzas de la historia (Taborda, 2006, p. 121).

¿Qué es aquello que heredamos de Europa de manera positiva?

Fueron sus hijos, quienes sembraron nuestro suelo de ciudades y las ciudades de colegios y universidades. Fueron sus hijos quienes nos enseñaron a arar nuestras llanuras, a cuidar nuestros ganados y a sangrar las arterias de oro y plata de los Andes. Fueron sus hijos quienes nos trajeron la industria y el comercio y con ellos la conciencia de nuestra personalidad y el designio seguro de afirmarla en el tiempo y el espacio. Fueron sus hijos quienes nos dieron el tesoro inapreciable del idioma, Santo Grial en cuyo cáliz América ha bebido el licor maravilloso del arte y de la ciencia. Justo es reconocer el beneficio recibido y justo es agradecerlo (Taborda, 2006, p. 122).

Este legado que Taborda destaca como positivo confronta con los vicios y fallas que Europa nos endosó. La Conquista de América no se debe a factores espirituales sino a la búsqueda de productos y riquezas, es decir de colonias. América es y seguirá siendo, sostiene Taborda, colonia de Europa en tanto y en cuanto la cultura de nuestro continente siga siendo un fiel reflejo del viejo mundo. Resulta interesante destacar este aspecto porque se intuye que para Taborda la emancipación americana radica en la cultura. De allí la apelación a la ciencia que —como mencionamos— radica su método en la experiencia. Y

esta, a su vez, ha señalado a Europa como ímproba para seguir marcando el rumbo de la civilización.

El carácter americanista de Taborda no se plantea en términos de ruptura con Occidente, o mejor, con la cultura europea. Esto ya lo ha señalado Casali (2012): «aquí prevalece la opción por la continuidad de un linaje civilizatorio de corte más bien ilustrado y racionalista que germinó en Europa y que, dadas ciertas características de su humus social, no puede desarrollarse allí. América podría ofrecer un nuevo suelo» (p. 35).

Sin duda, la obra de Taborda —en particular *Las reflexiones*— representa un punto de inflexión en el pensamiento americanista. La mirada de Taborda parece redescubrir un nuevo horizonte; más americano y menos colonial.

Bibliografía

- Alberdi, J. B. (1998). *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. Bs. As.: Ciudad Argentina.
- Biagini, H. (Comp.). (1985). *El movimiento positivista argentino*. Bs. As.: Editorial de Belgrano.
- Biagini, H. (1989). *Filosofía americana e identidad. El conflictivo caso argentino*. Bs. As.: Eudeba.
- Casali, C. (2012). *La filosofía biopolítica de Saúl Taborda*. R. de Escalada: Ediciones de la Unla.
- Comte, A. (2004). *Curso de filosofía positiva*. Bs. As.: Ediciones del Libertador.
- Ferrero, R. y Taborda, S. (1988). *De la Reforma universitaria a la Revolución Nacional*. Córdoba, Arg.: Alción.
- Ingenieros, J. (1961). *La evolución de las ideas argentinas*. Tomo V. Bs. As.: Mar Océano.
- Ingenieros, J. (2000). *Las direcciones filosóficas de la cultura argentina*. Recuperado de http://www.cecies.org/imagenes/edicion_177.pdf
- Jaramillo, A. (2018). *La Reforma universitaria, la libertad creadora nacional y el anhelo de justicia social*. Bs. As.: nomeolvides.org. *El pensamiento nacional en su sitio*. Recuperado de <http://nomeolvidesorg.com.ar/archivo/?p=4571>
- Korn, A. (1983). *Influencias filosóficas en la evolución nacional*. Bs. As.: Solar.
- Maldonado, G. y Taborda, S. (2011). Reflexiones sobre el ideal político en América. *Anuario de filosofía argentina y americana*, 28(1).
- Ortega y Gasset, J. (1947). *Anales 1912-1920*. Tomo I. Bs. As.: Institución Cultural Española.
- Salcedo, E. N. (2017) ¿Quién era Saúl Taborda? *Revista la U*, s/v(s/n). Recuperado de <http://www.revista.unsj.edu.ar/?p=2632>
- Taborda, S. (2006). *Reflexiones sobre el ideal político de América Latina*. Bs. As.: Grupo Editor Universitario.

El fantasma de Ariel recorre Nuestra América

Las ideas precursoras de la Reforma: la influencia de José Martí y José Enrique Rodó a partir de *Nuestra América* y *Ariel*

Juan Godoy*

No seréis fundadores, quizá; seréis los precursores que inmediatamente la preceden. La obra mejor es la que se realiza sin las impacencias del éxito inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible. Yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro.

José Enrique Rodó

Introducción

La Reforma universitaria del 1918 fue un movimiento político-cultural complejo que tenía fines diversos, que incluso variaron de acuerdo al lugar donde se desarrolló. Así llevó adelante un conjunto de reivindicaciones que iban desde cuestiones más atinentes a la organización de las casas de altos estudios —como el cogobierno— a la autonomía en su vínculo con el Estado, la Iglesia, el Gobierno y otras entidades; además, otras relacionadas con la función de la universidad en la sociedad, los contenidos que se dictan, el vínculo con el pensamiento europeo, el papel del imperialismo, la relación con los otros países del continente, etc.

Entre estos fines, la Reforma logró en mayor o menor medida los primeros aspectos señalados y fracasó en los otros, lo que nos lleva a considerar a la misma como un proceso inconcluso y todavía en discusión. Cabe resaltar asimismo que la autonomía fue rápidamente desfigurada y llevó a una cerrazón de la institución, contribuyendo al fracaso referido. La falsificación de la historia pretende reducir la Reforma a cuestiones relacionadas con el funcionamiento interno de las universidades, al mismo tiempo que simplificar la autonomía al enclaustramiento de la institución y a desligarla de las necesidades nacionales.

* Magíster en Metodología de la Investigación por la Universidad Nacional de Lanús. Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Docente universitario.

Las banderas que apuntaban a integrar la universidad al país y al continente fueron dejadas de lado, negadas e *invisibilizadas*. En este sentido, Arturo Jauretche (2004) manifiesta:

... el reformismo, en la desnaturalización del movimiento original, ha terminado por ser un concurrente a la función negadora [...] la Reforma universitaria, creada por la primer presencia del pueblo en el Estado, se vuelve contra aquel, una y otra vez [...] fue uniformemente anti-yrigoyenista, volviéndose contra el movimiento nacional que la generaba, como después fue anti-peronista, en la misma medida que perdía contacto con la realidad que le parteaba. El fracaso de la Reforma es que no supo integrar la universidad en el país (p. 136).

Por su parte, Juan José Hernández Arregui (1973), desarrolla una crítica similar a partir de la cual sostiene que «no hay universidad nacional en un país colonial. Tampoco universidad autónoma en país alguno [...] sólo la abolición revolucionaria del colonialismo devolverá a la Universidad no su autonomía sino su misión nacional. Es decir, su autonomía real frente a la servidumbre extranjera» (p. 148).

En estas páginas recorreremos algunas de las ideas de pensadores precursores e influyentes en la Reforma, que apuntaron a la creación de una mirada propia sobre nuestra realidad, retomaron la senda de la unidad latinoamericana, reivindicaron la historia y las voces silenciadas de nuestro continente, y apuntaron a que la universidad encuentre soluciones propias a nuestras problemáticas.

Romper con el eurocentrismo, el enciclopedismo, la dicotomía sarmientina entre civilización y barbarie —que todavía recorre los pasillos de las universidades—; romper la desvinculación de las aulas con las problemáticas nacionales, así como el antiimperialismo, aparecen en la Reforma y hoy también presionan en nuestras conciencias como imperativos.

Ahora bien, si uno de los reclamos más fuertes de los reformistas es la falta de una visión latinoamericanista en nuestras universidades, nos preguntamos ¿de dónde emerge la conciencia de lo nacional, la Patria Grande, el antiimperialismo, y otras ideas novedosas presentes en los jóvenes reformistas? Esa aparición tiene múltiples causas, desde acontecimientos históricos como la Revolución mexicana o el yrigoyenismo, hasta pensadores e ideas que van impregnando a esa generación como Rubén Darío, José Martí, Manuel González Prada o José Enrique Rodó.

En este último punto es en el que nos queremos detener aquí. Rastrear algunos casos de pensadores que hayan sido precursores e influencia en los estudiantes latinoamericanos, pues resulta difícil comprender las características que asume la Reforma sin indagar en los pensadores que van conformando los cimientos de su ideario. La Reforma es fruto de esa matriz de pensamiento que anida, entre otras, en las ideas que germinaron unos años antes y que nosotros tenemos como objetivo dar cuenta en este trabajo.

En nuestro recorrido, retomamos a dos de los máximos exponentes del pensamiento latinoamericano que, además, influenciaron a los reformistas: el cubano José Martí y el uruguayo José Enrique Rodó. De estos dos pensadores, si bien fallecieron antes de la Reforma universitaria —Martí muere combatiendo en 1895, y Rodó fallece un año antes del estallido de la Reforma—, podemos encontrar sus ideas fuertemente presentes en el ideario de los reformistas, tan así es que estos les otorgaron los títulos de *maestros de juventud*.

La Reforma que estalla con el grito de Córdoba, pero se extiende a lo largo y ancho de nuestro continente, difícilmente hubiese nacido y tenido ese desarrollo sin las ideas de estos precursores que se hacen conciencia política en nuestros pueblos. Más específicamente vamos a retomar a estos pensadores a partir de dos trabajos emblemáticos en el pensamiento latinoamericano, obras claramente representadas en las ideas de la Reforma y en los reformistas: *Nuestra América* de José Martí y *Ariel* de José Enrique Rodó.

Vale aclarar que no nos interesa un análisis pormenorizado de todos los aspectos de estos libros, tampoco de toda la obra de los autores, nuestra intención se limita a recorrer los aspectos reformistas que aparecen en ambos trabajos; estos dos escritos que nacen del amor al continente y a los compatriotas, que se encuentran sin dudas entre los que más influencia han ejercido en el pensamiento de las ideas más preclaras de los reformistas.

Lo que nos interesa observar es la presencia de las ideas que levantan los reformistas de estos dos textos emblemáticos; no así los vínculos diferentes que también se podrían rastrear entre estos pensadores y las obras, no es nuestra intención. De todas formas, vale destacar que el vínculo más directo es con *Ariel*, no obstante que la relación en tanto similitud de ideas es más estrecha con *Nuestra América*.

La Reforma, en sus raíces más profundas, fue nacional, latinoamericanista, antiimperialista, vinculada a la historia y las problemáticas de nuestro continente. Revisamos así esas ideas en estos dos pensadores que estrechan lazos con las banderas inconclusas de la Reforma, que les dieron potencialidad hace cien años y que nos marcan un rumbo posible para construir universidades nacionales, latinoamericanas y comprometidas con nuestro pueblo.

José Martí y la hora de la universidad *nuestroamericana*

... las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de esta generación. El vino, de plátano, y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales.

José Martí

Uno de los pensadores que más se vincula con el ideario de los reformistas es sin dudas el cubano José Martí, fundamentalmente, a partir de las páginas de *Nuestra América*, que es el trabajo que tomamos para nuestro análisis. Además de ser una de las plumas más exquisitas que ha dado el pensamiento latinoamericano, en sus textos, aparecen ideas centrales para pensarnos como una Patria Grande, así como en relación con la universidad y su función en nuestro continente. Vale destacar, como lo hicimos en la introducción, que esta vinculación es más que nada por las similitudes que se encuentran entre su pensamiento y el de los reformistas, en tanto en los años veinte se difunde más el pensamiento martiano en nuestro continente.

Martí advierte tempranamente que a la liberación nacional cubana de España, también es menester la precaución en relación con los Estados Unidos que pretenden penetrarnos culturalmente y, al mismo tiempo, dominarnos económica y políticamente. Por eso advierte, un día antes de caer combatiendo por la emancipación: «... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso» (Martí, 2005, p. 157). Brota en el pensador cubano una mentalidad antiimperialista.

Resonaban probablemente en su conciencia la palabras de Simón Bolívar en carta al coronel Patrick Campbell, donde había dicho que los Estados Unidos «parecen destinados por la Providencia para plagar de miserias a nombre de la Libertad» (Bolívar, 2009, p. 431). Seguramente también la experiencia de haber vivido en el norte de América es fundamental en esta idea, pues en vinculación a ese tiempo dirá «viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David» (Martí, 2005, p. 157). ¡Qué diferencia con el viaje que hace Sarmiento!, donde este vuelve embelesado por el país del norte, e incluso tiempo más tarde concreta el proyecto de traer al país maestras norteamericanas.

En el manifiesto escrito por Martí: *Nuestra América* —publicado por primera vez el 10 de enero de 1891 en *La revista ilustrada de Nueva York*— se encuentra el espíritu de la Reforma universitaria, pues en el mismo se parte de la afirmación de lo particular en relación con el mundo, afirma lo nacional en vinculación con lo universal. Reconoce la particularidad de la comunidad latinoamericana que va a llamar como *Nuestra América*. Es un manifiesto para nuestro continente, es un llamamiento al *despertar* del mismo, la emergencia del continente como comunidad autónoma.

La idea es la reafirmación de lo propio, pues *Nuestra América* se opone a la América que no es nuestra, es decir, a la América anglosajona, a los Estados Unidos de Norteamérica. Martí no parte de un ideal abstracto, sino del análisis de la realidad concreta, así no quiere a la humanidad en abstracto, sino al hombre de *carne y hueso*, el cubano llama a amar a sus compatriotas. Hay incluso una visión geopolítica podríamos decir, la idea que el orden mundial es desigual, pues considera que hay *gigantes*, vale decir países desarrollados —opresores— y hay otros pequeños, en tanto países subdesarrollados, coloniales, semicoloniales —al fin y al cabo— oprimidos.

Es un manifiesto que pone en el centro las ideas, por eso dice que «trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras» (Martí, 2005, p. 8). Es un llamado a construir ideas desde acá, a valorizar lo propio, tener fe en nuestra propia capacidad, romper con la auto-denigración, pues «los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses» (Martí, 2005, p. 8). También entiende Martí y pone de relevancia el desconocimiento de lo propio, de la propia historia, de nuestra cultura. No es casual este desconocimiento, pues uno no puede defender ni querer lo que no conoce. Ahora bien, surgen las preguntas: ¿cómo conocer la historia de nuestra región?, ¿cómo estrechar vínculos entre las ideas de las diferentes *patrias chicas*?, ¿qué estrategias son más adecuadas para lograr avanzar en este camino?

De esta forma, piensa que los pueblos deben conocerse a sí mismos y ahí también conocer a los pueblos del continente, su historia en común, la identidad compartida, los lazos que nos unen de modo de avanzar en la unidad para luchar juntos, «los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos» (Martí, 2005, p. 8). Un llamado a la «emancipación mental de Indoamérica» como establece años más tarde el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. La necesidad de conocernos brota como una urgencia ante el avance de las potencias sobre nuestros países.

Este conocimiento de los lazos compartidos es fundamental para la unidad, para retomar el proyecto de la Patria Grande que parecía enterrado con Bolívar en Santa Marta. La integración también como una alianza defensiva y ofensiva, pues «los árboles se han

de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas» (Martí, 2005, p. 8). Es que el peligro del avance imperialista se vierte sobre la región. A principios de siglo XX Manuel Ugarte, luego de su viaje a Estados Unidos, escribe un libelo bajo el título urgente: *El peligro yanqui*, donde también advierte sobre el expansionismo norteamericano y la necesidad de la unidad de nuestros países.

Es un llamado a crear la propia voz, resuenan las palabras de Simón Rodríguez: «o inventamos, o erramos». No debemos ser «calco y copia» de lo ajeno, sino que tenemos que conocer y reconocernos para poder construir. Por eso la emprende contra «¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan porque llevan delantal de indio, de la madre que los crio y reniegan!, ¡bribones!, ¡de la madre enferma y la dejan sola en el lecho de las enfermedades!» (Martí, 2005, p. 8). Si nos miramos en el espejo ajeno, solo podemos tener una mirada desfigurada de lo que somos. El colonialismo cultural apunta a desvalorizarnos y a impedir que reivindicemos nuestra historia, la del pueblo, la cultura nacional y la identidad propia.

El espíritu, la orientación del Gobierno debe ser la del país, piensa Martí. Vale decir, debe ser una política nacional que responda a nuestros intereses, más nunca a los extranjeros, por eso «el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país [...]. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país» (Martí, 2005, p. 9). Cuántos gobernantes han buscado en Europa o Estados Unidos el ideal a seguir para nuestros países. En gran medida la conformación de los mismos se hizo en base a un esquema ajeno a la realidad nacional. La creación de naciones a imagen y semejanza de las europeas o de la estadounidense, donde las mayorías y la conformación de la identidad de los pueblos de Nuestra América son desechadas. En el pensador cubano el mestizaje aparece como un elemento fundamental en esta conformación.

El pensamiento de Martí avanza en la ruptura con el eurocentrismo y el enciclopedismo. Hay que construir rastreando la historia del pueblo, reconstruyendo y fortaleciendo los lazos que conforman la identidad del mismo. No fijar caminos ajenos a la capacidad creativa de las masas populares. Hay que conocer el suelo que se pisa, adaptar las ideas a la realidad, y no al revés. Al mismo tiempo que avanza sobre la crítica a lo que Arturo Jauretche años más tarde llama la «colonización pedagógica» y a la dicotomía entre «civilización y barbarie».

Esa crítica es más clara aún cuando establece que «el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición

y la naturaleza» (Martí, 2005, p. 9). El hombre que piensa despojado de la colonización cultural, a partir de la aplicación del sentido común. Esas ideas que parten del sustrato profundo de nuestra patria derrotan o debieran derrotar a la importación acrítica de ideas y valores realizada en otro tiempo y en otras realidades. Esta oposición a civilización y barbarie resulta fundamental porque nos da otro punto de partida para el análisis y la construcción política. Gobernar en países como los nuestros —considera Martí— es crear nuestras ideas, nuestro propio camino de construcción vinculándolo a la tradición popular.

Nos interesa particularmente este texto que recorreremos, porque allí se hace referencia, además de lo esbozado hasta aquí, a las universidades de nuestro continente en particular y su relación con las problemáticas latinoamericanas. De ahí que Martí (2005) se pregunte «¿cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América?» (p. 10). Es por esas universidades penetradas por el colonialismo que «a adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir a un pueblo que no conocen» (Martí 2005, p. 10). Piensan en términos europeos o yanquis antes que nacional-latinoamericanos. En el mismo sentido, Leopoldo Lugones reclama en la década del treinta «ojos mejores para ver la Patria».

La necesidad que la universidad estreche vínculos y se integre a la realidad nacional aparece en tanto establece que «el mejor premio no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país» (Martí, 2005, p. 10). Que la universidad indague en las cuestiones fundamentales de la patria. Estudie las problemáticas nacionales para advertir soluciones a las mismas. Así las universidades encuentran una función transformadora en las naciones y un lugar en un proyecto nacional.

Continúa en la misma línea de pensamiento poniendo de relevancia que no todo conocimiento es positivo —en tanto hay conocimiento que es en contra de nosotros mismos— es decir que no apunta a la liberación, sino más bien a mantenernos y afianzar los lazos de opresión tanto a nivel individual como colectivo; así, «resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país y gobernarlo de conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías» (Martí, 2005, p. 10). La universidad de esta forma se expresa en el marco de un proyecto de liberación.

Conocer nuestra historia antes que la ajena es primordial. Hay un reconocimiento a que nuestros pueblos hacen historia, tienen cultura, justamente lo que se buscó despreciar.

No es rechazar lo extranjero, pero sí no incorporarlo como absoluto en tanto desvalorización y reemplazo de lo propio, sino en lo que pueda servir al desarrollo de la propia cultura, por eso Martí (2005) reclama que

... la universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras Repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas. Y calle el pedante vencido, que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas (p. 10).

Además de la ruptura de la dependencia colonial en materia política y económica, Martí hace hincapié en un cambio de espíritu, en la cultura, en los valores. La independencia demanda no un cambio de formas, sino de espíritu. Esto es central, cómo construir una sociedad nueva con los mismos valores que la sociedad que se quiere derribar. El oprimido no puede construir un mundo nuevo con los valores del opresor. Por eso hay que «¡bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando por las venas, la sangre natural del país!» (Martí, 2005, p. 13).

José Enrique Rodó y cómo hacer brotar la conciencia latinoamericana y anti-imperialista en la juventud

Si ha podido decirse del utilitarismo que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario. Y el Evangelio de este verbo se difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo. Hispano-América ya no es enteramente calificable, con relación a él, de tierra de gentiles. La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes y, aún más quizá en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria.

José Enrique Rodó

El pensamiento de José Enrique Rodó, parte fundamental de la generación del novecientos, resulta central para la conformación de una conciencia latinoamericana y antiimperialista. Vale destacar aquí que el uruguayo no culminó sus estudios formales superiores, sino que fue un autodidacta en su formación. Asimismo que *Ariel* tuvo una repercusión fenomenal en nuestro continente, fue ampliamente leído por las juventudes y la intelectualidad, llegándose en pocos años a imprimir varias ediciones en diferentes países.

La explosión del USS *Maine* en Cuba en 1898, acontecimiento que sembró la indignación en nuestro continente, provocó en Rodó la urgencia de escribir *Ariel* dos años más tarde (a nueve años de la aparición del texto de Martí). La lectura y reinterpretación fundamental es sobre el libro *La tempestad* de Shakespeare, que inspiró varios escritos en Nuestra América. *Ariel* relata una historia novelada en la que un maestro que llaman Próspero —en referencia al mago sabio de *La Tempestad*—, se despide al finalizar el año de sus discípulos, la juventud de Nuestra América, los estudiantes universitarios latinoamericanos.

Es significativo que *Ariel* esté dedicado «a la juventud de América», en tanto Rodó (1956) arguye «pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de la palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación» (p. 163). No obstante advierte «sed, pues, conscientes poseedores de la fuerza bendita que lleváis dentro de vosotros mismos. No creáis, sin embargo, que ella esté exenta de malograrse y desvanecerse, como un impulso sin objeto, en la realidad. De la naturaleza es la dádiva del precioso tesoro; pero es de las ideas que él sea fecundo» (Rodó, 1956, p. 165). Es acertado también este «hablarle a la juventud»: recordemos el reclamo reformista —que aparece claramente en el *Manifiesto liminar*— por los métodos de enseñanza, contra la instrucción impartida en forma magistral, fría, sin amor por lo que se enseña ni por los estudiantes con quienes se comparte el conocimiento. Es decir, estas cuestiones aparecen como una problemática presente. De ahí que consideramos que resulta importante destacar esa dedicatoria, y la forma de interpelación a los estudiantes latinoamericanos.

Ariel es un llamado al despertar de la juventud, pues

[...] si con relación a la escuela de la voluntad individual, pudo Goethe decir profundamente que sólo es digno de la libertad y la vida quien es capaz de conquistarlas día a día para sí, con tanta más razón podría decirse que el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste,

por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas (Rodó, 1956, p. 163).

La fe resulta fundamental para la movilización, la creencia en un ideal para la transformación de la realidad. Es un deber de la juventud que en la concepción de Rodó no debería eludirse. Es un llamamiento al despertar de Nuestra América.

Interpela a las juventudes a la adopción de un proyecto que apunte a un cambio de raíz en nuestros países. El ideal encarnado en un proyecto transformador es lo que conmueve y pone en movimiento el espíritu. Años más tarde, Scalabrini Ortíz afirma que en la creencia se encuentra la magia de la vida, es lo que le da sentido. Sin una creencia que sustente un proyecto, la vida se ahonda en un vacío que no conmueve la existencia, el sujeto se queda sin algo que lo sostenga diariamente y que apunte hacia el porvenir. Y la interpelación se hace más clara, en tanto Rodó (1956) explica: «yo creo que América necesita grandemente de su juventud. He ahí por qué os hablo. He aquí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu» (p. 168).

Los dos personajes simbólicos del escrito de Rodó refieren también a la obra de Shakespeare. En Rodó (1956), *Ariel* representa «el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia —que se levanta contra Calibán— símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida» (p. 162). Esta contraposición resulta fundamental, pues es la representación en *Ariel* de Hispanoamérica contra la América anglosajona de Calibán.

Reclama Rodó (1956) contra la «escasa originalidad» (p. 168) de las ideas germinadas en Nuestra América, pues lo que prima es la copia, el encandilamiento con las ideas extrañas a nuestra realidad. Es necesario avanzar en la construcción de un esquema de pensamiento propio. Esa originalidad apunta a la conformación de un pensamiento autónomo. Es un manifiesto por la soberanía cultural.

En este mismo sentido profundiza en tanto la emprende contra «cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus» (Rodó, 1956, p. 169). La crítica al utilitarismo recorre el texto de Rodó. Ese utilitarismo cercena el espíritu creativo coartando la libertad, sin permitir la autonomía del sujeto ni de su pensamiento. No obstante el autor reconoce la importancia del bienestar material para que el espíritu logre desenvolverse plenamente en nuestra sociedad.

Asimismo, este utilitarismo es fustigado por Rodó, en tanto se deja de lado el desinterés por la meditación y el conocimiento, quedando reducido meramente a su utilidad, al interés por lo material. Ese utilitarismo «anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos, que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén íntimamente en contacto» (Rodó, 1956, p. 169). El sometimiento al materialismo y al automatismo de una actividad cercena la libertad interior, el sentimiento y el espíritu.

El posicionamiento contra el utilitarismo marca los límites del acceso al conocimiento como mera aspiración individual, estableciendo fines más amplios ligados a lo colectivo, a una visión integral estrechamente ligada a las raíces y a la sociedad latinoamericana.

El autor hace una invitación a la creación de un pensamiento propio, a encontrar nuestra voz, un «pensamiento emancipado de todo innoble yugo» (Rodó, 1956, p. 173). Un pensamiento libre del coloniaje, de la repetición burda, y despojado de la tutela económica, un ideal para la emancipación. Una matriz de reflexión que tenga como principio fundamental la integridad de la condición humana. Es por esto mismo que expresa el rechazo a la imposición de la uniformidad cultural, y a «la falsedad de lo artificial [que] vuelve efímera la gloria de las sociedades que han sacrificado el libre desarrollo de su sensibilidad y su pensamiento» (Rodó, 1956, p. 174). La expresión y desarrollo de la cultura nacional son bases donde se asienta la identidad colectiva. Es un manifiesto contra la indiferencia del ser humano, contra el desprecio por los demás, abogando por el amor por los semejantes.

Es necesario preservarse de la mutilación de la propia identidad que impide el desenvolvimiento del propio ser en su plenitud. Se debe educar para inculcar un sentimiento de justicia. La educación debe estar ligada a la dignificación del ser humano. La enseñanza no debe ser una imposición del pensamiento, no obstante en el pensamiento de Rodó, es necesaria para inculcar una ética para la idea del deber.

La educación y la escuela en particular son colocadas por Rodó (1956) en un lugar central, en tanto «por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de equidad social, que consagra para todos la accesibilidad al saber» (p. 186). Vale recordar que Gabriel del Mazo, pilar de la Reforma del dieciocho, entendía que esta apuntaba finalmente a reconfigurar todo el sistema educativo y a transformar de raíz la matriz cultural.

Rodó (1956) también avanza contra la idea que la civilización se encuentra en los países centrales en relación con su grado de desarrollo —Europa o los Estados Unidos— por lo que Nuestra América no entraría en esa categoría, advierte que «la civilización de un

pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de prosperidad o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de sentir que dentro de ellas son posibles» (p. 183).

Es un manifiesto por la búsqueda de la fisonomía latinoamericana, por la afirmación de lo propio en detrimento de lo que Arturo Jauretche denomina como autodenigración de lo nacional. Rodó (1956) habla del «doloroso aislamiento en que viven los pueblos» (p. 168) que componen Hispanoamérica. Hay más conexión entre las *patrias chicas* y las potencias que nos dominan, que entre los países hermanos.

La balcanización impuesta a nuestros pueblos luego del proceso de emancipación, nos marca la tragedia continental por el fracaso del ideal de la Patria Grande —en tanto *emancipación a medias*— por caer bajo la dominación anglosajona, pero al mismo tiempo nos indica el proyecto, el camino para construir el futuro, la reconstrucción de los lazos de unidad entre nuestros pueblos.

Rodó (1956) pone en consideración, como venimos viendo, la manía de imitación predominante en nuestros países, busca las raíces de dicha actitud, y encuentra que «se imita a aquel en cuya superioridad o cuyo prestigio se cree. Es así como la visión de una América deslatinizada por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir» (p. 190). Es la creación de un pensamiento enajenado a la realidad local. El espíritu de la imitación impone la renuncia a la originalidad en pos de la consagración idolátrica del extranjero. Se pretendió crear Europa en América, dirá Arturo Jauretche.

La adopción de una mirada penetrada del culto por lo ajeno, y la copia de esos modelos por considerarlos superiores a los que emergen de la propia realidad, no necesariamente se manifiestan por cálculo premeditado de obturar la expresión de nuestra identidad —aunque la penetración cultural tenga esa finalidad—, sino por la conformación de una matriz de pensamiento que lleva a valorar positivamente aquellos modelos en detrimento de la posibilidad de crear uno propio. La identidad también se manifiesta por oposición a lo que no somos. Es una búsqueda de la autonomía cultural de Nuestra América.

El pensador oriental va a denominar a esta actitud que venimos describiendo como *nor-domanía*, considera que es necesario oponerle los límites del pensamiento propio. Ahora bien, cabe destacar que lo que se propone no es un cierre absoluto de las ideas surgidas en otras realidades: «no doy yo a tales límites el sentido de una absoluta negación» (Rodó, 1956, p. 190). Sino que es posible aplicar esas ideas a la realidad nacional, pero en cuanto

las mismas no sean incorporadas como absolutas en reemplazo de las propias, más bien en lo que puedan aportar a nuestra conformación a un esquema de pensamiento propio, y a la cultura nacional. Incorporarlas, pasándolas por el tamiz de nuestra realidad, en cuanto aporten a la solución de las problemáticas locales.

Las realidades no son iguales, responden a diferentes conformaciones históricas, sociales, económicas y culturales, por eso las ideas no se pueden trasladar mecánicamente. La importación acrítica de ideas produce la obturación de la expresión de la propia identidad, y la eliminación de los rasgos característicos como comunidad autónoma. Rodó (1956) expresa: «no veo la gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos —su genio personal—, para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrificuen la originalidad irremplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales e improvisados de imitación» (pp. 190-191). Es un engaño reproducir instituciones y costumbres ajenas.

Rodó (1956) tiene esperanza en la generación que nace con el nuevo siglo. Piensa que la regeneración del ideal latinoamericano necesita de precursores que la empujen. La estatua de Ariel que acompaña a Próspero en su despedida simboliza el espíritu de la Patria Grande, su Ariel es la esperanza en la juventud en la cual él tiene una gran fe para la construcción del porvenir y dice: «yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo; y más aún, en los de aquellos a quienes daréis la vida y transmitiréis vuestra obra. Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que la Cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua, para ser el ara inmutable de su veneración» (pp. 209-210).

A modo de cierre. Influencia y actualidad de los planteos

A cien años de distancia del heroico gesto de nuestros antecesores, el homenaje más grande que podemos y debemos tributarle es confirmarlo de modo indestructible en esta hora de suprema incertidumbre, de angustia universal. Nunca instante más propicio que el presente para afirmar ante la faz del mundo que si Europa ha llenado veinte siglos de la Historia, el Futuro pertenece por entero a la gloria americana. ¡Cien años hace que nos dijimos libres comencemos a serlo! Seamos americanos. Seamos americanos por la obra y la idea. Ahora o nunca. ¡Ahora o nunca más! ¡O simples factorías al servicio de Europa, o pueblos independientes al servicio del ideal! He ahí la alternativa. ¡América, la hora!

Saúl Taborda

Como se puede observar, a partir del recorrido que realizamos en estos dos pensadores y más específicamente en los dos escritos que tratamos, anidan muchas de las ideas que van a ir germinando a través de esos primeros años del siglo XX, florecerán a lo largo y ancho de nuestro continente en el espíritu y las banderas levantadas por los reformistas. Ese espíritu y esas banderas que, ante su fracaso, hicieron que la Reforma quedara inconclusa y vigente aún en la actualidad.

Así, pensamos que los textos de José Martí y José Enrique Rodó representan lo mejor de la tradición del pensamiento latinoamericano. Son textos que están cargados de futuro, no sólo porque sus ideas serían retomadas años más tarde, sino también porque esas ideas nos marcan un camino para un futuro en el presente. El caso de Martí se vincula más al reformismo que al momento inicial de la Reforma, en tanto su pensamiento se difunde más fuertemente —cuando en 1925— se publican en Madrid ocho tomos de su obra. El caso de Rodó está más relacionado con el momento mismo del estallido del grito reformista en el dieciocho porque, como indicamos, el texto recorrió mucho las manos de los jóvenes latinoamericanos.

El reformismo, si queremos abordarlo en su magnitud e importancia, excede el mero ámbito reducido a las universidades e impacta en la vida cultural y política de nuestros países. Hacer reduccionismo es parte de la falsificación de la historia, y es limitar el alcance y la potencialidad de un movimiento que adquiere relevancia e interés abordado desde ese punto de vista.

Nos interesa también establecer vínculos entre las generaciones porque resulta fundamental, no sólo para la comprensión de los hechos, sino también por su importancia en el restablecimiento de los lazos entre las diferentes luchas del pueblo latinoamericano; al mismo tiempo que adquiere centralidad por la reconstrucción del tejido social dañado —no casualmente por la penetración extranjera— y las usinas generadoras de cultura ajena al interés nacional. Esa recuperación de la identidad nacional tiene una importancia sustancial en el marco de la creación de un pensamiento original.

Los escritos que repasamos están atravesados por un conjunto de ideas que, como decíamos, aparecen en la Reforma y los reformistas. Esas ideas fundamentalmente son: el latinoamericanismo, la necesidad de integrar la universidad al país, la crítica al eurocentrismo, la urgencia de conformar un pensamiento original contra la imitación, la dependencia, el papel del colonialismo o el imperialismo, la función de la universidad en la sociedad, el vínculo con el pasado y con la cultura nacional, entre otros.

Hay entonces varias preguntas que atraviesan los textos acerca de cuál es el lugar a partir del que se construye el conocimiento, cuál es la función del mismo en nuestros países, si es posible o es falso el universalismo, para qué queremos conocer, cuáles temáticas centrales y secundarias a indagar, si hay posibilidad de conformar una matriz de pensamiento propia, una forma de interpelar el mundo desde los países periféricos, cuál debe ser nuestro posicionamiento en el mundo, cuáles nuestras tradiciones e identidad cultural, etc.

Nos interesa también retomar la crítica de Jorge Abelardo Ramos al *Ariel*. A pesar de rescatar el grito de alarma que significa, resalta que en Rodó hay cierto retiro a la meditación contemplativa en una América Latina semicolonial, dependiente, donde reina la miseria urgente de justicia social, al mismo tiempo que le otorga —simbólicamente refiere— al espíritu más poder que a la siderurgia, se vuelve un pensamiento conservador, así «propone un retorno a Grecia, aunque omite indicar los caminos para que los indios, mestizos, peones y pongos de América Latina mediten en sus yerbales, fundos o cañaverales sobre una cultura superior» (Ramos, 1968, p. 373).

Estos precursores, Rodó sobre todo, y la generación del novecientos —no así Martí (lo decimos no sólo por ser anterior a esta generación y no formar parte de ella, sino también por su posición)—, gozan de cierto idealismo. Son las juventudes reformistas las que comienzan a romper en la acción con este. La figura más destacada en este punto, según establece Miguel Barrios (2007), es el gran latinoamericano Manuel Ugarte —pilar y principal orador de la Reforma del dieciocho— que supera este primer antiimperialismo latinoamericano del novecientos, junto a la generación ibérica del noventa y ocho).

No obstante los límites del reformismo, constituyen a su vez una generación precursora de los nacionalismos populares, mucho más profundos por el componente popular, el antiimperialismo concreto, y más aún en la parte sur de Nuestra América, la develación del papel de Gran Bretaña —en detrimento del enorme espacio dedicado al águila norteamericana—. No es casual que Marcelo Gullo (2013) afirme que Haya de la Torre es la profundización de las ideas que traen los reformistas, viéndose influenciado en su pensamiento.

Es menester señalar en relación con esto último, que el hecho de que Martí haya decidido unos años antes pasar a la acción es una diferencia fundamental con Rodó. También que el cubano le otorgue un papel fundamental en su proyecto político a los trabajadores —volviendo a diferenciarse del uruguayo y los reformistas— que otorgaban el rol principal a los sectores medios.

Carlos Piñero Iñíguez (2006b) sostiene al respecto de Martí que «el motor de su proyecto político cubano es la clase trabajadora, lo que le otorga un carácter de nacionalismo revolucionario [...] la idea de Nuestra América no se limita al análisis crítico; es un ensayo propositivo, que releja un proyecto nacional de acción [...] que conjugue lo tópico con un programa inmediato» (pp. 395-404).

La guerra de la independencia cubana, la intervención norteamericana sobre el final y la continua penetración del imperialismo británico en la parte sur de América, revela una influencia en los acontecimientos y sobre esa generación antes o después de la Reforma. Al respecto del papel británico, más aún por las características particulares que adquiere mayormente, se devela en la década del treinta a partir de algunos personajes ligados en mayor o menor medida al reformismo y también, claro, de otros no vinculados a ese movimiento.

En estos dos pensadores hay algo fundamental que también recorre la tradición del pensamiento latinoamericano: la nación aparece como un proyecto, lo que se vincula ya sea a la situación colonial, o mayormente a la semicolonial, a la dominación invisible que no por eso deja de ser menos dañina para la soberanía nacional; se desenvuelve de forma más sutil y asegura por otros mecanismos ya no basados en la fuerza de coerción externa en la vida del país oprimido, sino más bien encarnada en el plano cultural. De ahí la importancia y la centralidad de las ideas que pujan por la ruptura del orden dependiente, pues en este se asienta la matriz cultural que hace invisible la dependencia, la justifica, y al mismo tiempo obtura la aparición de una mentalidad nacional que piense en la solución de las problemáticas nacionales a partir de la aplicación de un criterio propio.

Para este desarrollo, según aparece en estos pensadores, resulta esencial la ruptura con la actitud tan presente hasta el día de hoy que es la autodenigración de lo nacional y que apunta a destruir la autoestima como nación. Ningún pueblo que pretenda emanciparse y encarar un destino de grandeza lo puede hacer sin valorar las propias capacidades para realizarlo. Aquí la fe en la posibilidad de un porvenir de dignidad para la Patria Grande y venturoso para nuestros pueblos se revela fundamental.

De este último punto se desprende que la creencia en nuestra capacidad como nación es lo que moviliza el espíritu, y asimismo la revalorización de la cultura nacional es un pilar sobre el que se asienta la identidad nacional, y esta a su vez un puntal para restablecer la autoestima como pueblo, al mismo tiempo que actúa como oposición a la penetración extranjera y es basamento para la construcción de un pensamiento original. Es la ruptura del sometimiento al pensamiento europeo o norteamericano partiendo de la falsa dicotomía, la madre de todas las zonceras: civilización o barbarie. Es claro, vale destacar, que no es un

rechazo a las ideas germinadas en otras realidades o en otros tiempos, sino la adaptación de las ellas a nuestros intereses.

Aparece también en la influencia de estos pensadores la necesidad de conocer y rastrear la historia y las creaciones culturales del continente. Pues del desconocimiento de estas cuestiones deviene la debilidad en la defensa, dado que no se tiene aprecio sobre lo que no se conoce, y no se defiende lo que no se ama. En este marco renace el pensarnos en unidad, renace el proyecto de la Patria Grande de la gesta emancipadora triunfante en la ruptura de las cadenas coloniales, pero derrotada en la unidad, lo que trae aparejado la caída en otras cadenas no menos perniciosas. Retomar la senda de la unidad renace como una urgencia.

La educación no es aséptica, sino que encarna valores. Básicamente, en tanto la condición de nuestros países, hay una educación colonial y una para la emancipación. Desde ya, nuestro caso se enmarca en el segundo grupo: una educación que establece una ética y pretende inculcar un ideal de justicia. Ahora bien, no hay imposición de un pensamiento aquí, sino libertad creativa.

La conformación de una matriz de pensamiento latinoamericana como base desde donde se pueda asentar una política nacional. La formación de una clase dirigente que se digne a pensar en nacional, desechando la posición servil de los intereses extraños. La búsqueda de un esquema de pensamiento que oriente las respuestas en función de nuestro beneficio y no del ajeno. Ambos manifiestos abogan por la autonomía del pensamiento *nuestroamericano*.

Aparece el humanismo que encarna a los grandes movimientos transformadores, pero no se trata de un humanismo universal, sino más bien situado en la realidad concreta. Se trata de un humanismo encarnado en los hombres latinoamericanos que se levantan contra el utilitarismo que destruye la creación original, sometiéndola al materialismo. Este utilitarismo, al mismo tiempo, cercena la relación del conocimiento con la transformación de la realidad.

Estos pensadores apuntan al rompimiento del coloniaje económico y cultural. Es una respuesta a la balcanización impuesta luego del proceso de emancipación. Reconstruir lo que se desintegró como proyecto político. Así, procuran la ruptura con el pensamiento elitista de cuño eurocentrista, a través del cual se conforman las *patrias chicas* dependientes. Para ello resulta esencial la búsqueda de la historia y de la cultura que la matriz iluminista niega. Una indagación por la fisonomía latinoamericana, una afirmación de lo nacional y la conformación de un pensamiento situado.

Es significativo que estos escritos, sobre todo el de Rodó, hablen e interpelen directamente a las juventudes. Es por eso que los textos que revisamos por un lado y como es evidente en las reivindicaciones y reclamos de los reformistas por el otro, interpelaron fuertemente a la juventud universitaria de principios de siglo. Nosotros pensamos que debieran hacer lo propio con las juventudes actuales (y no solamente con los jóvenes), universitarios o no. Esas ideas, por las características que tenemos como naciones semicoloniales con una cuestión nacional irresuelta, tienen plena vigencia.

El espíritu de *Ariel* despertó en los últimos años. La conciencia latinoamericana ha vuelto a recorrer como un soplo de aire fresco desde Tierra del Fuego hasta México, el cóndor se ha elevado a la altura de los Andes nuevamente, los imperios y los dueños de todas las cosas quieren volverlo a encerrar, y soltar al águila del norte para enterrar nuestro sueño. Es tarea de nuestros pueblos mestizos que este despertar se vuelva conciencia política, para lograr la definitiva emancipación continental.

Bibliografía

- Barrios, M. (2007). *El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte*. Bs. As.: Biblos.
- Bolívar, S. (2009). *Doctrina del Libertador*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Galasso, N. (2001). *Manuel Ugarte y la lucha por la unidad latinoamericana*. Bs. As.: Corregidor.
- Gullo, M. (2013). *Haya de la Torre: la lucha por la Patria Grande*. R. de Escalada, Arg.: Edunla.
- Hernández Arregui, J. (1973). *Peronismo y socialismo*. Bs. As.: Corregidor.
- Jauretche, A. (2004). *Los profetas del odio y la yapa*. Bs. As.: Corregidor.
- Labaké, J. (1999). *Líderes latinoamericanos*. Bs. As.: Ciudad Argentina.
- Martí, J. (2005). *Nuestra América y otros escritos*. Bs. As.: El Andariego.
- Piñeiro Iñíguez, C. (2006a). José Enrique Rodó: El arielismo latinoamericano. En *Pensadores latinoamericanos del siglo XX. Ideas, utopías y destino*. Bs. As.: Siglo XXI.
- (2006b). José Martí: la dignidad de América. En *Pensadores latinoamericanos del siglo XX. Ideas, utopías y destino*. Bs. As.: Siglo XXI.
- Ramos, J. (1968). *Historia de la Nación latinoamericana*. Bs. As.: Peña Lillo.
- Rodó, J. (1956). Ariel. En *Obras completas*. Bs. As.: Zamora.

SEGUNDA PARTE

LA REFORMA RECORRE AMÉRICA LATINA

La Reforma universitaria en las calles. Haya de la Torre en las huelgas y marchas de trabajadores y estudiantes en el Perú (1916-1919)

Facundo Di Vincenzo*

A cien años de distancia, en la historiografía sobre la Reforma universitaria (1918) aún no se ha establecido una lectura que sea homogénea sobre sus resultados. Una de ellas, que llamaré hegemónica por su difusión en textos como por su vinculación con instituciones y corrientes político-culturales sólidamente posicionadas en los espacios académicos argentinos (UBA, Conicet, FUBA, AHRA), es la que realizaron autores como Gabriel del Mazo (1957) con su monumental obra en tres tomos, Jorge Orgaz (1970), José Luis Romero (1956) o Luis Alberto Romero (2012), en sus diferentes trabajos (1956, 1976). Estos autores destacan que la Reforma de 1918 consiguió la emancipación de estructuras, contenidos y fines, respecto a la universidad medieval y clerical que precedía. Señalan la importancia de la autonomía y el cogobierno logrado por la Reforma. Hacen una comparación con el momento anterior a 1918, y focalizan en demostrar la importancia de establecer una universidad sin afecciones políticas, sociales o culturales. Subrayo: la disociación entre política y problemas sociales es considerada por estos autores como un desencuentro positivo y lógico para el desarrollo del conocimiento universitario.

Otras lecturas de autores como Dardo Cúneo (1978) o Alberto Ciria y Horacio Sanguinetti (1983), han matizado esta perspectiva, remarcando la heterogeneidad de posturas entre los reformistas a lo largo de Latinoamérica. También encuentro trabajos como los de Juan Carlos Portantiero (1978) y Hugo Biagini (2000) que han estudiado la Reforma destacando, especialmente, las repercusiones en materia de ideas y pensamientos que ella ha generado para la historia de los movimientos juveniles en América Latina.

Luego, encuentro una serie de trabajos con visiones profundamente diferentes a las desarrolladas por la lectura hegemónica. La realizan otros académicos, políticos e intelectuales vinculados a corrientes del pensamiento nacional y popular latinoamericano, es el caso de Arturo Jauretche (1957), Rodolfo Puiggrós (1974), Hernández Arregui (1973), Jorge Abelardo Ramos (1973), Ana Jaramillo (2018) y Aritz Recalde (2007, 2018).

* Profesor de Historia (UBA), doctorando en Historia (USal), especializando en Pensamiento Nacional y Latinoamericano. Docente de Historia Social y Política Latinoamericana, Historia Social y Política Argentina, Historia Moderna y Contemporánea, Historia Social Latinoamericana, Procesos Históricos Mundiales, Seminario Manuel Ugarte: Pensador de la Nación latinoamericana. Investigador del Instituto de Cultura y Comunicación del Instituto de Problemas Nacionales y del Centro de Estudios de Integración Latinoamericana Manuel Ugarte (UNLa).

Estos autores se detienen a estudiar los logros alcanzados en materia de estructuras, contenidos y fines después de 1918. Si bien reconocen la importancia de haber logrado motorizar una serie de perspectivas fundamentales: el antiimperialismo, el antipositivismo como el desarrollo de un movimiento estudiantil a nivel continental —en todos los casos— discuten y polemizan con la lectura hegemónica. En líneas generales, consideran que una verdadera Reforma universitaria debería implicar una función de compromiso y acción por parte de la comunidad universitaria —autoridades, docentes, alumnos, graduados y no docentes— sobre los problemas de la sociedad en donde se encuentra situada.

En este texto, tomando la hipótesis de Arturo Jauretche (1967), quien decía en *Los profetas del odio y la yapa* que la Reforma universitaria había dado sus frutos más en el continente que en Argentina, pretendo revisar algunos aspectos de la Reforma universitaria en el Perú, explorando la experiencia de Víctor Raúl Haya de la Torre, uno de los líderes estudiantiles más relevantes del movimiento reformista en el país andino (Trujillo, 1895-1979).

Me propongo plantear otra mirada, distinta a la mirada hegemónica sobre la Reforma universitaria y sus resultados en Latinoamérica, en el intento por demostrar que, —en el caso de Haya de la Torre— su pensamiento sobre la posibilidad de una Reforma universitaria se sostiene a partir de hechos concretos, como así también a contextos históricos y sociales muy distintos a los desarrollados por los reformistas argentinos. Pretendo exponer que en Perú, el sentido, el significado y la resultante de la Reforma han sido totalmente diferentes del caso argentino.

Víctor Raúl Haya de la Torre y su experiencia como estudiante en Trujillo

Nace en Trujillo en 1895, sus padres: Raúl Edmundo Haya y de Cárdenas y Zoila Victoria de la Torre y de Cárdenas, habían gozado de una buena posición económica, pero al momento de su nacimiento, como dice uno de sus biógrafos «se encontraban venidos a menos» (Cossío del Pomar, 1969).

Luego de terminar sus estudios en el Colegio de San Carlos y San Marcelo de Trujillo sus padres deciden que estudie la carrera de derecho, sin embargo, Víctor Raúl se niega; recuerda Felipe del Pomar (1969) que Haya de la Torre le había dicho «que él nunca quiso ser tinterillo sino abogado de las causas justas» (p. 37). Elige seguir sus estudios en la Facultad de Letras de la Universidad de Trujillo, donde conoce al poeta y escritor César Vallejo (Santiago de Chuco, 1892-1938).

Con Vallejo y otros estudiantes poetas se agruparán formando lo que se llamó bohemia trujillana o Grupo Norte, con alguna repercusión en los espacios culturales de la época en Perú. Como en otros casos de vanguardias artísticas y literarias latinoamericanas, estos ámbitos son en realidad extremadamente pequeños y sin ánimos de difundirse a nivel masivo. Más bien, lo masivo o popular es tomado por estos grupos como lo contrario a lo artístico y cultural. Varios trabajos han abordado el tema del divorcio existente entre los artistas latinoamericanos y los sectores populares durante el siglo XX (Cambours, 1962; Carpani, 1961; Doll, 1933 y s/f; Lugones, 1966; Ramos, 1961). En el caso de la bohemia trujillana, se discute sobre temas estéticos, de forma, con algunas menciones a lo social siempre secundarias. En general, los debates están orientados por todo lo que llega desde Europa, principalmente de París. Probablemente, como señalan algunos de sus biógrafos (Cossío del Pomar, 1969; Decamilli s.f.; Sánchez, 1936), la limitada percepción de la realidad por parte del grupo, fue lo que llevo a Haya de la Torre a alejarse de estos espacios y buscar en otros más conectados con los problemas sociales latinoamericanos.

Como estudiante, uno de sus profesores de Trujillo, menciona una anécdota en donde se demuestra el interés por la realidad social y política del futuro líder del aprismo:

Era el 24 de septiembre de 1908. En Trujillo realizaban una excursión los alumnos del Seminario. A las cuatro de la tarde Víctor Raúl pidió permiso para volver a la ciudad.

—¿Por qué tienes tanta prisa? interrogó su profesor P. Briand, de francés.

—Porque deben haber llegado noticias de la transmisión del mando en Lima.

—Y tú qué tienes que ver con la política, mocoso.

—¡Oh! —contestó Víctor Raúl— a mí me interesa mucho la política...

—Este chico dará mucho que hacer —comentó el P. Briand, mirando al pequeño Haya de la Torre, que tenía entonces trece años (Sánchez, 1936, p. 33).

¿Qué es lo que hacía Haya de la Torre en este contexto? Varias cosas. Leía algunos autores anarquistas, difundidos entre los recientes círculos obreros de la capital peruana, como Pyotr Kropotkin o Élisée Reclus, libros de Tolstoi y Gógol, se topó por primera vez con *El origen de las especies* de Darwin y sintió un extraño escalofrío al leer algunos juicios lapidarios de don Manuel González Prada (Lima, 1824-1918), autor de *Horas de lucha* y *Páginas libres* donde desfilaba la realidad peruana chorreando sangre y lodo (Sánchez, 1936).

Al mismo tiempo, su familia entra en una serie de complicaciones económicas. Estos años fueron fundamentales para comenzar a comprender la realidad social y política de Latinoamérica, años esenciales para su formación ideológica. Víctor Raúl decide abandonar el estudio academicista de las letras y si bien —como señala él mismo— fueron sus padres los primeros que lo habían impulsado al estudio del derecho «ya que tenía aptitud para la discusión y era un orador congénito». Víctor Raúl —esta vez sí— había elegido ser abogado. ¿Qué motivó este cambio?

Su biógrafo, Luis Sánchez (1936), cita el diálogo que tuvo con sus padres:

- Yo no seré tinterillo, sino abogado. Solo defenderé las causas justas
- dijo Víctor Raúl.
- Entonces te morirás de hambre —dijo su padre.
- Eso no importa, pero no seré tinterillo —sentenció él (p. 28).

Como puede observarse, Víctor Raúl distingue la profesión no por la formación, sino por lo que el profesional hace luego con esa formación. El abogado es reconocido como aquel que se ocupa de impartir justicia acción que —en un país como el Perú— es urgente; en cambio, el tinterillo es aquel que lucra con el oficio, un mercenario dispuesto a trabajar para el mejor postor.

Haya de la Torre deja Trujillo para ingresar al estudio de la abogacía en la Universidad de San Marcos de Lima —como en aquel entonces se decía— ingresaba a la «universidad de la libertad», pero ¿qué tipo de libertad?

Haya de la Torre y las universidades de Trujillo y Lima

La universidad de la capital del Perú respondía a la mentalidad y realidad económica de aquel entonces. Dominada históricamente por un clero de abolengo colonial, con doctores togados, estirados y de frente en alto; con una abstracta moralidad de origen civilista (Mariátegui, 1925). Pero antes bien, explicaré qué quiere decir la palabra «civilista» en el Perú.

En 1871 se funda el Partido Civil, sus miembros se reconocían como civilistas, aunque todos ellos no representaban a la mayoría de los civiles peruanos, sino que eran hombres vinculados a la oligarquía de la ciudad-puerto: Lima.

Cuando hablo de oligarquía tomo a la definición que hace Waldo Ansaldi y Verónica Giordano (2012), dicen los autores: «definimos oligarquía como una forma histórica de

dominación política de clase², caracterizada por la concentración del poder en una minoría y la exclusión de la mayoría de la sociedad de los mecanismos de decisión política. En las sociedades de dominación oligárquica, la base social era angosta, con predominio de la coerción» (pp. 462- 466).

La herencia de la derrota en la guerra del Pacífico, en donde Perú luchó con Bolivia contra el avance chileno (1879-1883), representó el surgimiento de Gobiernos con preeminencia militar. A estos, se le opuso un sector de la oligarquía limeña, cuya expresión fue el Partido Civilista. De allí el término civilista, de civiles contra militares. Como señala Jorge Abelardo Ramos, la oligarquía peruana hizo responsable al sector militar del fracaso en la guerra con Chile; en realidad, fue el murallón estratégico y psicológico empleado por la oligarquía limeña frente a una reacción del sector militar nacionalista, que se inclinaba por una nueva guerra contra Chile (AA. VV., 1972 y 1999; Haya de la Torre, 1927; Klaren, 1992; Sader y Jinkins, 2006). Guerra — que en esos momentos — ya no le convenía al sistema de dominación oligárquico (capitalistas británicos, hacendados, propietarios mineros, empresas salitreras).

Por otra parte, además del Partido Civilista, hay que destacar que otro partido político liberal en lo económico y conservador en lo social como este, compartía los frutos del sistema de dominación oligárquico, como es el caso del Partido Demócrata de Nicolás de Piérola Villena (presidente del Perú entre 1879-1881 y 1895-1899). Ambos partidos se reparten las presidencias hasta 1930, siendo Augusto Leguía del Partido Civil quien más tiempo ejerció el poder presidencial (1908-1912 y 1919-1930).

En materia de política educacional, en sus manuales de historia y en los programas de historia del Perú dictados en las universidades, estos partidos se definieron como los que reorganizaron el país.

La historiografía sobre Perú (Bonilla, 1972 y 2005; Cotler, 1978; López, 1997; Quijano, 1998), con algunos matices según cada caso, divide *grosso modo* en cinco coyunturas económicas y sociales la historia del Perú durante el siglo XX: 1) la independencia; 2) la contracción de 1821-1850; 3) la «edad del guano» de 1850-1879; 4) la reconstrucción civilista y 5) la república oligárquica de 1890 a 1929.

2 Como en otros puntos de este libro, no estoy de acuerdo con la utilización de la noción de clase empleada, ya que sí bien creo que se utiliza para ubicar a los sectores oligárquicos, pierde fuerza cuando se intenta desglosar a los diferentes sectores implicados: terratenientes, bancos extranjeros, política internacional de EE. UU., Gran Bretaña, funcionarios de Gobierno, empresas de transportes privadas, etc. Evidentemente, difícil es que todos estos múltiples sectores puedan caer juntos en una misma clase social. Considero que todos ellos sí forman parte de un mismo sistema de dominación oligárquico, pero no una misma clase social.

El período que interesa para este trabajo es el cuarto, en donde el Estado plantea una reorganización. ¿Por qué hablan de reorganización? en parte porque la guerra del Pacífico y la derrota significó para la oligarquía peruana un derrumbe económico profundo (Ansaldi y Giordano, 2012; Halperín, 1999; Rama, 1978; Ramos, 1971). Fue el fin de la efímera y corruptora prosperidad guanera; sólo dejó como saldo positivo para este grupo una rehabilitación de la agricultura costeña de regadío motorizada por este crecimiento. De modo que hacía fines del siglo XIX —ya sin el guano— el azúcar y el salitre se convirtieron en las principales exportaciones peruanas a Gran Bretaña, ambas se situaban en el nivel de 1 200 000 £. Un millón doscientas mil razones para que la oligarquía abra las puertas al capital británico (y sus consecuentes deudas), principalmente para la construcción del ferrocarril Lima-Cerro de Pasco, que sentó las bases del renacimiento minero de la primera mitad del siglo XX.

En consecuencia, Perú, que en teoría como otros Estados de la región era una nación independiente desde la batalla de Ayacucho en 1824 —en la realidad desde la mitad del siglo XIX— se había convertido en un Estado extremadamente dependiente del capital británico, socio principal de la oligarquía de su ciudad-puerto. En la práctica, el país entraba al siglo XX como una semicolonía de la Gran Bretaña.

En la universidad civilista de Lima, se exigía una obediencia estricta de los estudiantes a los docentes. Como señala nuestro autor, una obediencia «ciega y un respeto sumiso». En particular, San Marcos de Lima, era la universidad que mejor cumplía la función de reproductora del sistema estatal oligárquico. Los premios y mejores promedios se repartían entre los alumnos de familias acaudaladas, como señala Luis Alberto Sánchez (1936) «lo declaraban las mismas autoridades magisteriales, quienes decían que la Universidad era un patrimonio de las minorías llamadas a dirigir el destino del país. Así pensaban los admirados de Rodó, a cuya cabeza figuraba González Calderón, condecorado con una carta cordial del autor del *Ariel*» (p. 36).

El médico Enrique Cornejo Koster, estudiante universitario en Lima durante aquella época señala que, hacia 1907, ya existían en Perú movimientos universitarios que proponían una reforma del sistema educativo, como el caso del Centro Universitario de Lima fundado en aquel año. Sin embargo, este centro de estudiantes, lejos de vincularse con las luchas sociales o políticas contra el civilismo imperante, se dedicó a la organización de galantes fiestas, torneos oratorios, concursos literarios y, como dice Koster en Del Mazo (1941), «a jugar a mediocre politiquería universitaria» (p. 15). A pesar de todo, el centro abrió un espacio para los estudiantes y propició los debates en torno a la organización de las universidades.

Víctor Raúl vivió en Lima entre los estudiantes más pobres de la universidad. Económicamente se sostuvo con su propio esfuerzo. Mientras se orientaba en la universidad, trataba de encontrar trabajo. Hizo amistades. No tenía recursos. Lo único que poseía era un traje negro, algo considerado como *delito grave* —lo llamaban «el de traje de pobre»— en la universidad colonial y civilista de entonces.

Sin embargo y a pesar de estos obstáculos, Víctor Raúl comienza a desarrollar su carrera como líder estudiantil.

Primero, se une al profesor de Economía Política Matías Manzanilla, con él comienzan a revisar la legislación obrera. Da cuenta de las inadecuadas e injustas leyes existentes. Decía Haya de la Torre (1927) que «la Economía Política había que estudiarla en contacto con las masas obreras». ¿De qué forma? Lee periódicos publicados por centros de trabajadores, lee autores que hablan de la cuestión social, concurre a discursos y participa en huelgas obreras. Se encuentra nuevamente con la obra del político y escritor Manuel González Prada. Las ideas antiburguesas, anarquistas y radicales de González Prada, evidentemente orientan el pensamiento de Haya de la Torre, que vive en Lima una vida modesta que lo conecta directamente con los trabajadores observando la explotación que sufren «los cholos e indios» (Bonfil, 1972, pp. 105-124). Le escribe a su padre: «Me duele este dolor de los indios. Tú no puedes imaginar lo que es esta esclavitud» (Cragolino, 1972, p. 129).

De los encuentros con González Prada quedó una entrevista realizada el 26 de abril de 1917 por Haya de la Torre, transcribo a continuación una parte de ella, una verdadera muestra del mundo universitario latinoamericano hacia las primeras décadas del siglo XX.

Ahí me escapaba por las noches y escuchaba la charla de los obreros. Recuerdo fijamente la lucha interior que aquellas conversaciones fuertes y libros me producían a mí, alumno de un Seminario. Quizá si naciera entonces el primer indicio de mi línea definitiva. No lo sé. Lo cierto es que había en mí, cuando llegué a Lima, cierta atracción para tratar personalmente a González Prada [...]. Nunca había leído de él nada en nuestros grandes diarios. Nunca había visto su retrato en las carreras; nunca había oído algo de él, sino en labios de obreros. El silencio premeditado que se hizo en torno de González Prada llegó a rodearle de cierto misterio atractivo. Quizá por eso fui a verle [...]. Recuerdo que un amigo y pariente me había dado una carta de presentación y un libro suyo para entregar al maestro. Fui a la Biblioteca Nacional el 26 de abril de 1917. González Prada estaba en el centro de uno de los grandes salones interiores y me tendió ambas manos sin una sonrisa, después de leer la carta y recibir el libro me invitó a sentarme y no acepté. Tenía yo un sombrero de paja que giraba rápidamente entre mis manos. González Prada me preguntó:

—¿Es Ud. escritor?

—No señor. Yo soy un estudiante que vengo a la Universidad, le respondí. González Prada hizo un gesto apenas perceptible y añadió:

—¡Ah, la Universidad!

Yo le miré con curiosidad y, sin duda, le dije con los ojos.

—Bueno, y la Universidad ¿qué?...

González Prada añadió:

—La Universidad será para Ud. un crisol: Será Ud. consumido por ella o se salvará Ud.

Yo cobré cierta animación y le repuse:

—¿Es tan mala la Universidad?

González Prada hojeó un poco el libro que yo le había traído y luego con él entre sus manos blancas y finas, me dijo, mirándome con ojos claros:

—Tan mala, tan mala que ya no tenemos juventud.

La serenidad, la sencillez de aquel viejo erguido y fuerte, me dio mucho valor. Recuerdo que pude decirle ya, como a un camarada:

—Pero en provincias tenemos una juventud.

González Prada me dijo inmediatamente:

—Es verdad.

Luego me mencionó nombres de jóvenes de Arequipa y me habló de Urquieta, de Percy Gibson, y recordó a Orrego entre los nuevos de Trujillo. Terminé mi visita. Yo recuerdo que le dije ya en la puerta del corredor donde me despidió:

—Déjeme Ud. venir a verle señor González Prada. Soy muy muchacho pero quiero ser su amigo.

—Venga Ud., venga Ud.; siempre. Y mi casa está en la Puerta Falsa del Teatro. Vaya Ud. allá —me dijo.

Le estreché calurosamente la mano y salí nerviosamente. Aquella tarde comencé a pensar en que los trajes bien cortados de «nuestros grandes hombres» y sus guantes caros, sus gestos de gomina eran un poco sospechosos.

Fueron muchas las veces que regresé a la Biblioteca y las que fui a la casa de

Prada. Una de ellas, exclamé:

—Detesto a Piérola.

—¿Es usted civilista? —interrogó don Manuel.

—Señor, también los detesto porque me parecen todos malos...

Don Manuel sonrió satisfecho:

—¿Y con quién se quedaría usted? Muerto Piérola, no han quedado sino los civilistas...

—No sé, señor, pero los detesto a todos...

Prada calló un instante, y juntando sus finas manos sobre la mesa, dijo con mezcla de rabia y melancolía:

—Tiene usted razón: son malos, tan malos que han hundido y seguirán hundiendo al país... El pueblo del Perú es un pueblo desgraciado (Pinto, 1987, pp. 101-105).

Haya de la Torre y las luchas de los trabajadores de Trujillo y Lima 1916-1918

Desde 1916, Víctor Raúl ejerce el cargo de delegado de la Federación de Estudiantes de Trujillo. A fines de ese año llega a Lima. A mediados de 1918 es nuevamente elegido como delegado estudiantil, pero esta vez por sus compañeros de la Universidad Nacional de Lima.

Ya en Trujillo, lejos de involucrarse únicamente en temas estrictamente académicos, se acerca a los círculos de sociabilidad de los trabajadores de la ciudad, acción que reitera en Lima. A diferencia de la mayoría de sus antecesores en el cargo, para Víctor Raúl los reclamos de los estudiantes y de los trabajadores deben fundirse en una lucha en común contra la oligarquía liberal y el capital extranjero.

En esos años se encontraban en plena lucha por los salarios, condiciones de trabajo y reducción de la jornada laboral. En este punto subrayo que para Haya de la Torre, observar el problema social del Perú desde una matriz de pensamiento marxista eurocéntrica —es decir— desde la perspectiva capitalista por un lado y proletariado por el otro —o burguesía industrial y terratenientes versus campesinado y obreros— nos llevaría a resultados que poco tendrían que ver con la realidad social peruana.

Para Haya de la Torre el problema era más complejo. A principios del siglo XX, la mitad de la población de Perú era indígena, además de contar con 500 000 habitantes negros, el resto lo integraba una heterogénea masa de mestizos, blancos y una minoría oriental —chinos y japoneses— (Sader y Jinkins, 2006). La mayoría de los indígenas se radicaban en los valles centrales —en la zona de las yungas o selva— mientras que en las ciudades costeras los trabajadores eran en su mayoría de población blanca y negra. Dice Haya de la Torre (1927):

Esta división formidable, en tres secciones geográficas diferentes [valles, costa y selva], marca el principio necesario a todo estudio del problema social peruano. En la Costa, siempre cercanas a los contados ríos que bajan por ella al Pacífico, se hallan las ciudades «españolas»: Piura, Chiclayo, Trujillo, Lima, para señalar las principales. Su proximidad al mar favoreció las industrias mayores derivadas de los productos de su situación y clima: al Norte el petróleo, y en toda su extensión el azúcar y el algodón, y, sumadas a ellas, otras actividades industriales subalternas (factorías, textiles, mecánica, etcétera). En la sierra, donde surgió y floreció aquella imponderable civilización incaica, duermen aisladas las

ciudades «peruanas»: Cajamarca, Huaraz, Ayacucho, Arequipa y Cuzco, entre otras. Una industria relativamente apreciable de minería rompe la fisonomía económico-social de esa región, netamente agraria. En la selva o Montaña, sólo hay un puerto fluvial importante sobre el gran Amazonas: Iquitos. Toda aquella inmensa porción del territorio peruano confinante con el Brasil se halla inconquistada y poco conocida. Nuestro problema social radica, pues, en la costa y en la sierra. El obrero costeño es o de raza yunga (indio regional), o negro, o chino, o blanco, o de la mezcla de estos tipos: mestizo, injerto o mulato. El obrero de la sierra es el indígena, algo cruzado con el blanco, en el Norte, y quechua o aymará puro, en el Sur. Tenemos, pues, en la Costa un problema industrial, incomparablemente inferior a nuestro vasto y característico problema agrario de las sierras (pp. 39-40)³.

Subrayo que en este texto de 1923, Haya de la Torre no sólo demuestra una comprensión de la complejidad social, geográfica y económica del Perú, sino que además, a diferencia de los reformistas argentinos (Alejandro Korn, Deodoro Roca, Gabriel del Mazo, etc.), toma como eje el problema de la realidad social en Latinoamérica y no los planes de estudios, las formas de elección de docentes, programas, diseño curricular u otras cuestiones estrictamente vinculadas a los ámbitos académicos y universitarios.

Para Haya de la Torre, primero se encuentra la realidad social a la cual los estudiantes deben atender con urgencia, acompañando las movilizaciones de los trabajadores, sus reclamos y sus huelgas. No es necesario esperar modificaciones en los programas o en el diseño curricular para comenzar a actuar en la realidad, no es un tema que Víctor Raúl considere que pueda encontrar el estudiante en las aulas, todo lo contrario. La realidad se encuentra fuera de las aulas y el estudiante debe tomar contacto con ella inmediatamente.

Para ejemplificar esta observación sobre su pensamiento, tomaré dos ejemplos.

El primero vinculado al rescate de la cultura precolombina.

3 Además, remarca en una cita en la página que: «Es preciso hacer notar que en las industrias extractivas tropicales hay un tipo de trabajador que no puede llamarse ni campesino ni obrero, de acuerdo con las calificaciones europeas, porque tiene las características de ambos: los trabajadores de la caña de azúcar, tabaco, algodón, campos de petróleo, etc., pertenecen más o menos a este tipo de trabajador, proletario por las condiciones económicas de su relación con la industria que le paga un salario, pero a la vez un poco campesino por las condiciones del trabajo mismo y por las características individuales en que es realizado, condiciones que si se analizan detenidamente son quizá más aparentes que reales» (Haya de la Torre, 1927, pp. 39-40).

En 1916, Víctor Raúl, realiza una serie de acciones vinculadas al reconocimiento del pasado y del presente indígena del Perú, negado otrora por el Estado liberal oligárquico. Como delegado estudiantil de la universidad, se orientó a presionar a las autoridades políticas de Trujillo para poner freno a la excavación clandestina y el saqueo de bienes culturales de la cultura Chan Chan; tarea pionera en un tiempo que las élites de poder de la sociedad oligárquica se esforzaban por negar el pasado indígena y colonial, tomando expresiones y modos de vida *a la francesa*. En el mejor de los casos, se consideraba el legado cultural hispánico como principal clave identificativa nacional.

El segundo —acaso el más trascendental— es el de generar un lazo entre los estudiantes y los trabajadores.

Entre 1914 y 1919, el sistema de dominación oligárquico civilista sufre un primer golpe con la interrupción de importaciones manufacturadas y de exportaciones de materia prima hacia Gran Bretaña.

Al mismo tiempo —a consecuencia de la Primera Guerra Mundial— se genera un inesperado enriquecimiento de los sectores comerciantes (intermediarios) por utilizar en su beneficio un alza de los productos alimenticios y de los alquileres. Crece el malestar general en la población como así también la respuesta represiva del Estado civilista. En estos años, durante estas represiones son asesinados obreros en el interior del país y en ese contexto conflictivo, empezaron a organizarse los sindicatos de oficios varios.

Pereda Torres (1982) —entre varios autores— señala el trasfondo social y de género, ya que considera que desde que se expidió en 1918 la ley Manzanilla sobre el trabajo de mujeres y niños que estableció para ellos la jornada de ocho horas, grupos de dirigentes empezaron a organizarse para que dicha jornada sea igual para todos los obreros.

Se suceden las huelgas, entre ellas la de los estibadores del puerto del Callao en 1910 o la de los trabajadores del azúcar en el valle de Chicama en 1911. «El maestro», según la definición de Haya de la Torre, González Prada, entre 1911 y 1916 realiza una intensa agitación planteando que la huelga debía evolucionar hasta generalizarse. Surgen grupos libertarios y periódicos anarquistas en Lima, Trujillo y Arequipa, grupos en los que participa Víctor Raúl⁴.

4 Buena parte de los datos sobre el movimiento obrero peruano los tomé de Carlos Rama (1967), de Rolando Pereda Torres (1982) y del periódico virtual *Acción Directa* de Perú: <https://periodicoacciondirecta.wordpress.com> (abril de 2016).

En diciembre de 1918, entró en huelga la fábrica de tejidos El Inca y se le fueron uniendo los obreros de otras textiles: Vitarte, El Progreso, San Jacinto, La Victoria, La Unión; también los obreros panaderos exigen la jornada de ocho horas. Se inicia en la fábrica de tejido El Inca, pero se hace general en Lima, extendiéndose luego a otras ciudades de Perú.

Impulsados por Víctor Raúl, la Federación de Estudiantes redacta una declaración oficial de apoyo a las reivindicaciones obreras. Con estas acciones, comenzaba una estrecha alianza entre los trabajadores y los estudiantes universitarios que dará características únicas al movimiento reformista universitario del Perú con relación a otros reformistas en Latinoamérica —como el caso argentino— en donde el movimiento estudiantil se aliaba con las fuerzas que estaban enfrentadas a los trabajadores.

Como señala Jorge Abelardo Ramos (1973) en su libro *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, aunque en todos los documentos posteriores a la Reforma universitaria de Córdoba de 1918 sus actores estudiantiles (como Julio V. González, Alejandro Korn, Deodoro Roca y otros), señalan la perspectiva de establecer un vínculo con la clase obrera, la decadencia posterior del movimiento diluyó estas ideas, minadas por jóvenes que observaban al mundo a partir de los sucesos europeos. Los resultados de la Gran Guerra y la Revolución rusa, la ola revolucionaria que parecía sacudir al mundo, la reacción y unión de las fuerzas conservadoras contra el peligro rojo con ligas patrióticas violentas y criminales, accionaron para la descomposición total del movimiento estudiantil reformista. Continúa Ramos (1973) diciendo que «las ilusiones que contenía el *Manifiesto* inicial de 1918 serán destruidas» y el yrigoyenismo, primer Gobierno con apoyo popular de la historia argentina, caerá derrotado con la ayuda de los mismos estudiantes reformistas que habían encontrado en Yrigoyen a su único defensor: «La Federación Universitaria Argentina se lanzará a la huelga en 1930, no ya contra la oligarquía universitaria sino junto a la oligarquía contra el Gobierno de don Hipólito Yrigoyen. Los estudiantes de 1918, faltos de apoyo de una nación continental en marcha, debieron transformarse en burócratas, venderse a las empresas imperialistas como técnicos o vegetar en la oscuridad más completa» (Ramos, 1973, pp. 260-261). Agregaría que, en Argentina, el acercamiento de los estudiantes a los sectores trabajadores se dará recién a finales de la década del sesenta, con las luchas de los trabajadores frente al Gobierno de Juan Carlos Onganía.

En el caso de Perú se desarrolló una situación totalmente diferente. Durante la huelga, Haya de la Torre (1933) pronuncia un discurso frente a sus compañeros estudiantes y dice que «es la juventud universitaria la que debe tender las manos fraternales a los trabajadores en su hora decisiva» (pp. 16-18).

Subrayo: Haya de la Torre coordina las reuniones con los dirigentes obreros y reflexiona estratégicamente con ellos sobre cuáles son las decisiones a tomar en las horas de lucha contra el Gobierno civilista de José Simón Pardo y Barreda. ¿Qué tipo de lucha? Pardo reprime la huelga generando heridos y detenidos, pero esta continúa. Los representantes de los trabajadores encomiendan una comisión de estudiantes — Víctor Raúl la integra— para que llegue a una negociación con el ministro de Fomento del Gobierno, Manuel Vinelli.

Haya de la Torre (1933) detalla su encuentro personal con el ministro: «Ya ve usted que los choques callejeros, los heridos que van cayendo y los numerosos presos que son llevados a la comisaria no contribuyen sino para agravar más la situación» (p. 17).

La resolución de los trabajadores y estudiantes mantiene la huelga general hasta que el Gobierno establece la jornada de ocho horas. Finalizada la huelga victoriosa, Haya de la Torre les sugiere a los obreros del tejido —de tradición cultural y política anarquista— que organicen una federación nacional integrada por todos los sindicatos y organizaciones de trabajadores ya existentes en el Perú.

Reflexiones finales: Haya de la Torre y la otra Reforma universitaria 1919-1922

En ese mismo año en la Universidad de Córdoba, los estudiantes se levantan contra las autoridades de la institución. El proceso que desató en Argentina no fue uniforme, tal como menciona Aritz Recalde (2018):

La pluralidad de actores, de partidos o de ideologías que confluyeron en 1918 y las diferencias de realidades entre las universidades nacionales (Córdoba, La Plata y Buenos Aires) hacen dificultoso el intento de sistematización de los fines y de la orientación histórica que adquirió la Reforma. El proceso político tuvo distintas derivaciones y apropiaciones en cada lugar y en cada contexto político y es por ello que sería más adecuado hablar de varias Reformas Universitarias (s/p).

Por otra parte, como señala Recalde, en ningún caso estableció la Reforma un contacto directo con los sectores trabajadores o los movimientos populares existentes, ni siquiera fue a buscarlos como en el caso de Haya de la Torre.

En este punto, la lectura que Haya de la Torre realizará de las informaciones que le lleguen de los sucesos de Córdoba, será interpretada de una forma totalmente diferente.

Tendrá otra connotación y generará otro tipo de acciones.

En Perú —como demostré— Haya de la Torre había logrado acercar a los sectores estudiantiles de la universidad a la realidad social, incluso habían participado conjuntamente en sus luchas. Subrayo: lograba el acercamiento entre obreros y estudiantes al mismo tiempo que en Córdoba se reflexionaba sobre la necesidad de que el mundo universitario se conecte con la realidad.

A mediados de 1918, Haya de la Torre es elegido presidente de la Federación de Estudiantes del Perú.

La primera medida que tomó fue la de impulsar y organizar el Primer Congreso de Estudiantes en Cuzco —como lo había sugerido hacerlo a los trabajadores textiles— nuevamente piensa en unificar el pensamiento de las organizaciones existentes, nuclearlas, pero en este caso con las organizaciones universitarias.

En este punto, como el mismo Víctor Raúl lo señala, su impulso se apoyó en las noticias que llegaban de Córdoba, aunque observó que estos sucesos no fueron los determinantes para el caso de la Reforma en el Perú.

Los temas tratados en el Primer Congreso de Estudiantes universitarios son relatados por el mismo Haya de la Torre (1974): «La autonomía universitaria; la cátedra libre; la representación estudiantil en el gobierno de la universidad; el derecho de la huelga universitaria; acercamiento de los estudiantes a los obreros; la creación de las universidades populares» (p. 68).

Destaco que, sin entender el proceso anterior mencionado, difícilmente se hubiera podido pensar en la creación de una universidad popular.

Haya de la Torre y las universidades populares Manuel González Prad

El 22 de enero de 1921, Haya de la Torre (1921), en su discurso inaugural como rector de estos entes superiores, expresó los objetivos de estas universidades populares:

En el Perú los estudiantes que tenemos el privilegio de recibir educación secundaria y superior, constituimos una minoría comparada con la gran población juvenil y incapacitada por razones económicas [...] —Y al referirse al alumnado de universidad popular añadió con gran elocuen-

cia— Un estudiante obrero no es un niño de escuela ni un muchacho del colegio, ni un mozo de la universidad. Tiene algo de los tres y mucho de sí mismo (s/p).

La nueva pedagogía popular impulsada por Víctor Raúl —que intentó acercar el conocimiento universitario a los sectores trabajadores— se topó rápidamente con terribles obstáculos, ya que el Gobierno de Leguía se opuso desde el primer momento a la propuesta de acercar el conocimiento universitario a los sectores del trabajo.

Cuando Haya de la Torre viajó a países como Uruguay, Argentina y Chile para celebrar lazos de amistad estudiantil latinoamericana, Leguía aprovechó para presionar a los dirigentes sindicales Adalberto Fonkén y Pedro Conde —fueron torturados y se les hizo un simulacro de fusilamiento— a cambio de que firmaran una declaración incriminatoria contra Haya de la Torre acusándolo de agitador de una revuelta social en Perú. Al respecto, el biógrafo Luis Alberto Sánchez (1936) detalló que «Samuel Ríos fue llevado hasta alta mar en una lancha y ante su negativa de firmar una declaración que acusaba a Haya de la Torre de haber recibido dinero de Chile, vio en silencio como ataban a su cuello una bala pesada, luego otra a sus pies, sintió inerte que colocaban al borde de una lancha [...]. La pesada bala lo arrastraba al fondo del mar. Una y otra vez se repitió la operación» (p. 81).

Como señala el historiador peruano Eliseo Moreno Galindo (2013), el segundo mandato del presidente Leguía fue caracterizado por ser un Gobierno de persecuciones, torturas a sus opositores, de aquellos estudiantes y dirigentes que no simpatizaban con su Gobierno. No obstante, Haya de la Torre se había ganado el respeto y la confianza de los obreros que estudiaban en las universidades populares González Prada, por ello es que las diferentes tretas organizadas por los agentes del Gobierno fracasaron contra el fundador del APRA. Así fueron las conciencias de los trabajadores formadas en las universidades populares González Prada.

A modo de cierre transcribo un texto que cita Cúneo (1978) —escrito por Haya de la Torre en 1925— en donde reflexiona sobre su concepto de Reforma universitaria:

Mi concepto de Reforma universitaria es justamente opuesto [habla del concepto academicista, profesional, intelectual] —y yo no he pensado ni pienso sino como la mayor parte de los sinceros revolucionarios del 18 al 22—. Convertir al estudiante en simple obrero industrial, con conciencia de clase de simple obrero industrial, democratizar, vale decir, proletarizar lo más posible las universidades, hacer del profesional un factor revolucionario y no un instrumento de la reacción, un servidor

consciente y resuelto de la mayoría de la sociedad, es decir, de las clases explotadas, tender a la Universidad social y educar al estudiante en contacto inmediato y constante con las clases trabajadoras, he ahí, en mi opinión, los fines verdaderamente revolucionarios de la Reforma. Y en el Perú no hemos hecho otra cosa. Primero aireamos la vieja y carcomida Universidad de San Marcos; la aireamos echando afuera a dieciséis profesores en pleno proceso de momificación; la aireamos cambiando radicalmente los sistemas y obligando a una servil asamblea parlamentaria a respetarnos; la aireamos llevando a ella los vientos de fronda que eran vientos revolucionarios y eran vientos argentinos; vientos de fuerte y tremenda pero saludable tempestad. Luego fuimos más allá, y al costado de la Universidad rejuvenecida por la Revolución, creamos una joven, fuerte, e hija suya quizás, pero como hija «zaratustriana», hija vencedora de la madre: nuestra Universidad Popular González Prada, donde fundimos nuestros esfuerzos y nuestro credo revolucionario con la rebelión dolorosa de los trabajadores. Ella será un día la vasta Universidad social del Perú que cantará el responso de la otra. Por ahora es campo de lucha, laboratorio de experimentación, lazo de fraternidad, blanco del terror de la tiranía y bandera de agitación y de esperanza para el pueblo del Perú.

Y así como vosotros llamáis a la juventud obrera a vuestras páginas, allí llamamos nosotros a la juventud obrera a nuestras aulas [resalto esta frase]. Sólo así, uniéndonos al trabajador daremos a la Revolución Universitaria un sentido de perennidad y de fuerza futura. «Nuestra generación» no es nuestra generación estudiantil o intelectual, «nuestra generación» es el frente único de las juventudes de trabajadores manuales e intelectuales, frente único revolucionario, frente único que debemos formar, disciplinar y extender como salvaguardia del porvenir de nuestros pueblos⁵.

Muchachos de Estudiantina: os envié un saludo cordialmente fraternal. Y ya os repito: estamos juntos, porque nuestro deber de jóvenes y de revolucionarios lo impone. Esta juventud de hoy será la que realice la obra de unidad y de defensa de la América Latina, que olvidaron en cientos y tantos años de ceguera racionalista y ambiciones innobles, nuestras castas dominantes (s/p).

5 La cursiva es nuestra.

Bibliografía citada

- AA. VV. (1999). *Historia de América Latina*. Bs. As.: Centro Editor de América Latina.
- Ansaldi, W. y Giordano, V. (2012). De la colonia a la disolución de la dominación oligárquica. En *América Latina. La construcción del orden*. Bs. As.: Ariel.
- Biagini, H. (2000). *La Reforma universitaria. Antecedentes y consecuentes*. Bs. As.: Leviatán.
- Bonilla, H. (1972). *Guano y burguesía en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- (2005). *El futuro del pasado. Las coordenadas de la configuración de los Andes*. Lima: Fondo Editorial Pedagógico de San Marcos.
- Cambours Ocampo, A. (1962). *Verdad y mentira de la literatura argentina*. Bs. As.: Peña Lillo Editor.
- Carpani, R. (1961). *Arte y revolución en América Latina*. Bs. As.: Coyoacán.
- Ciria, A. y Sanguineti, H. (1983). *La Reforma universitaria*. Bs. As.: Centro Editor de América Latina.
- Cossío del Pomar, F. (1969). *Víctor Raúl. Biografía de V. R. Haya de la Torre*. Cdad. de México: Cultura.
- Cotler, J. (1978). *Clases, Estado y Nación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Cúneo, D. (1978). Extensión y significado de la Reforma. En Dardo Cúneo (comp.). *La Reforma universitaria (1918-1920)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Decamilli, J. (s/f). *Haya de la Torre, maestro y conductor de Latinoamérica*. Madrid: Gráficas Martinsola.
- Del Mazo, G. (1941). *La Reforma universitaria*. La Plata: Centro de Estudiantes de Ingeniería de la UNLP.
- Doll, R. (s/f). *Liberalismo en la literatura y la política*. Bs. As.: Claridad.
- (1966). *Lugones, El apolítico y otros ensayos*. Bs. As.: Peña Lillo Editor.
- (1933). *Policía intelectual*. Bs. As.: Tor.
- Halperín Donghi, T. (1999). *Historia Contemporánea de América Latina [1967]*. Bs. As.: Alianza.
- Haya de la Torre, V. (1927). *Por la emancipación de América Latina*. Bs. As.: Gleizer.

- (1933). Discurso inaugural de las universidades populares González Prada. En *El proceso Haya de la Torre*. Guayaquil: Publicación del Partido Aprista Peruano.
- (1974). *El antiimperialismo y el APRA*. Lima: Amauta.
- Hernández Arregui, J. (1973). ¿Qué es el ser nacional? Bs. As.: Plus Ultra.
- (1970). *La formación de la conciencia nacional*. Bs. As.: Ediciones Hachea.
- Jaramillo, A. (2018). La Reforma universitaria, la libertad creadora nacional y el anhelo de justicia social. Bs. As.: *nomeolvides.org*. *El pensamiento nacional en su sitio*. Recuperado de <http://nomeolvidesorg.com.ar/archivo/?p=4571>
- Jauretche, A. (1957). *Los profetas del odio y la yapa*. Bs. As.: Trafac.
- Klaren, P. (1992). Los orígenes del Perú moderno. En L. Bethell (editor). *Historia de América Latina. Tomo X, América del Sur desde 1870 a 1930*. Barcelona: Crítica.
- López, S. (1997). *Ciudadanos reales e imaginarios: concepciones, desarrollo y mapas de ciudadanía en el Perú*. Lima: Instituto de Diálogos y Propuestas.
- Mariátegui, J. (1925). *Peruanicemos el Perú*. Lima: Amauta.
- Moreno Galindo, E. (2 de agosto de 2013). Haya de la Torre y las universidades populares «González Prada». [Entrada en blog]. Liderazgo y carisma político. Recuperado de <http://eliseomorenogalindo.blogspot.com/2013/08/haya-de-la-torre-y-las-universidades.html>
- Orgaz, J. (1970). *Reforma universitaria y rebelión estudiantil*. Bs. As.: Libera.
- Pereda Torres, R. (1982). *Historia de las luchas sociales del movimiento obrero en el Perú republicano 1858-1917*. Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal.
- Portantiero, J. (1978). *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la Reforma universitaria 1918-1938*. Cdad. de México: Siglo XXI.
- Puiggrós, R. (1974). *La universidad del pueblo*. Bs. As.: Eudeba.
- Quijano, A. (1998). *La economía popular y sus caminos en la América Latina*. Lima: Mosca Azul.
- Rama, C. (1967). *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo*. Montevideo: Palestra.
- (1978). *Historia de América Latina*. Madrid: Bruguera.

- Ramos, J. (1961). *Crisis y resurrección de la literatura Argentina*. Bs. As.: Coyoacán.
- (1971). *Historia de la Nación latinoamericana* [1968]. Bs. As.: Peña Lillo.
- (1972). *Revolución y contrarrevolución en Argentina*. Bs. As.: Plus Ultra.
- Recalde, A. (2008). Reflexiones sobre la Reforma universitaria del año 1918: siete hipótesis para el análisis. [Entrada en blog]. Espacio para la formación de una sociología nacional. Recuperado de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/625/535>
- (2016). *Intelectuales, peronismo y universidad*. Bs. As.: Punto de Encuentro.
- (2018). *El centenario de la Reforma universitaria del año 1918 y la integración sudamericana*. Bs. As.: La Baldrich. Recuperado de <http://www.labaldrich.com.ar/el-centenario-de-la-reforma-universitaria-del-ano-1918-y-la-integracion-sudamericana-por-aritz-recalde/>
- Recalde, A. y Recalde, I. (2007). *Universidad y liberación nacional*. Bs. As.: Nuevos Tiempos.
- Romero, J. (1956). Discurso pronunciado en el acto de asunción como interventor de la Universidad de Buenos Aires el día 15 de junio de 1956. En *La Reforma universitaria y el futuro de la universidad*. Bs. As.: FUBA.
- (2012). La Reforma universitaria y la democracia. En A. Alderete (comp.). *El Manifiesto liminar. Legado y debates contemporáneos*. Córdoba, Arg.: Universidad Nacional de Córdoba.
- Sader, E. y Jinkins, I. (coord.). (2006). *Enciclopedia contemporánea de América Latina y el Caribe*. Madrid: Akal.
- Sánchez, S. (1936). *Haya de la Torre o el político*. Santiago de Chile: Ercilla.

El pasado como presente: el legado de la Reforma de Córdoba en Guatemala*

Jorge Mario Rodríguez Martínez**

El centenario de la Reforma de Córdoba (1918), así como el cincuentenario de los movimientos estudiantiles de 1968 —entre los que destacan los movimientos de estudiantes de Europa y Estados Unidos, además de la rebelión estudiantil sofocada violentamente en Tlatelolco (Ciudad de México)— ofrecen la conjunción significativa de dos momentos históricos importantes para repensar los movimientos de Reforma universitaria en América Latina. Ambos movimientos generaron transformaciones cuyas repercusiones todavía son sensibles en las sociedades latinoamericanas, especialmente porque algunos de sus logros más importantes se encuentran asediados, entre otras fuerzas, por continuas reformas tecnocráticas de inspiración neoliberal.

En la presente coyuntura latinoamericana, el centenario de la Reforma universitaria de Córdoba debe presentarse como una oportunidad para pensar, sin ignorar la crisis de la educación superior en todo el mundo, la especificidad de la universidad latinoamericana en relación con los desafíos cruciales que enfrenta la humanidad contemporánea. La reflexión sobre el legado de la Reforma universitaria de Córdoba aparece como un camino para revertir el marcado declive de la función crítica de las universidades alrededor de todo el mundo, sometidas a presiones de todo tipo para conformarse a criterios mercantiles que ignoran el profundo significado político de una institución dirigida a promover el conocimiento dentro de un marco de responsabilidad ética y espiritual.

Con estas ideas en el trasfondo, el propósito fundamental de este ensayo es reflexionar sobre la insoslayable influencia que el ideario de Córdoba ejerció en Guatemala, país que experimentó en la década de 1944-1954 la llamada Primavera Democrática. Esta tarea se emprende bajo la premisa de que es necesario recuperar y profundizar los ideales de Córdoba, para fortalecer las posibilidades de que la universidad latinoamericana contribuya a encontrar los caminos de las sociedades regionales, siempre dentro de las convergencias globales que son necesarias para escapar de la crisis civil del capitalismo contemporáneo.

* En este ensayo adapto material de otros trabajos de mi autoría citados en la bibliografía. Asimismo, presento ideas desarrolladas previamente en actividades de asesoría en la Universidad de San Carlos de Guatemala, en ocasión del centenario de la reforma universitaria de Córdoba.

** Doctor en Filosofía por la York University, profesor de posgrado de Filosofía del Derecho, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de Universidad de San Carlos de Guatemala.

Este trabajo sostiene que los ideales de la Reforma universitaria de Córdoba, influyentes en la experiencia universitaria latinoamericana, encuentran una de sus realizaciones en el ejercicio presidencial del Dr. Juan José Arévalo, quien se nutre del espíritu reformista debido a una prolongada estadía en prestigiosas universidades argentinas, en calidad de estudiante, profesor y funcionario. Esa tendencia latinoamericanista del movimiento cordobés se resalta adecuadamente en el reciente libro de Natalia Bustelo (2018), el cual tiene el mérito de hacer comprender las complejas irradiaciones geográficas, políticas y culturales de la Reforma universitaria de Córdoba. Esta reflexión se ubica dentro de la tarea general de brindar algunas intuiciones respecto a la manera en que el legado de Córdoba incidió en la realidad política de Guatemala, constituyéndose en un referente universitario que aún goza de validez, especialmente en el contexto de las crisis que afectan a la educación superior global, y que adquiere particulares matices dentro de Guatemala.

Se sostiene, además, que los actuales procesos de Reforma universitaria a nivel global deben ubicarse en contraposición a los postulados ideológicos del neoliberalismo en tanto estos, bajo la guisa tecnocrática de la innovación educativa, pretenden mutilar las capacidades interpelantes de la subjetividad crítica. Se rechaza la extendida pretensión de que la universidad presta un servicio educativo, fundamentalmente profesionalizador, que incrementa la capacidad competitiva de aquel que puede pagarlo; una institución crítica no puede partir de postulados desprovistos de la racionalidad integral que reconoce la dignidad humana como horizonte fundamental de la praxis educativa. En consonancia, se sostiene que la universidad está constitutivamente vinculada con el desarrollo de un orden social consistente con la conciencia humana crítica y el avance del saber; actividades que suponen el libre intercambio de ideas que lleva a la ampliación de las alternativas ahora negadas por la irracionalidad neoliberal. Se asume, en consecuencia, la idea de que la universidad es —en palabras del teórico portugués Boaventura de Sousa Santos (2015)— «la institución que crea un espacio público privilegiado, potencialmente dedicado al debate abierto y crítico de las ideas» (p. 9). En este orden, la Reforma universitaria de Córdoba amplía su legado, subrayando el nulo sentido histórico del pensamiento único.

Juan José Arévalo Bermejo: la Reforma universitaria de Córdoba y la Revolución de Octubre de 1944

Dentro de los rasgos característicos de la Reforma universitaria de Córdoba destacan su marcado carácter continental y su enraizamiento en movimientos culturales que esculpen la sensibilidad profunda de las nuevas generaciones de principios de siglo —desde el arielismo hasta el antiimperialismo— pasando por el legado de una pléyade de pensadores que superan el positivismo que había reinado en la región latinoamericana durante el siglo XIX. Consecuentemente, las repercusiones de dicho movimiento desbordan la Universi-

dad de Córdoba para expandirse en Argentina y América Latina.

El movimiento ampliado de Córdoba inspira un movimiento consciente de autodefinition e independencia intelectual respecto de las universidades latinoamericanas. Sucesivos encuentros estudiantiles y actividades como huelgas y pronunciamientos universitarios, desarrollan una concientización estudiantil en la que se destaca el ansia de vincularse a sus sociedades en medio de un sentimiento general antiimperialista, el cual se expresa en la demanda de transformaciones universitarias estructurales que buscan la libertad de cátedra, la asistencia libre, el cogobierno universitario, el impulso de la extensión universitaria y otras medidas que aseguraban una universidad responsable con la sociedad que la alberga.

La Reforma universitaria de Córdoba en Guatemala se hace sentir desde inicios de la década de los años veinte. En mayo de 1920 se funda la Asociación de Estudiantes Universitarios de la Universidad de San Carlos de Guatemala, en medio de la conmoción producto de la caída del dictador Manuel Estrada Cabrera, quien en abril de ese año salía del poder después de gobernar con mano férrea durante más de dos décadas (1898-1920). El estudiantado universitario jugó un papel fundamental en un movimiento social que llegó hasta un enfrentamiento armado que causó muchas pérdidas humanas.

Es conveniente subrayar, sin embargo, que el estudiantado universitario guatemalteco ya había manifestado su espíritu contestatario al organizar, desde 1898, la famosa Huelga de Dolores y su célebre órgano divulgativo, el *No Nos Tientes*, periódico jocoso de crítica hacia las autoridades universitarias y gubernamentales. Esta huelga y su periódico son distintivos de la vida universitaria guatemalteca y, en los años más oscuros, la única publicación de acceso popular que denunciaba las atrocidades vividas por el pueblo guatemalteco.

Después de su papel en la caída de Manuel Estrada Cabrera, el estudiantado universitario —ya organizado en la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU)— participa en actividades estudiantiles internacionales, mientras sostiene la defensa de sus derechos e intereses. Estas actividades enfadan al dictador Jorge Ubico quien suprime las organizaciones estudiantiles. Sin embargo, la AEU se reorganiza en 1943 para participar resueltamente en la lucha contra la tiranía que sometió al país entre 1931 y 1944. Después de un movimiento ciudadano que depone al dictador, su sucesor, el militar Federico Ponce Vaides, intenta perpetuarse en el poder, razón por la que es derrocado pocos meses después, gracias a un movimiento organizado por estudiantes universitarios y militares. El poder transitorio recae en un triunvirato formado por el mayor Francisco Javier Arana, el entonces capitán Jacobo Árbenz y el ciudadano Jorge Toriello Garrido. Este triunvirato convoca a una Asamblea Nacional Constituyente, la cual estuvo conformada, en gran parte, por jóvenes universitarios, quienes no solo derogaron prácticas ignominiosas que

se habían consolidado en los Gobiernos liberales guatemaltecos —como la servidumbre forzada de los campesinos guatemaltecos en la construcción de caminos—, sino que le brindaron al país una serie de derechos y libertades prácticamente desconocidas en su historia. Nace entonces la Primavera Democrática guatemalteca, que duraría exactamente una década, esta heredó al país las instituciones más progresistas y democráticas de su historia. Como es de esperar, el espíritu estudiantil, convertido en fuerza política efectiva en ese momento, realiza una serie de cambios dentro del orden universitario guatemalteco.

Conviene resaltar que los ideales de Córdoba habían vuelto a manifestarse desde principios de los años treinta, cuando los estudiantes universitarios, que habían expresado su simpatía por el movimiento argentino de 1918, protagonizaron protestas que habían llevado a la salida de algunos catedráticos y al nombramiento de autoridades reformistas. Por tanto, en 1931 Juan José Arévalo (1974a) considera propicio dictar una conferencia sobre la universidad argentina (p. 227), en la cual profundiza en el legado de Córdoba. La valoración integral de ese movimiento reformista se hace patente cuando en dicha conferencia proclama que «mientras en Europa se ponen a concurso las ideas, en nuestra América juvenil y promisoría se ponen en juego los intereses de la vida por medio de la acción» (Arévalo, 1974b, p. 53).

En 1944, el año de la Revolución de Octubre, marca el momento en el cual empieza a cristalizarse la influencia del legado reformista de Córdoba en Guatemala. En las palabras del investigador guatemalteco Enrique Gordillo (2016):

En la historia de la Educación Superior en Guatemala, la Revolución de octubre de 1944 representa la realización tardía de los postulados de la Reforma universitaria de Córdoba de 1918. Estas reformas se fundamentaban principalmente en la descolonización de las universidades, lo cual coincidía con el anhelo generalizado en los jóvenes revolucionarios. En consecuencia, con el triunfo de la Revolución se plantearon los principios de la autonomía política, docente y administrativa de la universidad; el cogobierno estudiantil; la elección de las autoridades de la universidad por asambleas con representación de profesores, estudiantes y egresados. La selección del cuerpo docente a través de concursos de oposición; la fijación de contrataciones con plazo fijo para el ejercicio de la docencia; la gratuidad de la enseñanza superior; la asunción por la universidad de responsabilidades políticas frente a la nación y la defensa de la democracia; la libertad docente; la implantación de cátedras libres y la oportunidad de impartir cursos paralelos al del profesor catedrático, dando a los estu-

diantes la oportunidad de optar entre ambos; así como la libre asistencia a las clases (p. 2).

El espíritu juvenil de cambio político modula una expresión guatemalteca de las posibilidades políticas de la Reforma universitaria de Córdoba. La Asamblea Legislativa, en la cual muchos estudiantes son diputados, promulga la Ley Orgánica de la Universidad de San Carlos de Guatemala (Decreto 323, fecha 31 de marzo de 1945 del Congreso de Guatemala, modificado por decreto 325 del 7 de enero de 1947). Según el reconocido estudioso de las universidades, Carlos Tünnermann (2008), este producto legislativo posee una «filiación reformista» (pp. 76-77). Los estudiantes estaban, de hecho, recreando su universidad y es natural que se propusieran realizar las ideas más avanzadas de aquel tiempo en el escenario ampliado de la nación. En ese proceso, el primero de diciembre de 1944, se había establecido, por parte del Gobierno revolucionario, el decreto de autonomía universitaria:

Decreto Número 12. LA JUNTA REVOLUCIONARIA DE GOBIERNO. Considerando: Que uno de los anhelos más legítimos de los sectores del país ha sido la organización de la Universidad Nacional, en forma que responda a las realizaciones de auténtica cultura que el pueblo espera de ella; Considerando: que fue fermento valioso de la revolución trascendental que vivimos, la decisión de estudiantes y profesionales dignos, de llegar a la autonomía universitaria para poner al Alma Mater a salvo de las agresiones dictatoriales que la habían convertido en mera fábrica de profesionales, donde la libre investigación era anulada, y el pensamiento perdía toda eficacia, al quedar bajo control hasta en sus más mínimos detalles; Considerando: que la investigación de los numerosos problemas que confronta el país y la difusión de la cultura exigen nueva orientación para la universidad, y libertad para decidir acerca de su organización, propósitos y fines (Decreto Número 12, 1944).

La influencia de la Reforma universitaria de Córdoba en la vida política de Guatemala se profundiza cuando en 1944, el doctor Juan José Arévalo, se despide de su vida en Argentina para aceptar la invitación que el sector magisterial le ofrecía para participar como candidato a la presidencia de la República de Guatemala. Formado en la Universidad de la Plata, el «pedagogo filosofante» —como algún día lo escuché caracterizarse a sí mismo— recibe como regalo de despedida de su amigo Gabriel del Mazo, destacado líder de la Reforma universitaria de Córdoba, el libro *El pensamiento escrito de Yrigoyen*. Emocionado, Arévalo le promete a Del Mazo gobernar con dicho libro (Stoetzer, 1996, p. 102). Esta anécdota refleja el entusiasmo que despertaba en el joven candidato los ideales de

Córdoba y los profundos movimientos políticos argentinos que lo habían hecho posible.

Con su partida de Argentina, Arévalo ponía punto final a una época personal, durante la cual se había sumergido en la intensa vida universitaria de la Argentina de ese entonces. En ese ámbito, había desarrollado las más altas inquietudes intelectuales y espirituales. Concluía un período que había iniciado cuando siendo un joven partía en 1928 hacia Argentina, con una beca ganada en un concurso organizado por el Gobierno guatemalteco. Al matricularse como estudiante en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata, inicia un período de intensa formación que está descrito en su libro *La Argentina que yo viví*. Arévalo ejercerá como profesor y funcionario en distintas instituciones y universidades, especialmente en las Universidades de la Plata, Cuyo y Tucumán, teniendo la oportunidad de formarse con algunos de los guías intelectuales y espirituales de la Reforma, como Alfredo Palacios y Alejandro Korn. Después de su graduación como doctor en Filosofía y Pedagogía, Arévalo regresó en 1934 a Guatemala para trabajar en el Ministerio de Educación, pero debido a problemas personales con las autoridades del ministerio, que lo querían someter al dominio del dictador Jorge Ubico Castañeda, decidió volver a Argentina en 1936, donde realiza una carrera académica brillante, no solo en la docencia, sino también en la administración universitaria.

Su regreso a Guatemala se lleva a cabo durante el mes de agosto del intenso 1944. Varios partidos y sectores, especialmente el magisterial, lo habían llamado para colaborar en la vida política de Guatemala, con vistas a las elecciones presidenciales que se avecinaban. Sin embargo, la intención de Federico Ponce Vaidés de perpetuarse en el poder es frustrada por el movimiento cívico-militar de la gloriosa Revolución de Octubre de 1944. En las elecciones que se convocan ese año resulta triunfador el candidato blanco. Arévalo es elegido como presidente de la República a finales de 1944 con un 85% de los votos, el mayor porcentaje de aceptación que registra la historia guatemalteca para un candidato presidencial victorioso. Asume este puesto el 15 de marzo de 1945 y lo entrega el 15 de marzo de 1951, cuando lo sucede en el poder el extriunviro, coronel Jacobo Árbenz, quien será derrocado en 1954 por un movimiento organizado y financiado por los EE. UU.

La profundidad de visión que inspira su mandato y su férreo compromiso con el cambio de estructuras sociales injustas se reflejan en las más de veinticinco conspiraciones para expulsarlo del poder, algunas de ellas con episodios bélicos dramáticos. Es de reconocer, sin embargo, que la tarea de Arévalo se fortalece con el apoyo popular y un grupo de jóvenes universitarios que desde el Congreso y los ministerios articulan un Gobierno que expresa el idealismo propio de su edad y espíritu contestatario. Jamás Guatemala ha vuelto a experimentar un espíritu político decidido a cambiar las estructuras injustas y caducas de país.

Para apreciar lo que significa la acción de Arévalo puede recordarse lo que decía Harold Eugene Davis (1977): «en los primeros años del siglo veinte, la vida intelectual latinoamericana desplegó una inquietud espiritual, que llegó a alcanzar en algunos lugares un espíritu renovado de revolución» (p. 202). Como lo apunta el mismo autor, el pensador español Eduardo Nicol —invitado a Guatemala por Arévalo para dar clases en la Facultad de Humanidades, que fundó el mismo presidente en 1945— consideraba que los pensadores hispanoamericanos concebían a la filosofía como un instrumento para la formación de la conciencia nacional. Por estas razones, la actividad presidencial de Arévalo Bermejo constituye un intento por encarnar institucionalmente la conciencia social más avanzada en una de las sociedades más injustas de América Latina (Davis, 1977). Al recordar la cita de Davis, estoy reconociendo que el siglo XX se hace presente de manera rezagada en Guatemala. Dos dictaduras, la de Estrada Cabrera y la Ubico Castañeda, habían dominado tres décadas y media de los primeros cuarenta y cuatro años del siglo pasado.

Así, pues, las repercusiones políticas de la Reforma universitaria de Córdoba se materializan con el ejercicio político de Juan José Arévalo. El expresidente guatemalteco afirma que, aunque ya se había enterado del movimiento mientras estaba en Guatemala, su incorporación a una universidad argentina y la convivencia con los estudiantes le permitió compenetrarse «a fondo de todos estos principios de dignidad cultural y generacional» (Arévalo, 1974a, pp. 140-141). Refiriéndose a su experiencia académica en Argentina afirma que la «Universidad de la Plata funcionaba conforme al nuevo espíritu y en el correr de los días fui descubriendo las mil y una consecuencias que en la práctica tuvieron las conquistas estudiantiles» (Arévalo, 1974a, p. 140). Esta idea, aunada a la influencia del pensamiento de Yrigoyen, quizás influenciada por la lectura de Del Mazo, se evidencia en las profundas transformaciones sociales impulsadas por el pedagogo presidente.

Uno de los rasgos más acentuados de la vida política de Juan José Arévalo es una aspiración por combatir las injusticias sociales con base en planteamientos éticos y espirituales. Se hace de nuevo aquí presente el énfasis cordobés en las dimensiones espirituales de la praxis humana. Este sentimiento adquiere rasgos magistrales en la obra de Alejandro Korn, en el sentido de que «el mismo socialismo... invoca la solidaridad, es decir, un sentimiento ético» (Alemian, 2004, p. 28).

Adecuando creativamente los planteamientos apelmazados en síntesis personal, Arévalo desarrolla, en una praxis reflejada en su ejercicio político, la doctrina del socialismo espiritual, sin duda influenciado por el «socialismo ético» de Alejandro Korn. En las palabras de Arévalo (1945): «El socialismo antes que una doctrina política, es una forma espiritual, que se define como la simpatía del hombre por el hombre» (p. 186). El presidente guatemalteco (1988) argumenta que su enfoque socialista es de corte espiritualista;

se desmarca así del materialismo marxista (Arévalo, 1988). Autores como Piero Gleijeses (1991) han criticado el significado poco claro del socialismo espiritual, citando algunos de los textos, usualmente breves, en los que se expone esta doctrina. Recuérdese en este sentido que, Arévalo, no es un especialista en pensamiento marxista. En el contexto latinoamericano de su tiempo, otras interpretaciones del marxismo no fueron muy conocidas en el mundo cultural latinoamericano. Si Arévalo hubiese tenido acceso a los manuscritos juveniles de Marx, quizás su valoración del pensamiento marxista habría sido más positiva. Arévalo sostiene desde 1944 que el hombre es «voluntad de dignidad» y que se debía retornar hacia las «esencias civiles y morales» del ser humano, lo cual supone una preocupación con el nivel de vida de los humildes. El núcleo del pensamiento político de Arévalo, por lo tanto, radica en el valor supremo de la dignidad humana, un aspecto ignorado en un país que, según el maestro presidente, había conocido el «nazismo criollo» (Arévalo, 2010, p. 98).

Se brindaba para Arévalo la posibilidad de realizar a nivel político, sus ideales de educador, los cuales se habían consolidado a la luz de su labor investigadora sobre los valores. Debe mencionarse que Arévalo desarrolla la teoría de los valores en el ámbito educativo. Siendo un tema de investigación muy suyo —se trata de su tesis doctoral— es fácil pensar que tiene influencia en su praxis política. Asimismo, deben subrayarse las dimensiones krausistas de su pensamiento, así como la vigencia de los derechos humanos en la segunda posguerra (Rodríguez Martínez, 2016). En consecuencia, las políticas sociales de la Primavera Democrática fructifican en un entramado institucional que favorece al pueblo guatemalteco de manera inmediata y notable. Instituciones como el Código de Trabajo pone cortapisas a la tradicional rapacidad de los sectores que habían apoyado a los Gobiernos liberales prooligárquicos en la cruel explotación de la sociedad guatemalteca; el Instituto Guatemalteco de Seguridad Social provee seguridad en caso de enfermedad y asegura recursos económicos para el retiro.

Destaca la labor educadora de Arévalo, quien a pesar de haber invertido tanto tiempo en sortear los ataques de los que era objeto, logra establecer una política educativa que se concentró en llevar la educación al pueblo, formar maestros, construir escuelas, publicar libros. En mi opinión, el espíritu de Córdoba se destaca «en el mantenimiento de la democracia dentro del ambiente de la escuela» (González Orellana, 2011, p. 353). Este aspecto, sin duda, cristaliza, ampliándolo, uno de los anhelos de la Reforma universitaria de Córdoba.

En resumen, el Gobierno de Arévalo plantea una serie de medidas institucionales orientadas a establecer un ideal de dignidad desconocido hasta entonces por la sociedad guatemalteca. Arévalo logra cristalizar el anhelo de la Facultad de Humanidades, un an-

helo largamente demorado para la juventud estudiosa guatemalteca. Se empeña en traer a distinguidos pensadores a dictar cátedra a la nueva facultad. Accede en ese momento a la rectoría de la Universidad de San Carlos de Guatemala un místico de la Universidad, el Dr. Carlos Martínez Durán. Se suman a la tarea otros distinguidos intelectuales, algunos de ellos formados también en Argentina, como es el caso del Dr. Raúl Osegueda Palala.

Lamentablemente, el experimento democrático guatemalteco fue abortado por un golpe organizado desde los más altos sectores del Gobierno estadounidense. Esta intervención surgió como consecuencia de la reforma agraria (Decreto 900 de 1952); por medio de esta, Jacobo Árbenz afectó los intereses de la United Fruit Company, empresa vinculada a poderosos sectores del Gobierno norteamericano. Desesperanzado por la experiencia de un anochecer prematuro sobre un proyecto de emancipación que apenas había comenzado, el saliente presidente Juan José Arévalo anticipa el retorno de las fuerzas de la barbarie, ahora con los ropajes de la democracia. En su discurso de despedida Arévalo declara:

La democracia contemporánea, fabricadora de guerras contra el hitle-rismo, tiene a la vez superiores consignas comerciales que parecen ser la real y exclusiva preocupación de los estadistas, mas no para una mejor distribución de los bienes entre las masas humildes, sino para la multi-plicación de los millones que ahora pertenecen a unas cuantas familias metropolitanas (15 de marzo de 1951).

A pesar del innegable retroceso que trajo la caída del sucesor de Arévalo —el coronel Jacobo Árbenz, a quien la memoria del pueblo guatemalteco bautizó como el Coronel de la Primavera— el legado de Córdoba ha subsistido en la continua lucha estudiantil por una universidad vinculada al pueblo. El esfuerzo persistió pese a que una generación de universitarios fuera diezmada por los sectores reaccionarios de la sociedad y con el vergonzoso apoyo de los EE. UU. Este espíritu ya era identificado en noviembre de 1944 por el entonces candidato presidencial Arévalo en un discurso en el cual acepta el doctorado *honoris causa* de la Universidad Nacional de Guatemala:

La función específica de la Universidad es la investigación y la difusión de la verdad científica, del saber filosófico y la profundización de la dimensión estética de la vida. Pero a esa función específica, precede lo genérico: la inmersión del ser individual en un organismo colectivo cuyos destinos políticos no pueden ser indiferentes a nadie, así se escude en la austeridad de un microscopio o en la profundidad de un texto platónico. Los profesores y los estudiantes van a la Universidad para satisfacer necesidades espirituales de la colectividad. Pero cuando esta colectividad

está retorciéndose bajo una humillación material o moral de cualquier clase que ella sea, el profesor y el estudiante están en la obligación impostergable de dejar de ser profesores y estudiantes para asumir en toda su plenitud la defensa de la dignidad nacional (Arévalo, 1974b, p. 545).

Desde esos momentos oscuros, aun en medio de décadas enrojecidas por tanta sangre universitaria derramada, el deseo de una Reforma universitaria ha estado presente, con logros parciales, aunque siempre con la demora de las grandes expectativas. Por esta razón de justicia histórica, el centenario de Córdoba se ofrece como un recordatorio de las tareas que deben ser revividas. Interpretado en el contexto latinoamericano, ahora crucial para el mundo contemporáneo, la recuperación actualizada del legado de la Reforma universitaria de Córdoba es una tarea ineludible y necesaria, no solo para la universidad guatemalteca, sino para las universidades latinoamericanas y, cada vez más, para las de otras regiones.

La universidad en la crisis multidimensional de la globalización neoliberal

En la actualidad, la Universidad de San Carlos de Guatemala, conquista sentida de la Revolución de Octubre de 1944, se halla en un proceso de reforma que lleva ya varias décadas y que apenas ha generado una serie de cambios que no alcanzan, sin embargo, a contrarrestar los peligros que plantea la mercantilización universitaria a nivel global. De este modo, recordando la reflexión benjaminiana sobre la cita secreta entre las anteriores generaciones y la presente, las reflexiones finales de este trabajo se orientan a tratar de señalar algunos aspectos por los que el legado de la Reforma universitaria de Córdoba muestra su actualidad, no solo para Guatemala, sino para América Latina y el mundo entero.

No se puede ya ignorar que la educación universitaria actual está en una coyuntura crucial para su futuro. Aaron Stoller y Eli Kramer (2018, p. vii) atribuyen esta situación al hecho de que los principios que guían la educación superior, así como las estructuras y preocupaciones de esta, se incardinan dentro de la lógica neoliberal. En el núcleo de esta se ubica una visión del ser humano, distribuida a través de los más disímiles ámbitos de la vida social, como en el diseño de políticas públicas, en las relaciones interpersonales, en la propia visión que el ser humano crea de sí mismo (emprendimiento) (Fernández Liria, García Fernández y Galindo Fernández, 2017) y, principalmente, en la concepción general de la empresa educativa: crear un ser humano *flexible*, educado por competencias y quizás liberado del fardo de la erudición. En muchos ámbitos, especialmente los norteamericanos, la educación universitaria es vista como un servicio y los estudiantes son considerados como «clientes». En consecuencia, las inversiones universitarias se dedican a publicitar el producto. Por lo tanto, la vida académica se ve sujeta a recortes, mientras se dedican una gran parte de los fondos a construir gimnasios, jardines y equipos deportivos.

La universidad contemporánea tiene como misión fundamental de nuestro tiempo la recuperación de la espiritualidad crítica. No en balde, la politóloga norteamericana Wendy Brown subsume bajo la idea de «reconstrucción del alma» la serie de transformaciones que han cambiado la fisonomía de las instituciones educativas superiores en Europa y los EE. UU. En esta dirección, Christian Laval y Pierre Dardot (2017) denuncian al neoliberalismo como «una razón-mundo, cuya característica es extender e imponer la lógica del *capital* a todas las relaciones sociales, hasta hacer de ella la forma misma de nuestras vidas» (p. 11).

Esta imposición de la lógica mercantil se ha introducido de manera gradual con medidas aparentemente administrativas, asociadas al debilitamiento de la participación estatal, casi siempre explicada en función de objetivos de austeridad. La misma Wendy Brown desenmascara algunas de las estrategias para lograr este fin, entre las cuales se encuentran:

[El] aumento de las colegiaturas, un declive del apoyo del Estado, el auge de la educación con fines de lucro y en línea, la reconstrucción de las universidades a través de las «mejores prácticas» corporativas y una creciente cultura de negocios de las «competencias» en lugar de los «certificados» que han convertido la torre de marfil de hace treinta años en algo anacrónico, caro e indulgente (Brown, 2016, p. 21).

Las consecuencias de estas políticas son catastróficas. No puede ser más que un trágico contrasentido que esta época —preciada como la sociedad del conocimiento— se esté constituyendo al mismo tiempo en la época de la posverdad y la corrupción del conocimiento. Colin Crouch (2016) sostiene que el actual sistema de conocimiento se basa en la conducta deshonesta que poco a poco va corroyendo las instituciones, incluso aquellas destinadas a producir conocimiento. Para este autor «la forma contemporánea de la teoría del mercado como elección racional exalta y recompensa la conducta deshonesta que promueve la corrupción del conocimiento» (Crouch, 2016). De este modo, los jóvenes de países como los EE. UU., se cuestionan la opción de seguir estudios enfocados en carreras prácticas que los ubicará en una situación de deuda y que no les ofrece oportunidades de empleo (Blumenstyk, 2015). Esta autora señala el alto costo de la educación, el cual, en estadísticas de 2012, ocupa el 55 % del ingreso medio cuando es una institución privada y 16 % cuando es pública (Blumenstyk, 2015, p. 7). Debe considerarse siempre el peligro del abandono del apoyo estatal para las universidades, ya que este fenómeno tiene un impacto directo en la economía familiar. Cae de suyo que la práctica actual de establecer pruebas de ingreso demasiado duras para la educación estatal, puede incidir en el crecimiento de

la educación superior de motivación empresarial, o el ahondamiento de la desigualdad. En este contexto la investigación universitaria se ve afectada, lo cual se relaciona con el ascenso de *think tanks* que proveen *conocimiento* —listo y disponible— para su uso en las decisiones que suelen beneficiar a los patrocinadores de tales centros no estatales de investigación.

La tarea inmensa que se plantea frente a una globalización ensombrecida por los peligros de la desigualdad y el desastre ambiental, consiste en articular una nueva civilización capaz de plantear un mundo que no se pliegue a los dictados del dinero. Dada la inminencia del peligro ambiental y la magnitud de la exclusión sociopolítica es necesario avanzar hacia agendas más profundas, las cuales tiendan a implementar nuevas formas de la vida en común, en especial, aquellas en las que el ser humano reconoce su inserción en un marco ecológico, cuyo respeto es condición de posibilidad de un sistema económico racional y que trata de asegurar la existencia digna en el planeta.

Es en esta coyuntura problemática que la Reforma de la universidad en América Latina no puede reducirse, pues, a cuestiones puramente académicas ni tecnológicas, cuando lo que está en juego es el destino de las sociedades que las albergan. Nada raro en un contexto regional, en el que, desde el inicio de la época colonial, las universidades se ubican dentro de una tarea explícita de creación de las estructuras del mundo social. Esta herencia puede contrastarse con la forma en que se desarrollaron las universidades en Estados Unidos. En este sentido, Aaron Stoller y Eli Kramer (2018) señalan cómo las universidades norteamericanas se desarrollaron sin una orientación conceptual e institucional, sin más que las que surgen de las propias necesidades, las cuales evolucionaron dentro de un complejo ecosistema.

La universidad latinoamericana ofrece, pues, un contexto de tradiciones críticas que puede recuperarse para fortalecer las tareas democráticas de la región. Cuando los estudiantes de Córdoba apelan, en su *Manifiesto liminar*, a los hombres libres de América, no solo actualizan una tradición emancipadora compartida, en la cual aparecen los nombres de fray Bartolomé de las Casas, Alonso de la Veracruz y una pléyade de pensadores que han vislumbrado los problemas de Nuestra América, sino que también marcan su independencia del pensamiento hegemónico europeo, el cual no había podido evitar la Primera Guerra Mundial. De la misma manera ahora que América Latina, siendo el primer campo de experimentación del neoliberalismo contemporáneo, se convierte en generadora de pensamiento político alternativo, las universidades pueden fomentar la imaginación política para promover las alternativas civilizaciones para América Latina y el mundo. Lo pueden hacer y lo siguen haciendo desde una universidad plagada de problemas, sometidas a continuas reformas antidemocráticas disfrazadas de propuestas tecnocráticas,

en sociedades aquejadas por problemas estructurales y de cuya conciencia generalizada surge, precisamente, el ímpetu de la transformación radical siempre en consonancia con aspiraciones compartidas.

Los proyectos de reforma universitaria deben fortalecer la vinculación con movimientos sociales profundos que cuestionen la fisonomía opresiva de nuestras sociedades. Lo comprueba no solo la Reforma universitaria de Córdoba en 1918, sino también el cuestionamiento al lucro en la educación que ha cohesionado nuevos movimientos sociales como es el caso de Chile. En esta línea se inscribe, además, la Huelga de la UNAM de 1999 en la que —como lo demuestra Pablo González Casanova (2001)— se planteó la necesidad de recuperar la educación universal de las garras de la mercantilización neoliberal. Estos esfuerzos estudiantiles, tomando en cuenta la profundidad de la alienación neoliberal, deben situarse dentro de una reforma cultural y espiritual de la sociedad. En su libro, *La Revolución Creadora* (2016), el filósofo mexicano Guillermo Hurtado describe las dimensiones filosóficas que inspiraron a los pensadores mexicanos involucrados en la refundación de la Universidad Nacional de México, las cuales registran la importancia de la filosofía espiritual de Henri Bergson.

Igualmente, la Reforma universitaria de Córdoba plantea otras sugerencias en este momento histórico. En un mundo de flexibilidad laboral, es necesario recuperar la cátedra por oposición para una docencia segura que permita la investigación. Es necesario fortalecer los caminos democráticos del cogobierno universitario frente a las reiteradas muestras de autoritarismo y manipulación política. Las cátedras paralelas deben fortalecerse en un tiempo en el cual se quiere imponer una austeridad que actúa como dispositivo argumentativo para hacer retroceder las conquistas reformistas. Se debe garantizar un acceso democrático a la universidad, ahora que muchos estudiantes se ven obligados a acudir a universidades privadas porque las universidades nacionales niegan cada vez más el ingreso a sus aulas.

Queda claro, pues, que una reforma universitaria profunda solo puede dejar huella si se inscribe a sí misma como un sistema de ideas que trata de estimular una sociedad reflexiva en la cual la vida en común expresa una racionalidad cada vez más integral. La reforma universitaria debe permitir que las nuevas generaciones puedan descifrar una crisis política ubicada en un horizonte de problemas telúricos relativos a la misma continuidad de la vida. Hay otro dato aquí: la reforma universitaria plantea un eje crítico que no puede desvincularse de un cuestionamiento a perspectivas que, en la historia global, siempre justifican un papel subordinado para América Latina.

Por lo mismo, la reforma universitaria solo puede pensarse desde nuestro continente

como un todo. La historia compartida, los caminos que plantea la civilización amerindia, los problemas colectivos en la esfera económica internacional, alumbran y sugieren caminos comunes que pueden encuadrarse dentro de ese diálogo universal que plantea la condición humana. Urge pensar alternativas regionales, dado que solo así se puede garantizar la no dependencia del globo regido por los peligrosos designios del capitalismo tardío. Debemos volver a plantear una visión del mundo que surge de una visión racional íntegra. Proponiendo una fusión de horizontes entre tradiciones intelectuales en los países latinoamericanos, se puede lograr la integración crítica de las cosmovisiones indígenas de la América Latina profunda con los momentos emancipadores de la tradición occidental.

En este momento de la historia, ya no se puede ocultar que la universidad, no solo la latinoamericana, sino la global, debe iluminar las posibilidades de emancipación de la humanidad de los desastres finales. No se puede, sin faltar a la responsabilidad ética más profunda, negar este hecho.

La universidad en general y la latinoamericana en particular, debe proponerse crear alternativas de sentido que puedan inspirar la construcción de un mundo que evite el descalabro planetario al que nos condena el ímpetu irracional de la plutocracia global. Esta tarea supone como en 1918, la creación de nuevas ideas que respondan a las crisis que se viven en la actualidad y como en su momento respondieron a las crisis de entonces. Estas existen en visiones alternativas, las cuales necesitan incubarse en un ambiente institucional que las vaya construyendo como alternativas efectivas para un mundo en camino a la destrucción.

Bibliografía

- Arévalo Bermejo, J. (1945). *Escritos políticos*. Guatemala: Tipografía Nacional.
- (1974a). *La Argentina que yo viví 1927-1944*. Cdad. de México: Costa Amic.
- (1974b). *La personalidad, la adolescencia, los valores y otros escritos de pedagogía y filosofía*. Guatemala: José de Pineda Ibarra.
- (1988). *Escritos complementarios*. Guatemala: Cenaltex.
- (2010). *El candidato blanco y el huracán*. Guatemala: Tipografía Nacional.
- Biagini, H. (2018). *La Reforma universitaria y Nuestra América: A cien años de la revuelta estudiantil que sacudió al continente*. Bs. As.: Octubre.
- Blumenstyk, G. (2015). *American Higher Education in Crisis: What Everyone Needs to Know*. Oxford: Oxford University Press.
- Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos: La secreta revolución del neoliberalismo*. Traducción de Víctor Altamirano. Barcelona: Malpaso.
- Bustelo, N. (2018). *Todo lo que necesitás saber sobre la Reforma universitaria*. Bs. As.: Paidós.
- Crouch, C. (2016). *The Knowledge Corrupters Hidden Consequences of the Financial Takeover of Public Life*. Cambridge: Polity.
- Fernández Liria, C., García Fernández, O. y García Fernández, E. (2017). *Escuela o barbie: Entre el neoliberalismo salvaje y el delirio de la izquierda*. Madrid: Akal.
- Gleijeses, P. (1991). *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States 1944-1954*. Princeton: Princeton University Press.
- González Casanova, P. (2001). *La universidad necesaria en el siglo XXI*. Cdad. de México: Editorial Era.
- González Orellana, C. (2011). *Historia de la educación en Guatemala*. Guatemala: Editorial Universitaria, Universidad de San Carlos de Guatemala.
- Gordillo Castillo, E. (2016). Pensamiento universitario de Carlos Martínez Durán. *Estudios Digital*, s/v(10), pp. 1-13. Recuperado de http://iihaa.usac.edu.gt/sitioweb/wp-content/uploads/2017/01/ED10_EGordillo.pdf

- Hurtado, G. (2016). *La Revolución Creadora*. Cdad. de México: Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM.
- Koselleck, R. (2012). Algunas cuestiones sobre la historia conceptual de «crisis». En R. Koselleck. *Historias de conceptos: Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta.
- Laval, C. y Pierre, D. (2017). *La pesadilla que no acaba nunca: El neoliberalismo contra la democracia*. Barcelona: Gedisa.
- Rodríguez Martínez, J. (2011). Juan José Arévalo: La pedagogía filosófica como guía de la acción política. En Diana Soto y otros (eds.). *Educadores en América Latina y el Caribe del siglo XX al siglo XXI*. Tunja, Colombia: Rudecolombia.
- (oct-dic 2016). La actualidad del pensamiento filosófico-político de Juan José Arévalo Bermejo. *Revista Análisis de la Realidad Nacional, s/v(s/n)* Instituto de Problemas Nacionales, Universidad de San Carlos de Guatemala, pp. 240-272.
- Sousa Santos, B. (2015). *La universidad en el siglo XXI*. Cdad. de México: Siglo Veintiuno.
- Stoetzer, O. (1996). Krausean philosophy as a Major Political and Social Force in the Modern Argentina y Guatemala. En Marina Pérez de Mendiola (ed.). *Bridging the Atlantic: Toward a Reassessment of Iberian and Latin American Cultural Ties*. Albany: State University of New York.
- Stoller, A. y Kramer, E. (2018). *Contemporary Philosophical Proposals for the University: Toward a Philosophy of Higher Education*. London: Palgrave Macmillan.
- Tünnermann Bernheim, C. (2008). *Noventa años de la Reforma universitaria de Córdoba (1918-2008)*. Bs. As.: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

José Vasconcelos y la universidad

Vasconcelos en la Universidad Autónoma de México

Aritz Recalde*

El cargo que ocupo me pone en el deber de hacerme intérprete de las aspiraciones populares, y en nombre de ese pueblo que me envía os pido a vosotros, y junto con vosotros a todos los intelectuales de México, que salgáis de vuestras torres de marfil para sellar pacto de alianza con la Revolución. Alianza para la obra de redimirnos mediante el trabajo, la virtud y el saber. El país ha menester de vosotros. La Revolución ya no quiere, como en sus días de extravío, cerrar las escuelas y perseguir a los sabios.

José Vasconcelos

El pensador, escritor y político mexicano José Vasconcelos (1881-1959) asumió el cargo de rector de la Universidad Nacional Autónoma⁶ de México, en el período que transcurre de junio de 1920 al mes de octubre de 1921. En el momento de la toma de funciones sostuvo que:

Yo soy en estos instantes, más que un nuevo rector que sucede a los anteriores, un delegado de la Revolución que no viene a buscar refugio para meditar en el ambiente tranquilo de las aulas, sino a invitaros a que salgáis con él, a la lucha, a que compartáis con nosotros responsabilidades y los esfuerzos. En estos momentos yo no vengo a trabajar por la Universidad, sino a pedir a la Universidad que trabaje por el pueblo. El pueblo ha estado sosteniendo a la Universidad y ahora ha menester de ella, y por mi conducto llega a pedirle consejo.

En la UNAM puso en práctica muchas de sus ideas elaboradas en el Ateneo de la Juventud, fundado en 1909 junto a Antonio Caso, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, entre otros. Estos pensadores y hombres de la cultura abogaron por el compromiso político del intelectual e hicieron una activa campaña por la renovación educativa del país y de la región. Los miembros del ateneo se enrolaron en la lucha partidaria de su tiempo

⁶ Luego de diversas manifestaciones de la comunidad académica, la institución alcanzó la autonomía en el año 1929 por intermedio de la promulgación de la Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma.

y fundaron organismos de prensa, dictaron conferencias y crearon la Universidad Popular (1912), que ofició como una experiencia de difusión social del saber que Vasconcelos retomó en la UNAM. En palabras de Alfonso Reyes, la Universidad Popular tenía su origen en que «si el pueblo no puede ir a la escuela, la escuela debe ir al pueblo. Esto es la Universidad Popular, la escuela que ha abierto sus puertas y derramado por las calles a sus profesores para que vayan a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros de agrupación» (Gallegos, 1992).

Vasconcelos impulsó las campañas nacionales contra el analfabetismo, convocando a una cruzada educativa con más de mil quinientos de los llamados «profesores honorarios». Instó a los hombres de la cultura a erradicar la ignorancia y advirtió que «un peligro inmenso amenaza a nuestra patria mientras no redimamos la miseria del pueblo, mientras no ilustremos la mentes de todos nuestros compatriotas» (Vasconcelos, 1920).

Ya en el rectorado, trabajó para garantizar el derecho a estudiar de los jóvenes de bajos recursos eximiéndolos del pago de cuotas y creando comedores en la universidad para facilitar la educación popular. En su libro *De Robinson a Odiseo*, subraya que durante su gestión, el estudiante rico pagó cuotas altas permitiendo al pobre acceder a las aulas. Allí Vasconcelos se refirió a la importancia de los comedores en la escuela pública. La asistencia social en ámbitos educativos permitió reducir enfermedades y la institución dejó el típico hábito de «catalogar calamidades», para pasar a desterrarlas. La escuela tenía como tarea central la prevención de la salud, el aseo de los estudiantes humildes, la alimentación sana, el servicio dental y la promoción del deporte.

En línea con la tradición reformista del año 1918, promovió los departamentos de intercambio de los cuales dependía la Escuela de Verano para Extranjeros y la extensión universitaria. Desde su punto de vista, la extensión no implicaba una «distracción a la angustia» humana, sino el «remedio» y la solución a los problemas sociales. El universitario hispanoamericano no debe y «no puede eximirse del contacto humano, siquiera ocasional, a través del consejo técnico, la conferencia, el discurso y el libro» (Vasconcelos, 1935). Estas experiencias fueron potenciadas e institucionalizadas durante el rectorado de uno de los miembros de aquel ateneo, Antonio Caso (1921-1923).

Vasconcelos sostuvo que la universidad tenía que orientar a los estudiantes a realizar carreras «cortas de carácter inmediatamente práctico», sin por ello abandonar el «espíritu del tiempo en asuntos que no son de ocasión, sino de raíz y perennidad» (Vasconcelos, 1920). No debía emularse el modelo institucional norteamericano que imponía un esquema práctico y materialista desligado del problema social general. Vasconcelos propuso seguir el programa francés que ubicaba a la ciencia en el «cuadro general de los conoci-

mientos humanos» (Vasconcelos, 1920).

El autor concluyó que las universidades tendrían que ser vanguardia de la «investigación especializada» y «conservar la cultura y difundirla, aumentarla por obra de la investigación y de creación, organizar y defender el alma nacional, reglamentar y crear el profesionalismo, colaborar en la educación pública construyendo una aristocracia del espíritu y con ella aconsejar, dirigir los destinos patrios con miras de universidad» (Vasconcelos, 1920).

El ideario de Vasconcelos y el escudo de la UNAM

Durante su rectorado, Vasconcelos creó el escudo de la universidad en el cual caracterizó su ideario hispanoamericanista.



Escudo de la Univesidad Nacional
Autónoma de México

En la parte superior izquierda del escudo hay un cóndor andino, que es una especie representativa de toda la cordillera sudamericana y de la épica de los libertadores latinoamericanos. En el otro extremo, se ubica un águila mexicana. Ambas, custodian la imagen del continente que es representado desde México, hasta la parte austral de la República Argentina. En la base hay una alegoría de volcanes y del nopal nativo que es una especie vegetal de nuestra región.

Al momento de su creación, la UNAM mencionó que:

Considerando que a la universidad nacional le corresponde definir los caracteres de la cultura mexicana, y teniendo en cuenta que en los tiempos presentes se opera un proceso que tiende a modificar el sistema de la organización de los pueblos, sustituyendo las antiguas nacionalidades, que son hijas de la guerra y la política, con las confederaciones constituidas a base de sangre e idiomas comunes, lo cual va de acuerdo con las

necesidades del espíritu, cuyo predominio es cada día mayor en la vida humana y a fin de que los mexicanos tengan presente la necesidad de fundir su propia patria con la gran patria hispanoamericana que representará una nueva expresión de los destinos humanos; se resuelve que el escudo de la universidad nacional consistirá en un mapa de la América Latina con la leyenda de «Por mi raza hablará el espíritu». Se significa en este lema la convicción de que la raza nuestra elaborará una cultura de tendencias nuevas, de esencia espiritual y libérrima. Sostendrán el escudo un águila y un cóndor, apoyado todo en una alegoría de los nopales y el nopal azteca (Jaramillo, 2013).

A continuación vamos a describir y profundizar la noción de raza que formuló Vasconcelos.

La universidad edificadora de la «raza cósmica»

Organicemos entonces el ejército de los educadores que substituya al ejército de los destructores. Y no descansemos hasta haber logrado que las jóvenes abnegadas, que los hombres cultos, que los héroes todos de nuestra raza, se dediquen a servir los intereses de los desvalidos.

José Vasconcelos

En su libro *La raza cósmica* Vasconcelos (1986) explicitó con detalle los alcances políticos y culturales del concepto de raza y describió su ubicación histórica.

El pensador destacó el hecho de que las «distintas razas del mundo tienden a mezclarse cada vez más, hasta formar un nuevo tipo humano» (Vasconcelos, 1986). Este proceso se consolidó en Iberoamérica con la fusión entre los pueblos originarios y el español. El proceso de mestizaje americano es sumamente original y fue posible por el hecho de que no se aplicó la ideología del darwinismo anglosajón. Esta última postula la «selección natural que salva a los aptos» y que «condena a los débiles» y fue implementada por el colonialismo británico y más tarde por el nazismo.

Vasconcelos (1986) reivindicó la «legitimidad de los mestizajes» y consideró positivamente a aquellos sistemas sociales que impulsaron la «fusión interracial reconocida por el derecho».

Los españoles e ingleses protagonistas del descubrimiento de América y de la Conquista, fueron los responsables de transmitir e institucionalizar la cultura latina y sajona en el territorio. Vasconcelos remarcó el hecho de que ambas tradiciones se enfrentaban en «una pugna de instituciones, de propósitos e ideales» (Vasconcelos, 1986).

El autor describió críticamente el debilitamiento de la cultura latina y el desmembramiento de la América hispánica, producido luego de la independencia de España. A su entender, los gobernantes fundadores de los pequeños nacionalismos iberoamericanos eran «sin saberlo, los mejores aliados del sajón, nuestro rival en la posesión del continente». Los líderes políticos fueron responsables de «dividir, despedazar el sueño de un gran poderío latino» y «no supieron, no quisieron escuchar las advertencias geniales de Bolívar» (Vasconcelos, 1986).

Esta desarticulación regional favoreció los intereses ingleses y luego los de la Unión Panamericana de Washington. Los políticos anglosajones impusieron la «confusión de los valores» y, para el autor, su «comercio nos conquista con sus pequeñas ventajas». Vasconcelos convocó activamente a la reunificación de los países de la región. Con dicha finalidad, propugnó el reencuentro con nuestra tradición hispánica, con la convicción de que «no seremos grandes mientras el español de la América no se sienta tan español como los hijos de España» (Vasconcelos, 1986).

El pensador mexicano interpretó que los conquistadores y misioneros españoles conformaron una cultura vigorosa, fundaron ciudades y aprobaron leyes y crearon las condiciones de un nuevo mestizaje. Si bien el autor no ahorró críticas al «militarismo y absolutismo» de la Colonia, consideró errónea y exagerada la leyenda negra contra la madre patria. En realidad, nuestros criollos debían emular a los antiguos colonos de Nueva Inglaterra o Virginia que se «separaron de Inglaterra, pero sólo para crecer mejor y hacerse más fuertes. La separación política nunca ha sido entre ellos obstáculo para que en el asunto de la común misión étnica se mantengan unidos y acordes» (Vasconcelos, 1986). La combinación de «prédica desespañolizante y el inglesamiento, hábilmente difundido por los mismos ingleses, pervirtió nuestros juicios» (Vasconcelos, 1986).

La «raza cósmica» que describió Vasconcelos (1986) era la expresión de un nuevo hombre y de una nueva civilización en ascenso y «en la historia no hay retornos, porque toda ella es transformación y novedad». La «quinta raza» sería propia de América por el hecho de que la civilización española tuvo la histórica y original virtud, de fundar un mestizaje de sangres y de culturas del indio, el blanco y el negro. La tradición latina se caracterizó por la «simpatía con los extraños» y podía ser una vanguardia humana y «ser elegida para asimilar y convertir a un nuevo tipo a todo los hombres».

Por el contrario, el darwinismo y el materialismo propio de Inglaterra «exterminó al indígena; lo sigue exterminando en la sorda lucha económica». Estados Unidos continuó esta tradición y podrían convertirse en «el último gran imperio de una sola raza: el imperio final del poderío blanco» (Vasconcelos, 1986).

La «raza cósmica» oficiaría como una síntesis de un nuevo estado de la civilización humana y «no pretenderá excluir a los blancos como no se propone excluir a ninguno de los demás pueblos» (Vasconcelos, 1986). La raza blanca traía consigo la ciencia moderna y la técnica para la transformación de la naturaleza y de la economía. Además, Europa aportó a la «raza cósmica» el cristianismo, que predicó la igualdad de los hombres y «el amor como base de las relaciones humanas». Lejos de impugnarlos, Vasconcelos creyó que estos ideales tenían que ser retomados para la construcción de un hombre nuevo, pero desligándolos del materialismo, la injusticia social y de las diversas formas de discriminación.

«Raza cósmica»	Ideología anglosajona
Origen hispánico: Bolívar.	Ideología anglosajona: Monroe.
Dimensión continental.	Pequeñas naciones.
Fusión racial: blanca, roja, negra y amarilla.	Predominio de la raza blanca sobre los principios del evolucionismo y el positivismo de Spencer o Darwin.
Cristianismo como matriz de un vínculo social solidario.	Materialismo que postula que la lucha y la competencia son el medio de ordenamiento humano.

La «raza cósmica» sería el resultado de la elevación cultural, política y moral del hombre en un proceso que «gradualmente nos va libertando del imperio de la necesidad, y poco a poco va sometiendo la vida entera a las normas superiores del sentimiento y de la fantasía» (Vasconcelos, 1986). Vasconcelos resumió el proceso de la evolución humana en los periodos material, intelectual y espiritual. En éste último estadio se «buscará en el sentimiento creador y en la belleza que convence» y la fusión racial se consolidará con las «leyes de la emoción, la belleza y la alegría regirán la elección de parejas, con un resultado infinitamente superior al de esa eugénica fundada en la razón científica». El nuevo sistema social terminaría con la pobreza, la miseria, la lucha darwinista y el imperialismo como vínculo de las naciones.

Ley de los tres estados sociales		
Material (o guerrero)	→	Intelectual (o político) → Espiritual (estético)

Vasconcelos y la Reforma universitaria de 1918

La Argentina es a la vez el país más fuerte y el más hermoso de América. Córdoba es uno de los centros principales de ese célebre movimiento universitario estudiantil que se ha ido propagando por toda la América meridional y llega ya hasta Cuba.

José Vasconcelos

La prédica de Vasconcelos y de los miembros del ateneo formó parte del ideario y de las lecturas de varios de los protagonistas de los acontecimientos de 1918. Asimismo y de manera inversa, el proceso reformista influyó en la elaboración del pensamiento y de acciones políticas de los pensadores mexicanos en su paso por la UNAM y por la Secretaría de Instrucción.

Vasconcelos tenía una relación personal con diversos protagonistas de las jornadas del año 1918, como fue el caso de Alfredo Palacios o de Manuel Ugarte. En el libro *La raza cósmica* consideró que «el mayor foco contemporáneo de la cultura hispanoamericana se encuentra en Buenos Aires». Desde su punto de vista, la «universidad argentina aventaja a las demás de América no sólo por el lujo de su construcción material o por los sueldos que paga a sus profesores y la libertad que les deja en la enseñanza; también por la universalidad de su doctrina y la renovación de métodos y la importación constante de notabilidades extranjeras. Casi no hay profesor ilustre de universidad española que no haya dado cursos en la Argentina» (Vasconcelos, 1986).

Vasconcelos interpretó que el movimiento reformista permitió el acceso a la docencia de catedráticos idóneos y fue un catalizador de la renovación de ideas. El típico acceso a la educación por el favor oficial, iba a ser remplazado por el mérito y por la capacidad.

A diferencia del posicionamiento de los jóvenes reformistas argentinos, Vasconcelos no auspició la participación estudiantil en el cogobierno y declaró en el libro *De Robinson a Odiseo* que «no hay nada que relaje tanto la disciplina escolar como la intervención estudiantil en las funciones administrativas de la universidad». Salvando excepciones históricas puntuales, «debe afirmarse el principio de que no ha de tener el estudiante intervención alguna ni el nombramiento del profesorado, ni en la administración interna de la escuela [...]. Désele, si se quiere, voz en los consejos, pero nunca voto, porque esto equivale no solo a minar la autoridad del maestro, sino su misma tranquilidad en el desempeño de las funciones» (Vasconcelos, 1935).

Para el autor, la Reforma no era un mero sistema de gestión universitaria, sino que el gran acierto del movimiento fue impulsar los valores de la unidad continental y propagar una conciencia antiimperialista.

Además, Vasconcelos resaltó el hecho de que en el año 1918 se conformó una vocación social que vinculó a los jóvenes con las luchas obreras de su época. En *La raza cósmica* Vasconcelos reconstruyó su viaje por nuestro país (1922) detallando su visita a la UNLP de la mano de Alfredo Palacios, a quien caracterizó como el «apóstol argentino del iberoamericanismo», destacando que «se le quiere en Montevideo, se le conoce y admira en Brasil, se le recuerda con estimación y afecto en México y es un ídolo en Perú» (Vasconcelos, 1986). Con admiración, remarcó que Palacios había tenido el acierto de acompañar a los jóvenes en la renovación universitaria, en paralelo a que había estado «al lado de los labriegos oprimidos de misiones y el Chaco, logrando en la Cámara, cuando fue diputado, la expedición de leyes protectoras del trabajo» (Vasconcelos, 1986).

El Congreso Internacional de Estudiantes

Los hombres libres que no queremos ver sobre la faz de la tierra ni amos ni esclavos, ni vencedores ni vencidos, debemos juntarnos para trabajar y prosperar. Seamos los iniciadores de una cruzada de educación pública, los inspiradores de un entusiasmo cultural semejante al fervor que ayer ponía nuestra raza en las empresas de la religión y la conquista.

José Vasconcelos

Uno de los aspectos fundamentales del ideario de Vasconcelos fue que promovió la unidad política y cultural continental. La labor la realizó por intermedio de sus obras y en su paso por la gestión pública a la que le imprimió una vocación y un fervor americanista. Entre sus acciones deben destacarse la organización del Encuentro Internacional de Estudiantes y el impulso a la Federación de Intelectuales Latinoamericanos, ambas del mismo año.

El Encuentro Internacional de Estudiantes organizado por Vasconcelos en el año 1921 fue continuador de los congresos de Montevideo (1908), de Buenos Aires (1910), de Lima (1912) y especialmente de la experiencia reformista argentina del año 1918. Vasconcelos se habría inspirado, además, en el Congreso Panamericano Internacional de la Liga Panamericana de Estudiantes, realizado en Nueva York en marzo de 1921 (Moraga, 2014).

El congreso de México se desarrolló del día 20 de septiembre al 8 de octubre. Las principales delegaciones fueron las latinoamericanas e intervinieron miembros de Argentina, México, Perú, Cuba, Nicaragua, Guatemala, República Dominicana y Honduras. Los representantes de otros continentes fueron escasos y varios de ellos no eran estudiantes, sino diplomáticos, como en los casos de Noruega, Alemania o Japón. En no pocos casos, los participantes carecían de verdadera representación juvenil, en un contexto en el cual solamente seis países de la región tenían federaciones nacionales (Pacheco, 1931).

La convocatoria al congreso incluyó, entre los temas a desarrollar:

- a) Función social del estudiante; b) Método mejor para establecer esa función; c) Objeto y valor de las asociaciones de estudiantes; d) ¿Convenría la organización de una federación internacional de estudiantes?; e) Base sobre las que debieran descansar las relaciones internacionales en opinión de los estudiantes. f) Ejecución de las resoluciones del Congreso (Pacheco Calvo, 1931).

Los grupos más numerosos provinieron de Argentina, México y Perú. La delegación de nuestro país estuvo presidida por el activista de la UNLP, Héctor Ripa Alberdi, quien fue acompañado por Arnaldo Orfila Reynal, Enrique Dreysin y Pablo Vrillaud.

El congreso sancionó seis resoluciones que reflejaron la orientación socialista que adquirió el encuentro. La primera fue la lucha por una «nueva humanidad» y con dicha meta los jóvenes se propusieron abolir el poder público opresor, la explotación del hombre e impulsar la «comunidad universal» contra el «nacionalismo». La segunda resolución apoyó la búsqueda de una coordinación entre el «pensar, el sentir y el querer» en las escuelas; y en sintonía con la tradición de la Reforma, el congreso promovió la «extensión universitaria». En tercer lugar y continuando las experiencias del ateneo, se resolvió establecer «universidades populares» que se vinculen con los «conflictos obreros». En cuarto lugar y continuando el ejemplo del año 1918, los jóvenes apoyaron la participación de los estudiantes en el cogobierno y la docencia libre. El quinto acuerdo consistió en impulsar un modelo de relaciones internacionales basado en la cooperación solidaria, el principio de autodeterminación de los pueblos y la condena al imperialismo y las tendencias militaristas; se hizo referencia especial a las perniciosas ocupaciones norteamericanas en Santo Domingo y Nicaragua; el congreso cuestionó al Gobierno venezolano de Juan Vicente Gómez. La sexta y última resolución fundó la Federación Internacional de Estudiantes e incluyó cuestiones de organización de la misma. La resolución final del encuentro convocó a un segundo Congreso Internacional de Estudiantes, que debía realizarse en Buenos Aires en el año 1922.

La Federación de Intelectuales Latinoamericanos

Seguimos siendo el continente de siete colores, esa raza cósmica que decía Vasconcelos. Por eso debemos ser quienes manejemos nuestros destinos para conquistar nuestra definitiva soberanía y nuestra libertad.

Ana Jaramillo

Aprovechando la presencia de las delegaciones extranjeras intervinientes en el Congreso Internacional de Estudiantes y en el festejo de la independencia de México, Vasconcelos impulsó la Federación de Intelectuales Latinoamericanos.

El día 3 octubre del año 1921 fundó la Federación con «el objeto de estrechar las relaciones existentes entre los pueblos de origen común de América, y luchar por la defensa y engrandecimiento de la raza». La Federación designó un Comité provisional compuesto por José Vasconcelos (presidente), Alejandro Rivera Vázquez (vicepresidente), Isidro Fabela (tesorero), Rafael Heliodoro Valle (secretario) y por Horacio Blanco Fombona (prosecretario). Se designó como presidente honorario de la Federación al escritor español Ramón María del Valle Inclán⁷.

La reunión inicial que dio auspicio a la Federación fue integrada por alrededor de sesenta miembros. Algunos de ellos eran delegados estudiantiles y otros intelectuales, artistas y representantes diplomáticos (Pita, 2001). Vasconcelos intentó hacer de la Federación un instrumento idóneo para aplicar su ideario tendiente a la unidad continental y a difundir el compromiso del intelectual con su medio social. Este último tema ocupó un lugar importante en los debates y los participantes se dividieron; por un lado, entre aquellos que consideraban necesaria una actividad directa del hombre de cultura en la política; y por otro, entre los que creyeron que serían las obras literarias y artísticas los principales recursos para intervenir en el cambio social.

La propuesta americanista de la Federación se vio potenciada por la decisión de Guatemala, El Salvador y Honduras de construir, el 9 de septiembre de 1921, una «Federación Soberana e Independiente que se denomina República de Centroamérica». La República de Centroamérica sancionó una Constitución el 9 de septiembre. En su artículo 2.º estableció que la «Nación reconoce que, por razones étnicas, geográficas e históricas, también deben integrarla los Estados de Nicaragua y Costa Rica. De consiguiente la Federación

⁷ Acta de creación de la Federación de Intelectuales Latinoamericanos. Ciudad de México, 3 de octubre de 1921.

seguirá considerándolos como parte integrante de la familia centroamericana». El artículo 6.º fijó que cada «Estado conservará su autonomía e independencia para el manejo y dirección de sus negocios interiores y asimismo todas las facultades que la Constitución Federal no atribuya a la Federación, las Constituciones y demás leyes de los Estados continuarán en vigor en cuanto no contraríen los preceptos de la Constitución Federal». Poco tiempo después de su creación, la República centroamericana fue disuelta.

La flamante Federación creada por Vasconcelos fijó como tarea convocar a un Congreso de Intelectuales Latinoamericanos. La iniciativa fue impulsada activamente por el peruano Edwin Elmore, quién recorrió varios países organizando el encuentro. La propuesta tuvo buena aceptación entre los intelectuales cubanos y no así entre los argentinos que estaban abocados a potenciar la Unión Latinoamericana, que fue fundada en el año 1922 por José Ingenieros y Alfredo Palacios.

Finalmente, el congreso no se congregó y su principal impulsor, Edwin Elmore, murió asesinado en octubre de 1925, luego de una discusión con el peruano José Santos Chocano.

A poco de iniciarse, las iniciativas para las federaciones internacionales de intelectuales y de estudiantes se fueron debilitando, no cumplieron con el programa ni con los acuerdos resueltos en sus asambleas. Sus organismos de conducción se disolvieron con el tiempo y sus resoluciones no fueron acatadas en las diversas naciones de origen de los miembros intervinientes.

Las internas juveniles de cada una de las delegaciones y la del país auspiciante, más la inestabilidad de los sistemas políticos del continente, dificultaron el pleno desenvolvimiento de las iniciativas de Vasconcelos. Pese a eso, estas experiencias fueron sumamente importantes en la medida en que forjaron vínculos entre pensadores e instituciones y — fruto de ello— se escribieron documentos y obras que favorecieron la unidad cultural y política de Hispanoamérica. Uno de los casos que evidencia la potencia que adquirió la iniciativa de Vasconcelos, se encuentra en la fundación de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) por parte de Raúl Haya de la Torre. En mayo del año 1924 —en el anfiteatro de la UNAM— Haya de la Torre le entregó una bandera iberoamericana al presidente de la Federación de Estudiantes de México. Esa fecha es considerada central para el nacimiento del APRA. El estandarte fue diseñado, en palabras de Haya, emulando «el blasón vasconceliano de la Universidad de México» (Gullo, 2013).

La Secretaría de Instrucción Pública

El Filósofo es un poeta que engendra con su vivir un sistema.

José Vasconcelos

El paso de Vasconcelos por la UNAM le permitió construir las bases de un programa federal educativo para México y lo llevó a la práctica con la Secretaría de Instrucción Pública de la cual fue su titular entre los años 1921 y 1924. En su libro, *De Robinson a Odiseo*, Vasconcelos (1935) cuestionó la decisión de Carranza de suprimir el Ministerio de Educación y de transferir esas funciones a los municipios. El Ministerio fue refundado en el año 1921. Desde su punto de vista, el Ministerio debía organizarse en tres departamentos: Escolar, Bellas Artes y Bibliotecas.

Desde su punto de vista, la educación debía ser patriótica, federal, popular, técnica (industrial y agraria)⁸, humanista, ética y estética. La función del Estado en su manutención y en su gestión era indelegable. En su libro *De Robinson a Odiseo*, Vasconcelos propuso que el Estado apoye la educación de la Iglesia católica. Por el contrario, las escuelas protestantes no debían ser financiadas ya que contaban con la ayuda de los «millonarios norteamericanos» con el fin de la «penetración imperialista».

En su actividad en la Secretaría, Vasconcelos apoyó activamente la cultura regional y auspició un ambicioso programa editorial⁹. Benjamín Carrión caracterizó esa tarea por la voluntad de formar una biblioteca «que llame a los hombres, a las mujeres, a los niños, que vaya en busca de ellos» (Carrión, 1928). Apoyó la apertura de establecimientos de lectura y, en palabras de Carrión «se repartieron por toda la extensión del territorio mejicano» y el libro «llegó a todas partes, por los precipicios de las sierras, por los caminos casi absurdos, a lomo de mula, tras los hombres» (Carrión, 1928).

Vasconcelos acompañó la tarea de los pintores del país, estos plasmaron sus obras en diversos murales de los edificios públicos del Estado nacional.

8 En su gestión en la Secretaría, Vasconcelos fundó el Instituto Técnico Nacional.

9 En 1940, Vasconcelos fue designado como director de la Biblioteca de México.

A modo de conclusión: cinco elementos del ideario de Vasconcelos y la universidad

Sólo en la universidad podrá hallarse viva la sabiduría que alienta a los pueblos [...]. Se suicida el país que cierra o que descuida sus universidades, pues en ellas y sólo en ellas, puede configurarse el espíritu nacional, nervio de la defensa y de la simple perduración.

José Vasconcelos

1. Vasconcelos promovió un proyecto de universidad directamente vinculada a la resolución de los problemas concretos del pueblo mexicano. Con dicha finalidad, la educación tenía que ser humanística, patriótica, técnica, ética y artística.
2. La universidad debía promover su acceso al pueblo humilde y el Estado tenía una función indelegable en la implementación de los medios.
3. La universidad y los intelectuales debían contribuir a la unidad política y cultural de Hispanoamérica y al surgimiento de la «raza cósmica».
4. Los pensadores y los miembros de la cultura tenían que comprometerse con la actividad política, con el cambio social y con la construcción del hombre nuevo; ese mandato era un imperativo ético, una misión trascendental e irrenunciable.
5. La universidad debía conformar una cultura antiimperialista, que permitiera detener el avance político de los norteamericanos y de la ideología anglosajona.

Bibliografía

- Carrión, B. (1928). *Los creadores de la nueva América*. Madrid: Sociedad General Española de Librería.
- Gullo, M. (2013). *Haya de la Torre, la lucha por la Patria Grande*. R. de Escalada, Arg.: Edunla.
- Jaramillo, A. (2013). *La descolonización cultural, un modelo de sustitución de importación de ideas*. R. de Escalada, Arg.: Edunla.
- Moraga Valle, F. (2014). Reforma desde el sur, revolución desde el norte. El Primer Congreso Internacional de Estudiantes de 1921. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, s/v(47).
- Pacheco Calvo, C. (1931). El Primer Congreso Internacional de Estudiantes celebrado en México en 1921. *Revista de la Universidad de México*, s/v(14).
- Pita, A. (2001). La Federación de Intelectuales Latinoamericanos y los ecos de una propuesta (1922-1927). *Revista Estudios Iberoamericanos*, XXVII(s/n).
- Vasconcelos, J. (1920). *Discurso en la universidad*. Cdad. de México: Mimeo.
- (1920). *La tormenta*. Cdad. de México: Ediciones Botas.
- (1935). *De Robinson a Odiseo. Pedagogía estructurada*. Cdad. de México: H. C. de Senadores.
- (1949). La filosofía como vocación y servicio. En VV. AA. *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- (1950). *La sonata mágica*. Cdad. de México: Espasa Calpe.
- (1979). *Ulises criollo*. Cdad. de México: Promexa Editores.
- (1986). *La raza cósmica*. Cdad. de México: Espasa Calpe.
- (2014). *Bolivarismo y monroísmo*. R. de Escalada, Arg.: Edunla.

Los pensionados estudiantiles mexicanos en América del Sur

El caso de Chile y Uruguay 1917-1920

David Antonio Pulido García*

I

El 17 de enero de 1922, Daniel Cosío Villegas (1922), por aquel entonces presidente de la Federación de Estudiantes de México (FEM), dirigió una carta al presidente de la República, general Álvaro Obregón, solicitándole fuera creado «en el escalafón diplomático un puesto de *attaché* universitario», dicha solicitud fue sustentada en los siguientes términos:

La Federación de Estudiantes de México, envió hace cuatro años a algunos de sus miembros a diversos países de Sud América, como representantes de ella y con el propósito de que llevarán a efecto una labor de propaganda de las condiciones en que se encontraba nuestra Patria, sus problemas y aspiraciones, obrando dentro de un campo mucho más amplio y eficaz y prohibido para el diplomático (Cosío Villegas, 1922).

Como bien anota Cosío Villegas, entre finales de 1918 y principios de 1919, partieron hacia Argentina, Brasil, Chile, Colombia y Uruguay, los estudiantes Luis Padilla, Pablo Campos, Luis Norma, Carlos Pellicer y Esteban Manzanera, respectivamente, como corolario de una intensa labor de acercamiento y respaldo de la Federación con respecto a las iniciativas de unidad latinoamericana, implementadas por el Gobierno de Venustiano Carranza (Pulido García, 2017a).

No obstante, uno de los argumentos más interesantes que Cosío Villegas usó para sustentar esta nueva solicitud, es el que resaltaba que «la labor de propaganda» adelantada por dichos delegados estudiantiles, fue realizada desde un campo «mucho más amplio y eficaz» pero, ante todo, «prohibido para el diplomático». Afirmación que lejos de ser exagerada o simplemente retórica, obliga a preguntarse sobre la naturaleza de ese «campo de acción» y el por qué para Cosío Villegas, y por extensión para la juvenil organización que presidía, su representación en él resultaba tan importante en el desarrollo de las relaciones diplomáticas con las naciones del sur del continente.

* Historiador. Maestro en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Así las cosas, interrogar al contexto internacional en el cual se enmarcó el nombramiento de estudiantes como escribientes en las legaciones constitucionalistas —para así determinar cuál era el campo de acción que les era permitido y por lo tanto su interacción con este— resulta de vital importancia, en la medida en que se asumirá que la reconstrucción de la agenda político-intelectual —y aun personal— de los estudiantes enviados a América del Sur, carece por si sola de todo valor histórico. Huelga aclarar que tampoco se asumirá el contexto internacional como un acápite aparte y sólido, que flota pesadamente sobre los personajes que se van a estudiar. Por el contrario, la relación entre este y el otro se entenderá en adelante de manera dinámica, en la que el personaje por momentos se perderá para luego reaparecer más inteligible, incluso, en el que las acciones del mismo personaje explicarán su contexto.

Si bien las relaciones, entendimientos y buenos oficios diplomáticos entre Venustiano Carranza y algunos países de América del Sur pueden rastrearse desde mediados de 1914, en el momento en que algunas de ellas habían mostrado ya su preocupación por las tensas relaciones entre México y Estados Unidos —a propósito de la ocupación de Veracruz por parte de este último y también cuando un año después, por iniciativa del Departamento de Estado de Washington, Argentina, Brasil, Chile, Bolivia, Uruguay y Guatemala firmaron una invitación colectiva a todas las facciones rebeldes de México para entablar un diálogo con vistas a la superación del conflicto interno mexicano (Luquín, 1957)— es sólo hasta finales de 1915 que en la ciudad de Matamoros, el primer jefe expresó por primera vez su pensamiento con respecto a América Latina, en clara referencia al conflicto europeo (Pulido García, 2017b). La intervención en su parte más elocuente decía así:

Ya es tiempo que la América Latina sepa que nosotros hemos ganado con la lucha interior el restablecimiento de la justicia y del derecho, y que esta lucha servirá de ejemplo para que esos pueblos formen sus soberanías, sus instituciones y la libertad de sus ciudadanos. La lucha nuestra será comienzo de una lucha universal que de paso a una era de justicia, en que se establezca el principio del respeto que los pueblos grandes deben tener por los pueblos débiles (Córdova, 1973, p. 497).

En términos generales, Carranza dejaba aquí esbozado el principio de no intervención como el rector de su política con respecto a la Gran Guerra, pero también como la línea directriz de las iniciativas de acercamiento con las naciones de América Latina, asumiéndose —de paso— como su ejemplo y líder.

Este discurso pronunciado en la ciudad de Matamoros representa —junto con los pronunciados en San Luís Potosí en diciembre de 1915 y en Celaya en enero de 1916— los

primeros bosquejos de la doctrina internacional del constitucionalismo para Latinoamérica. A esta tímida declaración de propósitos le siguieron varias intervenciones del primer jefe, que a su vez fueron secundadas por un interesante movimiento de intelectuales — interesados en llenar de contenidos y publicitar el ideal latinoamericanista del constitucionalismo— dentro de los que se destacaron Hermila Galindo, Isidro Fabella, Antonio Manero y Luis Cabrera entre otros, muchos de los cuales se reunieron en torno al periódico *El Pueblo*.

Sin embargo, la emergencia de un nuevo discurso de tinte latinoamericanista no podía dejar de prestar atención a otros de igual índole, que le antecedieron tanto en México como en el resto del continente. De allí que su principal y más cercano interlocutor temporal fuera en su momento el arielismo. El término arielismo ha sido empleado tanto para resumir el mensaje de Ariel —obra cumbre del uruguayo José Enrique Rodó— como para referirse a cierta orientación del espíritu de esos años: «una actitud, denominada también idealista, de descontento frente a la unilateralidad científicista y utilitaria de la civilización moderna, la reivindicación de la identidad latina de la cultura de las sociedades hispanoamericanas, frente a la América anglosajona» (Altamirano, 2008, p. 10). Idealismo hartado extendido por el continente y que como es de conocimiento general, y bastamente reiterativo, situaba a la juventud como la encarnación de las más caras virtudes de la raza hispanoamericana, y la llamada a abanderar una futura comunión político-espiritual de todas las naciones que la componían.

Es por esta razón que en adelante se sostendrá que, para efectos del discurso latinoamericanista del constitucionalismo, la interlocución con el arielismo no fue sólo obligatoria e ineludible, sino también beneficiosa políticamente en la medida en que acercaba y ataba a sus propósitos a un sector de la población y que hasta entonces había mantenido relaciones difíciles con los Gobiernos revolucionarios, este sector era la juventud, pero específicamente la juventud universitaria.

Ahora bien, todo lo anteriormente expuesto también explica la presencia de estudiantes en las legaciones diplomáticas de México en América del Sur y la constante petitoria de que estuviesen en todas las demás del continente. Si bien existían otros tipos de iniciativas y discursos de corte latinoamericanista, como el arielismo y algunas de ellas contemporáneas como el reformismo universitario del Cono Sur, ninguna de ellas tenía índole de iniciativa —ni quizás hasta de política— de Estado de implementación real, con todo lo que ello implica en términos de presupuesto, logística y respaldo institucional y político.

Por esta razón era apenas coherente que en la reestructuración que sufrió todo el cuerpo diplomático por órdenes de Carranza en 1914, ya se contemplara el envío de estudian-

tes a Latinoamérica, como efectivamente se materializó en octubre de 1918.

En síntesis, el campo de acción otorgado a los estudiantes universitarios en las legaciones diplomáticas en América del Sur, obedeció a una consecuencia política inevitable, propiciada por la intención manifiesta del Gobierno de Venustiano Carranza, de implementar una iniciativa (catalogarla como «iniciativa política» o simplemente como «iniciativa», dependerá de los avances en la investigación) de unidad latinoamericana en tiempos de la Gran Guerra. Intención que —lejos de ser coyuntural e incluso oportunista— tenía un carácter programático y teórico en el que coadyuvaron distinguidos intelectuales mexicanos.

Sumado a las condiciones internas hasta aquí anotadas, el campo otorgado a los estudiantes dentro de la iniciativa (política) constitucionalista, se legitimaba fuera de las fronteras mexicanas gracias a la presencia de una vigorosa movilización estudiantil en países como Argentina, Chile y Uruguay, que les permitía a los estudiantes mexicanos tener pares-interlocutores en los países a los cuales fueron delegados, que tampoco faltaron allí donde la movilización era ínfima como en el caso colombiano o francamente variopinta y difícil de centralizar como lo fue en Brasil.

Lo anterior cierra, aunque en términos generales y no específicos, el asunto de la naturaleza del campo de acción de los estudiantes en América del Sur, al que se refería Cosío Villegas en la carta citada al inicio de estas páginas. Ahora prosigue bosquejar una respuesta a la pregunta de por qué dicho campo se consideraba «mucho más amplio y eficaz» pero, ante todo, por qué estaba «prohibido para el diplomático».

En este punto, comprender la naturaleza de la actitud diplomática de México durante la Primera Guerra Mundial y la forma en que sobrellevó las tensas relaciones que sostuvo con Estados Unidos, es fundamental.

II

Allende su particular grandilocuencia, Hermila Galindo, una de las principales ideólogas del latinoamericanismo constitucionalista, atinaba a resaltar en su libro *La doctrina Carranza y el acercamiento indolatino*, cómo Estados Unidos había visto desde siempre con prevención el efectivo intercambio internacional entre los pueblos latinos del continente (Galindo, 1919).

No obstante, las múltiples contingencias producidas por la Gran Guerra que colocó nuevas prioridades en la agenda política estadounidense, pero en especial el descontento

generalizado por las continuas intervenciones militares de Estados Unidos en la región a principios del siglo XX, propiciaron las condiciones necesarias para que discursos antiimperialistas surgieran y tomaran singular fuerza a lo largo y ancho del continente. Condiciones que fueron capitalizadas por el Gobierno de Venustiano Carranza —a través de la reconfiguración de sus relaciones diplomáticas con América Latina— esgrimiendo, como ya se mencionó, el principio de no intervención como el principal rector de estas.

Así pues, el cuerpo diplomático mexicano, reestructurado por orden de Carranza en 1914, buscó en primer lugar contrastar con la política militarista estadounidense para con América Latina, pero también, debido a las incertidumbres de la Gran Guerra —que cada vez más demandaba de las naciones neutrales la elección de un bando— centrar en esta región, alejada del conflicto, sus principales esfuerzos de acercamiento diplomático y comunión política. De tal suerte que en el servicio diplomático mexicano empezaron a brillar nombres de destacados poetas e intelectuales, a varios de los cuales, incluso, se les perdonaron sus antiguos afectos políticos en aras de robustecer con sus nombres la nueva dirección de la política internacional mexicana; fue el caso de José Juan Tablada, reconocido huertista y de Amado Nervo, quién había sido diplomático al servicio del Gobierno de Porfirio Díaz.

Fue tal el éxito de esta medida, que incluso cuando se estaba discutiendo la idoneidad del diplomático que debía reemplazar al fallecido Amado Nervo en su cargo diplomático en Argentina, Félix Palavicini, se pronunció en los siguientes términos:

Por lo demás, nosotros sinceramente deseamos que se cubran estos cargos con poetas en vez de generales. Los generales, fuera de los campos de batalla, y aun en los mismo campos, tienen serios inconvenientes. Pero nos gustaría que fuesen poetas nuevos, y hasta algo modernistas, que tuviesen facilidades para aprender y transmitir. Quien dice poetas nuevos dice poetas jóvenes, esto es, inteligencias abiertas y espontáneas, siempre dispuestas a entusiasmarse con las sorpresas de la vida (Palavicini, 1919, p. 3).

En estos términos, Palavicini deja en evidencia —además de lo anteriormente señalado— la importancia de tener representantes diplomáticos jóvenes, con la capacidad de asimilar y contribuir a las naciones en las que han sido comisionados, es decir, hombres que más allá de estar enterados del devenir de su tiempo, pudieran intervenir en él, participar activamente e incluso influir en su destino.

Lastimosamente, teniendo en cuenta el complicado entramado de la política internacional en la cual se encontraba el Gobierno constitucionalista, las pretensiones de Palavicini resultaban algo intrépidas o por el momento imposibles de satisfacer en un solo funcionario. Pero de ningún modo representaban una imposibilidad en términos de la misión diplomática en su conjunto.

El mejor ejemplo de ello —aunque casi todas las legaciones en América del Sur lo cumplían en términos generales— fue la legación mexicana que arribó a Colombia en diciembre de 1918, compuesta por un reconocido político constitucionalista: Gerzayn Ugarte, dos afamados poetas: Eduardo Colín y José Juan Tablada y un joven estudiante: Carlos Pellicer.

De esta manera, el trabajo tanto de representación como de participación, e incluso de influencia, quedaba repartido entre los miembros de la delegación; a aquel que fungía como ministro plenipotenciario, le correspondía la representación oficial, discreta y —por decirlo de algún modo— *políticamente correcta*, en tiempos de tensiones diplomáticas con Estados Unidos y con la Gran Guerra de fondo mientras que, al resto de los integrantes, ya fuesen poetas o estudiantes, les correspondía hacer labor de propaganda en favor de México y, como se ha dicho antes, en favor de un nuevo discurso de tinte latinoamericanista, lo cual redundaba inevitablemente en una clara y distendida participación política, «un campo» diría Cosío Villegas en su carta: «mucho más amplio y eficaz y prohibido para el diplomático» (Cosío Villegas, 1922).

Por ello, no es sorprendente que en la misma carta fechada en 1922, Cosío Villegas, invoque al pasado e interpele a Álvaro Obregón en los siguientes términos:

La constante comunicación en que se han mantenido las Federaciones estudiantiles del sur del Continente y la Federación mexicana, así como diversos movimientos de opinión habidos en Colombia y Chile en momentos en los cuales las relaciones internacionales de nuestro país eran difíciles, demuestran la eficacia de crear en el escalafón diplomático un puesto de *attaché* universitario cuyo sostenimiento cuesta muy poco al Gobierno y, en cambio, trae como consecuencia un beneficio nacional (Cosío Villegas, 1922).

III

Una vez hechas las anteriores puntualizaciones, se dará paso a la exposición de los avances empíricos de investigación que se viene desarrollando, estos son producto de la

consulta, organización y sistematización de todas las noticias y editoriales que aparecieron en los diarios mexicanos: *Monitor Republicano*, *El Pueblo*, *El Demócrata*, *El Universal* y *Excelsior*, referentes a América Latina y su organización estudiantil entre octubre de 1918 y junio de 1920, y de la documentación correspondiente a las legaciones mexicanas en Chile y Uruguay. El sesgo temporal obedece, en primer lugar, a que todos los nombramientos de los estudiantes como escribientes se firmaron entre el 1 y 5 de octubre de 1918, y fueron efectivos hasta justo después de la muerte de Venustiano Carranza acaecida el 21 de mayo de 1920 y, en segundo lugar, a la necesidad de identificar los temas de correspondencia que estaban en la agenda mexicana y latinoamericana, para así establecer los canales concretos de comunicación y los temas específicos sobre los cuales pudieron haber participado —directa o indirectamente— los estudiantes enviados al Sur del continente. Esta propuesta metodológica ha sido ya probada y sus resultados pueden consultarse en Pulido García (2016). Si bien la sistematización de la prensa hecha a lo largo del semestre abordó los cuatro países que se desean estudiar, el análisis presentado a continuación sólo hará referencia a lo encontrado para Chile y Uruguay, atendiendo a que la carrera pública de los dos pensionados estudiantiles mexicanos que allí sirvieron como escribientes de la legación, Luis Norma y Esteban Manzanera, respectivamente, fue la de menos brillo y en la que se oscurece por momentos su valor historiográfico.

Cuando Esteban Manzanera del Campo fue nombrado por el Congreso Local Estudiantil del Distrito Federal (CLEDF) como uno de los estudiantes que habría de representarlo en el cuerpo diplomático mexicano en América del Sur —luego como escribiente de la legación de México en Uruguay— contaba con veintidós años de edad. Oriundo de Durango pertenecía, según se puede constatar a través de los diarios, a una «honorabilísima familia de esta ciudad [...] entre cuyos miembros se cuentan dos médicos eminentes» («Merecida distinción a un duranguense», 1920, p. 1). Era el décimo de once hermanos de la familia presidida por su padre, José Ignacio Zacarías Manzanera Quiñones y su madre Bernardina Campo Murillo, lo que da una idea acerca de las condiciones económicas de la familia Manzanera Campo (se ignora en qué momento la familia Manzanera Campo añadió la partícula «del» a sus apellidos). Aunque no era raro encontrar familias tan numerosas en el México revolucionario, pocas podían jactarse en 1918 de contar entre sus integrantes a dos médicos y un aspirante a abogado, este último, prematuramente enviado a la Ciudad de México, una vez terminados sus estudios primarios en el Instituto Juárez de Durango (para 1937, Manzanera del Campo figura como rector de dicho instituto, siendo el artífice de que el Instituto Juárez fuese el primero en toda la República que se incorporaba a la Universidad Nacional Autónoma de México).

Por su parte, Luis Reynaldo Norma Monroy, originario de Tulancingo, estado de Hidalgo, contaba con veintitrés años de edad cuando fue comisionado para el mismo pro-

pósito por el CLEDF («Los estudiantes mexicanos que irán a América del Sur», 13 de septiembre de 1918), al tiempo que la Secretaría de Relaciones Exteriores lo designaba como escribiente en la legación mexicana en Chile. Norma Monroy, había llegado junto con su familia a la Ciudad de México desde muy temprana edad, tanto es así que cursó todos sus estudios primarios en la escuela primaria de práctica, anexa a la normal de profesores del distrito federal. Era el tercero de cinco hermanos del matrimonio entre Laura Monroy Garza y Rafael Norma Camarena de quien heredaría, no sólo su apellido, sino también su profesión, ya que se recibió de médico en la Universidad Nacional de México el 14 de octubre de 1918, siendo así el único profesional titulado que integró el grupo de cinco representantes estudiantiles que — como parte de las legaciones diplomáticas mexicanas — viajó a América del Sur.

Un mes después de su nombramiento como escribiente, Manzanera del Campo embarcó rumbo a Estados Unidos y, casi inmediatamente, se dirigió a París donde pasó una temporada junto a Alberto José Pani, por aquel entonces titular de la Embajada de México en Francia, y quien años después se convertiría en ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Álvaro Obregón. Desde París, Manzanera se dolía de no haber podido continuar el viaje con sus dos compañeros Luis Norma y Carlos Pellicier, con los que seguramente habría coincidido brevemente en Estados Unidos: «he aquí que aún estoy camino para Sud América. Próximamente iré a España. Cómo siento que no hayan venido Norma y usted a Europa, pues tienen un encanto diferente que New York estas ciudades» (Manzanera, 1919).

Como bien advierte, de París se dirigió a España donde, luego de viajar por algunas ciudades en su camino a Madrid, fue gratamente acogido por las directivas de la Universidad Central y reconocido como socio honorario por la Asociación de Estudiantes de Ciencias, quienes solemnizaron el nombramiento en un acto en el que los discursos allí cruzados, de parte y parte, estuvieron enmarcados en el ya concebido hispanoamericanismo del que muchos jóvenes estudiantes mexicanos habían abrevado en las páginas de *Ariel*.

De tal forma que en el acto hicieron su aparición las referencias al «amor filial que la juventud escolar americana guarda para la vieja madre patria», de la mano del interés por «las últimas turbaciones de la política mejicana» y, como era de esperarse, de un sin número de «palabras de predilección para Méjico, el país donde la civilización española siente la presión imperialista de los anglosajones» («Confraternidad hispanoamericana...», 1919, p. 1). Dichas referencias estarían llamadas a hacer carrera entre los jóvenes de ambos lados del Atlántico a lo largo de todo el año de 1919, bajo la atenta mirada y el entusiasmo de importantes intelectuales como el español Rafael Altamira y el argentino Manuel Ugarte, quienes, un año más tarde, respaldarían energicamente la convocatoria al Congreso de

Juventudes Hispanoamericanas a reunirse en Madrid, más específicamente en la Universidad Central en la primavera de 1920 (Altamira, 1920a y 1920b).

Se ignora hasta ahora el itinerario de Manzanera después de haber salido de Madrid. De él solamente se vuelve a tener noticias a través de un telegrama fechado el 18 de mayo de 1919 en el que, además de dar cuenta de su arribo a la capital argentina, se solicita autorización para el cobro de los sueldos adeudados y se piden instrucciones a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México para saber en calidad de qué cargo debía presentarse ante el Gobierno uruguayo. Todo esto pocos días antes de que una trágica noticia hiciera fijar la mirada de todos los intelectuales latinoamericanos en Uruguay: repentinamente, Amado Nervo, el gran poeta mexicano, había muerto en Montevideo.

Menos glamuroso y mucho más atropellado fue el arribo de Luis Norma a Santiago de Chile, no obstante haber sido uno de los más interesados en ocupar rápidamente su puesto de escribiente en el país sudamericano. Había salido de México el 21 de octubre de 1918 y llegado a la capital chilena el 22 de enero de 1919. Una situación económica angustiante lo obligó a dejar su equipaje completo en Valparaíso por falta de dinero que le permitiera llevarlo consigo a Santiago; situación económica que habría de ser la constante durante toda su estancia y que sería causa de repetidas comunicaciones de auxilio a la Secretaría de Relaciones Exteriores mexicana, tanto de él como de sus otros compañeros. En este sentido, Carlos Pellicer, se dolía de la suerte de su amigo: «Yo no sé que van a hacer Norma y los otros en lugares tan caros, como, Chile, Brasil, Uruguay y Argentina, llevando mi mismo sueldo y siendo Colombia lo menos caro de Sudamérica» (Pellicer Cámara, 1998, p. 61).

Ahora bien, independientemente de las urgencias económicas de Norma, la necesidad de que ocupase lo más pronto posible su cargo en la legación mexicana en Chile, obedecía sin duda al incremento de las relaciones diplomáticas entre Chile y México desde finales de 1918, gracias a la intensa labor diplomática adelantada por Alberto Yoacham, quien arribó a México en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en México.

La presencia de Yoacham en la Ciudad de México, se correspondía al nombramiento del coronel Fernando Cuén como su homólogo mexicano en Santiago de Chile, lo que significó llevar las relaciones diplomáticas entre los dos países a otro nivel, ya que de ambos lados sólo existía, hasta ese entonces, la representación diplomática en cabeza de los encargados de negocios, quienes, un poco alejados de las funciones diplomáticas en regla, visitaban el país de manera itinerante, interesados la mayor de las veces más en el intercambio comercial que en las vicisitudes de la política local o las sutilezas políticas a las que

obligaba el oficio diplomático. No obstante, los juiciosos informes políticos de Manuel García Jurado —quien fungía como encargado de negocios *ad interim* antes del nombramiento de Fernando Cuén— son de trascendental importancia para comprender el juego político chileno y su relación con la política mexicana. Un tema bastante sugerente que habrá de rastrearse directamente en la prensa chilena es el que García Jurado expone de la siguiente manera: «Caso enojoso para esta legación ha sido la entrevista de la cantante mexicana Fanny Anitua con el *reporter* mexicano Adolfo Mujica, publicada a principios del mes en el diario de esta capital *La Nación*. Oportunamente por telégrafo di cuenta a esa superioridad de este penoso incidente, y he esperado sus instrucciones para rectificar lo aseverado por dicha artista; esto es, que los señores Fabela y Manero llevaban de Buenos Aires documentos alemanes para Europa y que ella los recogió de Manero a fin de salvarlos del conflicto, pero que los echó al mar como italiana y aliada que es a causa de su matrimonio con un súbdito italiano. Envié también recortes de dicha entrevista para que el Gobierno la conociera exactamente. El *reporter* Mujica aprovechó esta nueva ocasión para poner de realce su odio africano a los señores Fabela y Manero y su falta de patriotismo que ha llegado a la traición, haciendo comentarios depresivos, comprometedores y difamatorios para México, su Gobierno y su representación diplomática» (SRE, 1918a, f. 163).

Lo anterior es importante porque a partir de la intensa labor pública de Alberto Yoacham en la prensa y en los círculos políticos mexicanos, sumado a los informes que desde Chile hacía llegar la representación mexicana en ese país, muchos intelectuales, estudiantes y políticos, empezaron a tener contacto con una problemática particularmente sudamericana, pero de implicaciones continentales teniendo en cuenta el contexto de la Gran Guerra y que México no podía ignorar en coherencia con su nueva iniciativa diplomática de unidad latinoamericana y liderazgo regional.

Así pues, a los pocos días de haber llegado a la capital mexicana y en medio de declaraciones que resaltaban las «sinceras y grandes simpatías por México» («Chile abriga sinceras...», 1918, p. 1) que abrigaba el Gobierno chileno, Alberto Yoacham, se halló ante la opinión pública mexicana intentando explicar la razón de los más recientes desencuentros entre su país y la República del Perú. Estos habían sido dados a conocer a partir de la publicación del intercambio de notas diplomáticas entre los dos Gobiernos, en donde el ministro de Relaciones Exteriores del Perú protestaba vehementemente «por el atentado sin precedente de que ha sido víctima el cónsul del Perú en Iquique, expulsado por las turbas al amparo de las autoridades políticas y marítimas de ese puerto» («Incidente entre...», 1918, p. 1), mientras que la Cancillería chilena desmentía la participación de dichas autoridades en los hechos, culpando de ellos a «elementos extraños desconocidos y recién llegados que, seguramente, pretenden reanudar en América una aventura de la que

han salido mal librados en el Viejo Continente» («Una carta del delegado...», 1918, p. 3).

Estas declaraciones, como bien señalan la mayoría de investigadores del histórico conflicto entre Perú y Chile —aun sus mismos observadores *in situ*— deben ser analizadas en el marco de «las incidencias que trajo la celebración de la paz [europea], y las que de modo singular el mismo hecho, trajo con el Perú, relativas al tratado de Ancón» (SRE, 1918b, f. 164).

Por aquel entonces era de conocimiento general que el irrestricto apoyo que el Perú había mostrado para con la causa aliada, desde que Estados Unidos decidió inmiscuirse en el conflicto armado, había tenido como último propósito que, una vez firmada la paz en detrimento de las potencias centrales, el Gobierno estadounidense, en un gesto de agradecimiento para con su aliado sudamericano, presionara al Gobierno chileno para que este le devolviera al Perú los territorios de Tacna y Arica o, en el peor de los casos, cumpliera con el punto tres del tratado de Ancón, firmado en 1883, el cual estipulaba que, luego de diez años de dominio chileno sobre estos territorios, la pertenencia de ellos tenía que decidirse a través de un plebiscito. Un plebiscito que debía de haberse celebrado a más tardar en 1894.

De esta manera el final de la guerra europea se entretrejía con los vericuetos de la política internacional sudamericana. Mientras que el Gobierno peruano invocaba cada vez con más vehemencia la intervención aliada en pro de sus intereses, Alberto Yoacham, ministro de Chile en México, no paraba de entregar declaraciones a la prensa mexicana en aras de calmar la expectación por una supuesta movilización de tropas chilenas a la frontera; al mismo tiempo, los cables informaban sobre la presencia de tres cruceros estadounidenses en puertos del Perú, relacionados con «el ofrecimiento “oficioso” que ha hecho Estados Unidos de prestar su “ayuda amistosa” a este país para la solución de las dificultades que tiene pendientes con Chile» («Estados Unidos envía...», 1918, p. 1).

Sin embargo, más allá del interés que el estallido de una confrontación armada podía causar en las páginas de la prensa mexicana, lo más interesante es que en la opinión pública se empezó a perfilar una lectura del conflicto sudamericano en clave de la Gran Guerra. De allí que en más de una ocasión varios diplomáticos del sur del continente presentes en México, tuvieran que salir a desmentir informaciones sobre supuestas alianzas entre distintos países de la región, en vista de un posible conflicto. Al respecto, se pronunciaba en los siguientes términos Manuel Malbrán, ministro de Argentina en México:

Los telegramas publicados por la prensa de hoy, sobre una supuesta alianza entre varias naciones de Sud-América, son en mi opinión, hijas del afán de sensacionalismo de algunas agencias poco escrupulosas en el envío de sus notas. Todos los países vecinos de Perú y Chile, estoy seguro de que limitarán su actuación a procurar un acercamiento amistoso, y de ninguna manera a acrecentar las dificultades actuales («No se da crédito...», 1918, p. 1).

Lecturas que se afincaron más en la opinión pública al tenerse noticias de la intención del Gobierno constitucionalista —junto con el argentino— de intervenir diplomáticamente en el asunto como garantes de algún tipo de acercamiento entre los países en pugna, adelantándose un poco al llamamiento que en el mismo sentido Estados Unidos haría a varios países de la región, entre ellos Uruguay («Mediación de México...», 1918, p. 5).

Así, las lecturas en este sentido siguieron reafirmando en el imaginario de la opinión pública mexicana, quizá como una suerte de estrategia de comprensión, pero que tuvo su dislate más evidente a mediados de 1919, cuando incluso se llegó a identificar a Chile como «La Alemania de Sud América» («La Alemania de...», 1919, p. 5).

Por fortuna en medio de este maremágnum de referencias, inferencias y suposiciones que cruzaban las noticias provenientes desde el sur del continente en postrimerías de la Gran Guerra, el sector estudiantil veía con cierta claridad lo que estaba en juego para la región, una vez se declarase la paz definitiva en Europa. Y lo hacía de esta manera porque mantenía comunicación directa con sus homólogos chilenos desde finales de 1917, cuando dos estudiantes mexicanos —Adolfo Desentis y Enrique Soto Peimbert— visitaron Chile con motivo de la fiesta de la primavera organizada por la Federación de Estudiantes de ese país (SRE, 1918c, ff. 1-27).

Es por ello que se puede entender el hecho de que a finales de noviembre de 1918, la FEM recibiera un extenso cablegrama proveniente de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) en el que exhortaban a los estudiantes mexicanos a «llevar a cabo una campaña que traiga por consecuencia la solidaridad entre los países de origen hispano de este continente», argumentando que en «el preciso momento histórico actual, cuando en la vieja Europa se han suspendido temporalmente las hostilidades», Latinoamérica estaba llamada a «mantener el equilibrio internacional a toda costa», puesto que según ellos «las generaciones jóvenes, el gran número de estudiantes que hay en todos esos países», eran los llamados a procurar el «bienestar social y político internacional de esos pueblos», que «solo puede conseguirse por medio del fenómeno de los vínculos de la raza, el idioma y las tradiciones», razón por la cual eran «los estudiantes [...] los mejores propagandistas de la

solidaridad entre los pueblos latinos de la América» («Movimiento de unión...», 1918, p. 1).

En un primer momento, este llamado de los estudiantes chilenos a los mexicanos, puede parecer hasta cierto punto poco original, teniendo en cuenta la cantidad de comunicaciones que con el mismo espíritu se cruzaban los intelectuales latinoamericanos de la época, no sólo los del gremio estudiantil. No obstante, adquiere singular relevancia —como ya se mencionó— si se repara tanto en el emisor, como en el contexto en que se produce el comunicado y la intencionalidad que lleva implícita.

Para finales de 1918, la dirigencia de la FECH estaba conformada en su mayoría por estudiantes de izquierda; entre ellos, se destacaba su presidente, Santiago Labarca, quien fiel a sus principios antibelicistas intentó sortear los inconvenientes que se sucedieron entre la organización que él representaba y su homóloga peruana y que se remitían, no por mucho, a hechos ocurridos antes y a los que ya se ha referido (Moraga Valle, 2007). En dichas ocasiones, que también atañían a la cuestión política de Tacna y Arica, Labarca había solicitado a la Federación peruana la concordia estudiantil por sobre las pasiones nacionalistas y la intervención de diferentes organizaciones estudiantiles como garantes del dialogo binacional («Acuerdo de...», 1918, p. 10). Para esto último había recurrido a todas las organizaciones de estudiantes de América del Sur representadas por la Oficina Internacional de Montevideo y por cuenta propia a la FEM, que había expresado su beneplácito con respecto a la postura pacifista de la Federación chilena. El telegrama de respuesta de la FEM, firmado por su presidente Miguel Palacios Macedo, fue incluido en la noticia anteriormente citada, extraída del periódico *Excelsior* («Movimiento de unión...», 1918, p. 1). Pero más allá de eso, resaltaba en la posición de la FECH una determinación legalista que no pocas veces le granjeó las antipatías de los sectores más nacionalistas de la sociedad chilena, aun dentro del mismo gremio estudiantil:

... manifiesta a sus colegas del Perú la Federación de Estudiantes de Chile que los jóvenes no pueden inmiscuirse en solucionar los problemas internacionales, que su acción es simplemente popular y democrática y que en ningún momento los estudiantes chilenos transigirían en otro arreglo de la cuestión de Tacna y Arica que no fuera el estricto cumplimiento del tratado de Ancón (Rengifo, 1918, p. 13).

De esta manera, la posición de la Federación chilena hasta aquí expuesta, clarifica la intencionalidad de la nota dirigida a la FEM, y le da un sentido más allá de la retórica, a frases como «mantener el equilibrio internacional a toda costa», a la vez que arroja luz sobre cómo —para la dirigencia de las federaciones estudiantiles chilena y mexicana— la unidad latinoamericana, en tiempos donde en «la vieja Europa se han suspendido temporalmente las

hostilidades» debía realizarse «por medio del fenómeno de los vínculos de la raza, el idioma y las tradiciones» y no bajo la batuta de intereses políticos nacionales, que sólo tendrían la virtud de dividir la región en bandos, muy en el correlato de la Gran Guerra, e imposibilitarían así la implementación de acuerdos internacionales como el de Ancón.

Asímismo, para el caso concreto de esta investigación, la exposición anteriormente hecha ayuda a comprender la importancia que tenía para el Gobierno constitucionista el desarrollo del conflicto entre Chile y Perú, en el marco de su iniciativa de unidad latinoamericana, pero más allá de eso como para la FEM, era de suma importancia que uno de sus representantes pudiera tener conocimiento de primera mano —y continuado— sobre el desarrollo del movimiento estudiantil chileno, y el influyente papel que desempeñaba en la política de su país.

IV

Si hasta cierto punto la llegada del mexicano Luis Norma a Chile era esperada, debido a la fluida comunicación que sostenían las federaciones estudiantiles de ambos países, no así la de Esteban Manzanera del Campo a Uruguay. No porque los estudiantes uruguayos no supieran de su arribo, sino porque lo antecedió un emisario de mucho más prestigio y que se llevó todas las atenciones del público a su llegada. El envío de Manzanera del Campo a Uruguay fue incluso notificado por el encargado de negocios de Uruguay en México, Pedro Erasmo Callorda, al por entonces ministro de Relaciones Exteriores Baltasar Brum, en un oficio fechado el 28 de diciembre de 1917.

Designado directamente por Venustiano Carranza para ocupar el cargo de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en Argentina, Paraguay y Uruguay (SRE, 1905, f. 87), Amado Nervo había partido de la Ciudad de México el 6 de noviembre de 1918, en compañía de su esposa y su sobrino, Luis Padilla Nervo, quien a su vez había sido nombrado escribiente en la legación de México en Argentina.

Gracias al renombre que había ganado internacionalmente como una de las figuras más importantes de la literatura latinoamericana, equiparado incluso con el fallecido Rubén Darío, la noticia de su designación corrió como pólvora entre la intelectualidad sudamericana. Su llegada a Montevideo fue reseñada prolijamente por los principales diarios del país y por enviados especiales de algunos periódicos argentinos, mientras sociedades culturales de diferente índole se aprestaron a agasajarlo en fastuosas veladas. Pero de entre todos los sectores de la sociedad uruguaya, los que más júbilo mostraron con la presencia de Nervo en Uruguay, fueron los estudiantes quienes, para aquel año de 1918, se encontraban políticamente renovados y de plácemes con el Gobierno central, debido a la emer-

gencia de una nueva dirigencia estudiantil y a la elección de Baltasar Brum, un antiguo líder estudiantil entre 1907 y 1908, como presidente de la República.

Este hecho es de singular importancia para comprender por qué la FEM insistió en que la Secretaría de Relaciones le autorizara tener un representante estudiantil exclusivo de México en Uruguay, con lo cual, la legación presidida por Amado Nervo era la única que contaba con dos estudiantes en calidad de escribientes: Manzanera del Campo en Montevideo y Luis Padilla Nervo en Buenos Aires. Es bien sabido que las legaciones mexicanas en América del Sur estaban concebidas para que una sola de ellas se encargase de las relaciones diplomáticas con más de una nación. Así por ejemplo, la legación residente en Colombia trataba los asuntos diplomáticos con Venezuela y Ecuador mientras que, en el caso de la presidida por Amado Nervo, tendría que encargarse de los asuntos diplomáticos con Argentina, Uruguay y Paraguay o la residente en Chile, que trataba además los asuntos diplomáticos con Perú.

Como ya se dijo, Baltasar Brum había militado en el movimiento estudiantil uruguayo en tiempos del Primer Congreso Internacional de Estudiantes (OAE, 1908). En 1913 fue nombrado, por el entonces presidente José Batlle y Ordóñez, como ministro de Instrucción Pública, cargo en el que llevó a cabo importantes reformas universitarias, asistido por el también líder estudiantil Héctor Miranda. Su cercanía con la causa estudiantil le valió un importante reconocimiento y respeto entre los universitarios uruguayos, y se hizo extensivo al completo de la sociedad uruguaya cuando, en el Gobierno de Feliciano Viera, ocupó la cartera de Relaciones Exteriores siendo el encargado de conducir la diplomacia uruguaya en pleno desenlace de la Gran Guerra (Aken, 1990).

Por estas razones es que una vez que Brum fue elegido presidente, las voces de salutación se hicieron sentir, no solamente desde su propio país, sino también de los países vecinos, las cuales fueron reseñadas como «el reconocimiento de lo mucho que ha hecho el futuro mandatario, Brum, para dar intensidad y relieve a la vida internacional de nuestro país» y como el «resultado clarividente de la política exterior del excanciller» («Trasmisión del...», 1919, p. 1). Voces a las que no dejaron de unirse los universitarios mexicanos, harto pendientes de la carrera política de Brum, con quien se sentían identificados, no sólo por su carrera como líder estudiantil y por su cercanía con Héctor Miranda —personaje que como se verá más adelante fue un importante referente ideológico para la dirigencia de la FEM— sino también por el fuerte apoyo que la Federación de Estudiantes Uruguayos (FEU) le demostraba en sus actos públicos. De allí que unos meses después de su posesión el mismo Blum, en carta fechada en Montevideo el 26 de junio de 1919, hiciera llegar a las directivas de la FEM, el siguiente mensaje:

Tengo el agrado de acusar recibo de la nota que me envía la Federación de Estudiantes de México, con motivo de mi elevación a la Presidencia del Uruguay.

Me ha conmovido hondamente este mensaje amistoso de la juventud universitaria mexicana, que es por su ilustración, por la generosidad de sus ideas, por la firmeza de sus convicciones y por la forma admirable en que se ha organizado para la acción, una de las grandes fuerzas con que cuenta el americanismo, para la realización de sus altos destinos. B. Brum («El Pdente. del Uruguay...», 1919, p. 9).

Así pues, mientras la juventud uruguaya homenajeaba a Amado Nervo, la juventud mexicana hacía lo propio con Baltasar Brum, poniendo en sintonía la misión diplomática del primero, con el Gobierno progresista del segundo, cuyas agendas tenían intereses en común y que se enmarcaban irremediabilmente en el escenario político internacional propiciado por el fin de la guerra europea.

En una de las primeras entrevistas rendidas por Amado Nervo, este fue interrogado sobre la política interna de México, sobre su posición con respecto a la legislación a las compañías extranjeras en México y sobre la opinión que le merecía la inminente reunión de la Sociedad de las Naciones. Al respecto del primer punto, como era su deber, resaltó «los excelentes frutos que está dando la vasta labor administrativo-política de Venustiano Carranza» y sus logros en materia de seguridad. En cuanto al segundo, hizo hincapié en la fuerte organización del Estado mexicano que imposibilitaba que compañías extranjeras invocaran las leyes vigentes en sus respectivos países para reglamentar sus labores en el país. (Este punto tendrá un amplio desarrollo en la tesis, ya que los problemas suscitados con las compañías estadounidenses a raíz de la reglamentación de sus actividades, además de otras situaciones, van a desencadenar el llamado «caso México» que será de gran cobertura y resonancia a nivel sudamericano. Por ahora queda aquí sentado que el interés por dichos temas se venía dando entre los países de América del Sur desde antes de las desavenencias políticas surgidas a raíz del «caso México»). Mientras que en lo referente a la Sociedad de las Naciones, Amado Nervo afirmó que «a los neutrales se les tiene que llamar a formar parte de esta nueva sociedad encargada de mantener la paz del mundo», ya que una vez firmada la paz era esta sociedad la llamada a reglamentar «todas las cuestiones que afecten vitalmente a los Estados soberanos de la tierra. De modo que sería imposible prescindir de los que no tomaron parte en la gran guerra» («Amado Nervo en...», 1919, p. 1).

Al respecto, Amado Nervo era partidario de que la región en su conjunto debía pronunciarse ante dicha organización multinacional para ser tomados en cuenta. Consideraba

que sólo una respuesta favorable en este sentido era consecuente con «los postulados del programa “wilsoniano” para América Latina» («Con Amado Nervo...», 1919, p. 1) pues, aunque se consideraba «un fervoroso creyente del hispano-americanismo; no por eso recelaba las consecuencias del panamericanismo, como principio esencial de vida para la totalidad del nuevo continente» («Llegada de...», 1919, p. 3). Declaraciones que evidentemente hacía *motu proprio*, pues lejos estaba el constitucionalismo de pretender alinearse tras las banderas del panamericanismo estadounidense, como sí lo hicieron la mayoría de naciones latinoamericanas, una vez que la potencia del norte entró en la guerra europea. A propósito del desconocimiento de Amado Nervo sobre la política del constitucionalismo, Juan Sánchez Azcona, quien lo reemplazó como Ministro de México en España recordaría: «él vino a mí y me dijo: “Yo no conozco los pormenores últimos de la política mexicana. Yo he estado cumpliendo aquí con un deber que está muy lejos de las mezquindades de las luchas intestinas. Tú vienes con bastantes poderes para tomar este pabellón, y yo te lo doy. Entonces tomé posesión de la legación de México en España, que fue la base no solamente para el reconocimiento del Gobierno preconstitucional del señor Carranza ante los países de Europa, sino también la base *sine qua non* que había puesto Washington para el mismo reconocimiento”» («El discurso de...», 1919, p. 3).

Pero en lo que sin duda Amado Nervo coincidía con la propuesta del constitucionalismo para América Latina, era en señalar lo relevante del papel de intelectuales y estudiantes en la unidad cultural de la región pues, en su decir: «para estimarse, los pueblos americanos deben conocerse mutuamente» y para ello, tanto «los intelectuales uruguayos, herederos del prestigio de Rodó y de un Herrera Reissig» como «las mentalidades jóvenes argentinas», deben entrar en contacto fecundo con los estudiantes mexicanos «que se esfuerzan con aplaudible entusiasmo por traducir los diferentes estados de ánimo de un pueblo que sabe comprender la belleza» («Amado Nervo...», 1919, p. 1). Señalando así, a grandes rasgos, cuáles serían sus canales de comunicación con las nuevas generaciones de intelectuales rioplatenses.

Lamentablemente, la muerte le sorprendió antes de iniciar en rigor con su labor diplomática. A pesar de ello, los homenajes en su honor, la tinta que en su nombre corrió en los diarios latinoamericanos, y las posibilidades reales de diálogo que con el resto del continente generó su desaparición, fueron un gran síntoma de la importancia cultural y política de México en la región.

Lo sabían incluso los diarios mexicanos quienes, a primera hora de su muerte, informaron en los siguientes términos: «La desaparición del prestigiado poeta y diplomático, es tanto más sensible, cuanto que era el indicado para lograr el acercamiento Latino-americano» («Amado Nervo, acaba de morir», 1919, p. 1). Por varios días desplegaron una

extensa cobertura sobre las noticias que llegaban desde Uruguay a través de telegramas e informes oficiales; en ellos se daba cuenta de los mensajes de condolencia que desde todas las naciones latinoamericanas llegaban a la Secretaría de Relaciones Exteriores mexicana, y de la decisión del Senado y de la Cámara uruguayos de decretar honores de ministro de Estado al fallecido poeta. También, de la intención de repatriar sus restos lo más pronto posible a bordo de un vapor de la Armada uruguaya («El Gobierno uruguayo...», 1919). También se reseñaron con particular admiración las declaraciones del presidente Brum, quién ante el Senado de su país dijo: «Debemos rendirle, pues, además de los honores correspondientes a su investidura, un homenaje excepcional que exteriorice los mismos sentimientos de solidaridad americana que llevaron a los poderes públicos de América a asociarse a nuestro dolor por la muerte de Rodó» («En Montevideo...» 1919, p. 1); hermanando así, simbólicamente en la política, las muertes de dos intelectuales que, si bien latinoamericanos, distaban de ser equiparables en el alcance y objetivos de sus obras. Esta manera de «hermanar» en el discurso a los más disímiles intelectuales latinoamericanos, hecho presente en todos los países a estudiar, con el fin de sustentar los proyectos o intenciones de unidad regional, es un punto de análisis al que, una vez se tengan las fuentes necesarias, se le prestará atención. Para ejemplificar se cita: «Todo Montevideo vivió tres días de intensa y dolorosa emoción con motivo de la muerte del poeta mejicano Amado Nervo [...]. En medio de la glorificación póstuma que se tributó a Amado Nervo, ilustre mejicano muerto aquí, en muchos espíritus aparecían los manes de Rodó, hasta hoy sin un efectivo recuerdo oficial. El espíritu de uno y otro, acaso fraternizan a estas horas en el mismo piélago sombrío. Los dos prodigaron sobre América los destellos de su ingenio y conquistaron para sus patrias el mismo laurel [...] ambos son la cumbre del pensamiento americano» («Nervo y Rodó», 1919, p. 1).

Por su parte la Cámara de Diputados y el Senado de México decidieron sumarse a los homenajes póstumos, enlutando su tribuna en honor al «preclaro compatriota» que «no era solamente el representante nuestro en Sudamérica, sino que también, [...] era el representante más alto y más genuino de nuestra poesía ante el mundo» («La Cámara...», 1919, p. 1), y emitiendo una orden para que el Ministerio de Hacienda se hiciera cargo de los gastos que conllevaría la repatriación del poeta a suelo mexicano. Meses después, los costos excesivos de este honor póstumo serían denunciados por el *Monitor Republicano* («El costo de...», 1919, p. 10). Mientras que los representantes diplomáticos de Uruguay y Argentina, Erasmo Callorda y Manuel Malbrán, se acercaron a la Secretaría de Relaciones Exteriores a presentar sus pésames y tuvieron gran notoriedad en la prensa local, reafirmando las declaraciones de unidad latinoamericana y duelo continental que a través de los cables hacían llegar sus respectivos Gobiernos. En adelante, tanto Malbrán como Callorda, serán muy cercanos al Gobierno y las instituciones del constitucionalismo, y una fuente de primera mano para la prensa local en temas referentes a América del Sur

al punto que, para principios de 1920, serán togados como doctores *honoris causa* por la Universidad de México («Hoy serán...», 1920, p. 1).

Como era de esperarse, los estudiantes también se unieron a los homenajes póstumos siendo —sin duda— el sector de la sociedad que más resintió la muerte de Nervo: «La noticia de la muerte de Amado Nervo cundió entre el elemento estudiantil de México como cundiera la noticia de un cataclismo» («El luto de...», 1919, p. 1), reseñaron los diarios al tiempo que el CLEDF, suspendía sus sesiones ordinarias y se lanzaba a las calles en dolorosa marcha hacia la Secretaría de Relaciones Exteriores. Allí, varios estudiantes tomaron la palabra, destacándose una larga intervención de Miguel Palacio Macedo, por entonces presidente del congreso estudiantil y que coincidía en los mismos motivos con los discursos antes mencionados, pero que particularmente se apropiaba en nombre de la juventud de la memoria del fallecido poeta:

Ante la tumba que se abre en estos momentos en tierra extraña, para recibir el inanimado cuerpo de nuestro gran poeta Nervo, pienso en que nosotros, los jóvenes de México, devotos como somos, de su talento excelso, debemos ofrecer un homenaje respetuoso a su memoria, y reivindicar para la Patria que en él se pierde a un verdadero elegido («Discurso de...», 1919, p. 1).

En correspondencia, en el sur del continente los diarios de casi todos los países replicaron notas de condolencia y amistad para con el pueblo mexicano. Hubo veladas conmemorativas, extensos artículos en revistas literarias y un sinnúmero de intervenciones políticas en honor al fallecido poeta. Se ha tenido acceso a este tipo de publicaciones en Colombia, Venezuela y Argentina y se espera que al rastrear la noticia en los países que se pretenden estudiar en esta investigación, se pueda dar una visión de conjunto de los usos que tuvo la muerte de Nervo en Latinoamérica. Entre las condolencias, destaca la que el Segundo Congreso Panamericano del Niño —reunido en Montevideo desde el 15 de mayo de 1919— le hizo extensivo al presidente de la República Venustiano Carranza, nombrándolo a Nervo su presidente honorario, en atención a que el poeta había sido designado en vida para presidir el evento («Señalado honor...», 1919, p. 1). Ahora bien, las disposiciones del congreso tuvieron una gran discusión entre los interesados en el tema. La prensa discutió vehemente la recomendación que se hizo en torno a la supresión de la «nota roja» de las páginas de los diarios, mientras que varias de las recomendaciones hechas fueron integradas a los planes de alfabetización e higiene, tanto del Gobierno constitucionalista como en los siguientes.

Por distintos canales se tenían noticias de homenajes aquí y allá — en tal cantidad — que empezaron a ser tediosos por sus contenidos repetitivos y muchas veces anodinos. Por esta razón, una vez más la voz siempre crítica de Félix Palavicini, volvió a interrogar a la opinión pública sobre el significado de los homenajes en torno a la muerte de Nervo. En un editorial titulado «Sólo el pensamiento da grandeza a los pueblos», puso en duda el hecho de que «ese formidable sentimiento de expresivo dolor que ahora sacude a América», hubiese estado motivado, más que por la estatura literaria del fallecido poeta, por la envestidura diplomática que detentaba, pues en su decir: «en los funerales de Nervo hay algo que va más allá de la formula oficial [...] y que no es sólo manifestación de Gobiernos, sino estallido sentimental de pueblos». Pero lógicamente su intervención no era inocente y no pretendía tan sólo resaltar una verdad de perogrullo como esta. Su intención, más que manifiesta, era empezar a marcar distancias con el constitucionalismo, pues a renglón seguido culpaba a este de haber sumido bajo el signo de la «reacción» y del «espíritu retrógrado» a la inteligencia mexicana de la que no obstante se ufanaba de tener en cargos diplomáticos. Sacó a relucir que «en el constituyente se vociferó contra los libros.

En el constituyente se creyó que la igualdad consistía en que los ciudadanos aparecieran mondos y lirondos del caletre. En el constituyente se tronó por algunos pobres inconscientes y ciegos contra lo que llamaban la aristocracia intelectual», la misma que en aquel momento le valía elogios no ganados al Estado mexicano. Una postura que, si bien rayaba en lo injusta, era la expresión de un sector de la política mexicana que veía como necesario reacomodarse en el contexto internacional de una posguerra tutelada por los aliados, quienes ya habían hecho manifiesta su desconfianza para con los países de la región que se habían mostrado neutrales, aun después de la entrada de Estados Unidos a la guerra. Es por ello que no sorprende el hecho que Palavicini, en una poco elegante licencia discursiva, compare el esfuerzo militar del constitucionalismo con la escalada bélica alemana y aseguré que, a tan disímil elección armada, sólo le sobrevivirían los altos exponentes de la cultura, emulando a Nervo con las lumbreras del pensamiento alemán.

¡Respetemos, [...] amemos y enaltecamos a todos aquellos de nuestros compatriotas que con la luz de su inteligencia van aclarando el sendero [...]! Ellos son fuertes puntales de la patria; [...] garantía de existencia; seguridad de grandeza, esperanza de inmortalidad. Alemania fue fuerte; poseyó ejércitos y flotas; cañones gigantes y terribles máquinas destructoras. ¿Y qué resta, sin embargo, de Alemania, pulverizada su fuerza, si no es su civilización, su cultura, su Beethoven, su Kant, su Goethe? («Solo el pensamiento...», 1919, p. 3).

Develando así, públicamente, su ruptura con el constitucionalismo, y además dejando en evidencia su muy conveniente *aliadofilia*, que en adelante tantos plácemes le granjearía entre los vencedores. Pero, ante todo, para provecho de esta investigación, entregando una prueba más de que nada en el espectro cultural o intelectual, mexicano o latinoamericano, podía escapar a la referencia omnipresente del recién terminado conflicto europeo y por ende, nada puede ser comprendido sin tener en cuenta este detalle.

Ahora bien, seguramente para Esteban Manzanera del Campo fue muy difícil tener algún tipo de relevancia en los asuntos que rodearon los funerales de Amado Nervo, teniendo en cuenta que entre su arribo a Montevideo y la muerte del poeta, sólo hubo seis días de por medio, y que los acontecimientos se sucedieron con tanta velocidad y grandilocuencia que sin duda dejaron pasmado al joven estudiante de Derecho, que incluso desde antes de su salida de Ciudad de México, ya avizoraba los problemas administrativos que le irían a consumir la mayoría de las energías en su primer año de residente en Uruguay. En una carta que le escribió Erasmo Callorda, Ministro de Uruguay en México, a Baltasar Brum, presidente de Uruguay, en diciembre de 1917, este le manifestaba por escrito la gran preocupación que le generaba la validación del título de bachiller del estudiante mexicano para iniciar sin problema su carrera en la Universidad de Montevideo: «Desde luego que se le presenta al estudiante mexicano que va a iniciar su carrera de derecho, [...] la dificultad bastante grave de la revalidación de su título de bachiller, cosa que no se ha meditado aquí y que les sucederá a ellos en la casi totalidad de los países sudamericanos» (SRE, 1917, f. 367). Este tema no es poco importante, si se tiene en cuenta que la revalidación de estudios secundarios y universitarios entre los países de América del Sur fue una constante preocupación del constitucionalismo —y como resulta evidente— de otros Gobiernos de la región en aras de la unidad latinoamericana, provocando extensos debates en el seno del consejo universitario de la universidad de México. Sin embargo, esto no fue impedimento para que, a través de pequeñas reseñas sobre las principales facultades de la Universidad de Montevideo, Manzanera hiciera presencia en la página estudiantil de *El Universal* y animara —un poco más— la gran atención que entre el sector estudiantil mexicano causaba la organización de sus pares uruguayos («La Facultad de...», 1919) («El Instituto de Química...», 1919) («El Instituto de Higiene...», 1919).

Prueba de este interés fue el despliegue inusitado que se le dio a la figura de Héctor Miranda, presidente del Primer Congreso Internacional de Estudiantes de 1908, quien desde entonces se había perfilado como uno de los líderes estudiantiles más influyentes en el Cono Sur, hasta que su carrera política lo alejó de las contiendas estudiantiles, carrera que finalizó en 1915, año de su muerte. Varios fueron los artículos en páginas estudiantiles dedicados a su prosa latinoamericanista y al llamamiento a la unidad de los estudiantes de los países de lengua latina del continente. Se intuye que la aparición de referentes latinoame-

ricanos de organización estudiantil en el imaginario universitario mexicano del momento no sólo obedeció al interés señalado, sino también a una intensa crisis al interior del CLEDF, que amenazaba con dividirlo en tiempos de profundas diferencias políticas con el Gobierno de Carranza. En futuras entregas tendrá que ampliarse este tema. Entre los escritos de Miranda se destaca la extensa semblanza que de él hizo Jorge Prieto Laurens, en donde lo calificó como el «primer estudiante americano, poeta de inspirada pluma, historiador veraz, político patriota y enérgico, jurisconsulto de raro mérito y orador fogoso». Intervenciones que incendiaron a la juventud de entusiasmos latinoamericanistas y que allanaron el terreno para que, una vez que se tuvieron noticias de la inminente llegada de los restos mortales de Nervo a México desde Uruguay, fueran los estudiantes quienes se apersonaran de los homenajes, manteniendo una estrecha comunicación con sus pares del Sur.

De Montevideo el féretro había sido despedido por todo el cuerpo diplomático con residencia en Uruguay, por el presidente de la República y el presidente del Senado: «así como [por] varias agrupaciones estudiantiles y sociales [y] una inmensa muchedumbre, que se asociaba al último homenaje rendido por el pueblo uruguayo al ilustre extinto» («Los funerales de...», 1919, p. 3). En México, en el puerto de Veracruz, lo esperaba una gran comitiva presidida por el subsecretario de Relaciones Exteriores y dos delegados del CLEDF, Arturo Martínez Adame y Raúl Pous Ortiz, quienes condujeron el féretro hasta la Ciudad de México.

Una vez hechos los homenajes de rigor y sepultado el cuerpo del poeta, los estudiantes tomaron la palabra. La excusa fue la entrega solemne a los estudiantes mexicanos de las banderas, una de Uruguay y otra de México, que habían adornado el ataúd de Nervo en los actos fúnebres realizados en Montevideo. Las banderas habían sido solicitadas por la FEU al presidente de la República con este fin y fueron acompañadas de varios mensajes y discursos, estos se le encomendaron al cadete de la Armada uruguaya Mario Collazo Pittaluga, quien los condujo hasta México a bordo del crucero *Uruguay*. Esta embarcación de la Armada uruguaya se hizo famosa porque inmediatamente después de conducir los restos de Amado Nervo a México, puso rumbó hacia Italia para recoger y repatriar el cuerpo de José Enrique Rodó.

La ceremonia de entrega, llevada a cabo en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, cobró cariz de gran acontecimiento social, al que asistieron el comandante de la marina uruguaya, capitán Carlos Carbajal, el rector de la Universidad de México, el subsecretario de Relaciones Exteriores de México, los ministros de Argentina y Uruguay, el presidente y el vicepresidente del CLEDF, además de una «selecta concurrencia entre la que dominaba el elemento intelectual y estudiantil de la capital» («El homenaje...», 1919, p. 10).

El primero en intervenir fue el cadete uruguayo Mario Collazo Pittaluga, quien muy en la tradición discursiva de la joven intelectualidad sudamericana, integró en su intervención motivos de unidad «bolivarianistas y rodonianos»: «Saludemos al más grande México de mañana, de fronteras tan amplias como el continente; porque entonces habrá una patria más grande que México, que el Uruguay, que el Brasil, que Chile, una sola patria que comprenda a todas en su expresión material y en su cultura; ¡la América nuestra del porvenir que soñaron el genio de Bolívar y el genio de Rodó!» («Los estudiantes uruguayos...», 1919, p. 7). Así como la extensión continental de los valores patrióticos nacionales cimentados en la cultura y el derecho, y en el valor de la juventud, ya no sustentado en el juvenalismo idealista de principios de siglo, sino en un humanismo de posguerra —derivado del anterior— pero contextualizado en el papel del joven (intelectual) latinoamericano durante y después del conflicto europeo: «Recrea vuestra alma en el abrazo de estas juventudes de México y del Uruguay que sueñan en una América libre, intelectual, fuerte, de una fuerza que surge de la devoción al derecho, y de la fe en los ideales de la humanidad» («Discurso del brigadier...», 1919, p. 6). Motivos que coincidían con aquellos que impulsaron el proyecto latinoamericanista del constitucionalismo.

El siguiente en ocupar la tribuna fue el doctor Héctor Carvajal quien «en nombre de los institutos normales y de los centros de Derecho, Medicina y Ariel de Montevideo», se dirigió a los estudiantes mexicanos, ya no sólo volviendo sobre «los principios intentados en la obra primogénita de Rodó» y en el ejemplo unificador de las luchas de independencia, sino que además hizo explícito el componente antiimperialista que tanto permeó al discurso universitario de aquellos años, al afirmar que:

Más que la fría palabra diplomática, más que los discursos de los políticos, más que las relaciones entre el presente siglo, es el pensamiento de las nuevas juventudes americanas, el encargado de plasmar en el presente siglo, la verdadera personalidad de la América unida o indivisible, triunfadora y original, contra todas las influencias imperialistas de los países materializados o desconocedores de la alta misión que hemos tenido, tenemos y tendremos ante la historia («El doctor Héctor Carvajal...», 1919, p. 8).

Por su parte, los oradores mexicanos correspondieron con discursos de similar vuelo, agradeciendo las deferencias del Gobierno uruguayo para con el fallecido poeta y a través de él para con el país en general. Sin embargo, de entre ellas sobresalió la intervención de Vicente Lombardo Toledano —quien aprovechando la euforia latinoamericanista del momento— resaltó el papel de México en medio de tal concierto internacional:

La Universidad Nacional de México ve, [...] en las universidades de América, a sus más leales amigos y a sus mejores colaboradores en la obra que se ha propuesto de forjar el alma de la patria [...] La Universidad Nacional de México os ha confiado este lacónico mensaje para que lo cumpláis vosotros mismos («Mensaje a los estudiantes...», 1919, p. 7).

En este punto es necesario volver a resaltar que en el discurso latinoamericanista de estos años, los motivos patrios se hacían extensivos a los continentales —de tal suerte— que en el imaginario de unidad latinoamericana no reñían entre sí, sino que incluso confluían en un todo. Por ello, es fácil colegir que las palabras de Lombardo Toledano apuntaban a señalar que México, al «forjar el alma de la patria», estaba forjando la de América Latina y que —en correspondencia— los demás países del continente estaban llamados cumplir por ellos mismos con este mensaje (mandato). Dejando en evidencia la particularidad que presentaba el discurso latinoamericanista mexicano, en donde siempre aparecía como cabeza del proceso de unidad. Así lo confirmó Lombardo Toledano al final de su discurso: «México [...] está labrando ahora mismo, en medio de sus cruentos dolores, su porvenir definitivo. De América solicita pues, amor para su causa y comprensión para su conducta siempre sincera y siempre noble» («Mensaje a los estudiantes...», 1919, p. 7).

De esta forma, luego de protocolos y despedidas, se dieron por terminados los homenajes en torno al fallecimiento de Amado Nervo. Sin embargo, los frutos del acercamiento que dicho acontecimiento provocó no tardaron en hacerse patentes en un proyecto concreto, y que unió a los dirigentes de las organizaciones estudiantiles de ambos países. Un proyecto en el que jugó un papel fundamental en la intermediación Esteban Manzanera del Campo, como deja en evidencia un telegrama allegado al rector de la Universidad Nacional desde la Secretaría de Relaciones Exteriores:

Nuestro encargado de negocios en Montevideo, Uruguay, en telegrama fecha 6 del mes en curso, dice a esta secretaría:
Centro de Estudiantes Derecho Montevideo aprobó iniciativa realizar Congreso Panamericano Estudiantes Derecho ciencias afines propone Congreso efectuase México invitación estudiantes mexicanos conducto Manzanera (Subsecretario de RR. EE., 1919, f. 1).

El Demócrata por su parte, reseñó y amplió las noticias señalando que: «La idea ha partido de los estudiantes de leyes, quienes insinúan la conveniencia de que el congreso tenga lugar en la capital de México, nación que dicen considerar como una de las primeras de la América Latina», y que en pro de iniciar las labores de organización, una comitiva de es-

tudiantes partiría hacia México, no sin antes en su recorrido “hacer invitación oficial a los estudiantes de las demás naciones sudamericanas a fin de que se unan a la idea y nombren desde luego sus representantes”» («El congreso...», 1919, p. 1).

La euforia latinoamericanista se vio avivada por dos mensajes de los estudiantes uruguayos reproducidos en la página estudiantil del *Monitor Republicano*. En el primero, titulado «Nuestro ideal es América», se referían al inminente encuentro internacional en términos de un alto ideal americano, «una obra de juventud», casi una epopeya en la que el «amor y constancia, harán el milagro de la nueva patria continental» («Mensaje de los estudiantes...», 1919, p. 7), mientras que en el segundo daban cuenta de la gran admiración que entre ellos despertaba la presencia de Manzanera del Campo en Uruguay:

Enviado por vuestro Congreso y vuestro Gobierno, nos llegó, para estudiar en nuestras aulas y en nuestro ambiente una de vosotros. De profesores y amigos uruguayos, uno de vosotros, Esteban Manzanera del Campo, os llevará en retorno, lo que podamos brindarle en pan de enseñanza y amistad, tomará el panal de nuestras instituciones la miel que nuestros jurisconsultos depositaron en paciente labor de abejas; en nuestra Universidad, tocará nuestro espíritu; nuestro pasado y nuestro porvenir, en la serenidad de los maestros y en la inquietud de los discípulos. Encontrará en el Uruguay, lo que es de México: castellana hidalguía, pureza de la misma raza española y americana, tendencia hacia el derecho y el ideal para encárnalos en los destinos de nuestras patrias. Hermanos: cual si brillara en vuestras manos, generosidad de monarca azteca, nos habéis enviado, nos habéis confiado vuestro poeta y vuestro hermano [...] y con ellos, vuestro corazón, vuestra inquietud, vuestra esperanza («Mensaje de los estudiantes...», 1919, p. 7).

V

Ahora bien, los estudiantes uruguayos no eran los únicos que estaban interesados en realizar un encuentro internacional de estudiantes. El momento histórico de cierta manera así lo demandaba y quizá ninguna otra organización estudiantil como la chilena supo expresarlo mejor. Una carta allegada a la FEM y hecha pública por el *Monitor Republicano* es la muestra más interesante al respecto y bien vale la pena citarla en extenso, pues suscita la idea que se ha venido defendiendo sobre el hecho de que prácticamente ningún acontecimiento político latinoamericano —en estos años—, podía ser pensado lejos de la referencia a la posguerra europea y lo que eso significaba para la región. La carta en mención decía así:

El Presidente de la Federación de Estudiantes Chilenos [...], nos planteó el grave problema del panamericanismo y del latinoamericanismo; problema, según dice, del cual depende la suerte de la América Latina. Nos anuncia que un Congreso Internacional de Estudiantes se verificaría este año, y en él se plantearía dicho problema, y nos indicó la conveniencia de que los delegados mexicanos y chilenos llegaran a él con uniformidad de criterio. Según Santiago Labarca, Presidente de dicha Federación, los estudiantes argentinos son partidarios de los norteamericanos; los uruguayos piensan que en toda la América existe un solo ideal, y, por ende, no pueden existir dos razas; los peruanos esperan y ansían la intervención americana para ver resuelto su problema con Chile; Bolivia tiene los mismos deseos para lograr una salida al mar, y Centro América está toda influenciada por norteamericanos. Quedamos, dice, del otro bando, mexicanos, colombianos, venezolanos, ecuatorianos, paraguayos y chilenos. De entre éstos solo los chilenos y los mexicanos, tienen organizaciones estudiantiles; por manera que él cree que la unidad de criterio entre Chile y México, nos llevaría al triunfo de los ideales panlatinoamericanos («La labor del congreso...», 1919, p. 4).

Comentarios

Las notas de investigación aquí entregadas son tan solo el resultado de la exploración parcial de un conglomerado de fuentes y que aún no han sido evacuadas en su totalidad. Sin embargo, los caminos de análisis aquí esbozados se mantendrán y se fortalecerán con los avances empíricos encontrados en la documentación consultada. De tal suerte que se mantendrá la hipótesis general de trabajo según la cual, las relaciones estudiantiles a nivel latinoamericano, desde mediados de la segunda década del siglo veinte y hasta muy entrada la tercera, estarían estrechamente relacionadas —y de cierta manera condicionadas— con el cambiante panorama político europeo generado por la Primera Guerra Mundial, más que con la publicidad de temas alusivos al discurso reformista, inaugurado por los jóvenes cordobeses en junio de 1918.

Bibliografía

- Aken, M. (1990). *Los militantes, una historia del movimiento estudiantil universitario uruguayo*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- Altamira, R., (8 de enero de 1920a). El poeta don Manuel Ugarte nos escribe. *Monitor Republicano*, p. 4.
- Altamira, R., (8 de enero de 1920b). Llamamiento a las juventudes hispano-americanas. *Monitor Republicano*, p. 4.
- Altamirano, C. (2008). Elites culturales en el siglo XX latinoamericano. En C. Altamirano (ed.). *Historia de los intelectuales en América Latina* (p. 10). Bs. As.: Kats editores.
- Córdova, A. (1973). *La ideología de la Revolución mexicana*. Cdad. de México: Ediciones ERA.
- Cosío Villegas, D. (1922). (Comunicación personal epistolar, 17 de enero 1922) a Álvaro Obregón. Fondo Obregón-Calles. Archivo General de la Nación. Cdad. de México.
- Hermila Galindo (1919). *La doctrina Carranza y el acercamiento indolatino*. Cdad. de México: Ediciones ERA.
- Luquín, E. (1957). *La política internacional de la Revolución Constitucionalista*. Cdad. de México: INEHRM.
- Manzanera, E. (1919). (Comunicación personal postal, 7 de marzo de 1919) a Carlos Pellicer Cámara. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México.
- Moraga Valle, F. (2007). *Muchachos casi silvestres. La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- OAE. Órgano de la Asociación de los Estudiantes (marzo, abril, mayo y junio de 1908). Relación Oficial del Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos Celebrado en Montevideo de 26 de enero al 2 de febrero de 1908. *Evolución. Revista Mensual de Ciencias y Letras*, s/v(21, 22, 23 y 24).
- Palavicini, F. (8 de junio de 1919). Jóvenes y poetas en la diplomacia. *El Universal*, p. 3.
- Pellicer Cámara, C. (1998). *Correo familiar 1918-1920*. Cdad. de México: Factoría Ediciones.
- Pulido García, D. (2016). Una diplomacia de papel, (la posición de la derecha tradicional colombiana frente a la guerra de Malvinas). Bs. As.: *Biblioteca virtual CLACSO*. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/>

Pulido García, D. (2017a). El papel del Congreso Local Estudiantil en las iniciativas de unidad latinoamericana del constitucionalismo (1916-1918). *Latinoamérica, revista de estudios latinoamericanos*. CIALC-UNAM, s/v(65), pp. 133-170.

Pulido García, D. (2017b). La lucha nuestra será comienzo de una lucha universal. El latinoamericanismo mexicano durante la Primera Guerra Mundial. *Grafía. Revista de la facultad de ciencias humanas*. Universidad Autónoma de Colombia, 14(2), pp. 80 -97.

Rengifo, A. (noviembre-diciembre de 1918). La cuestión internacional y la Federación de Estudiantes. *Juventud* [Santiago de Chile], p. 13.

SRE (1905). Amado Nervo. Expediente. Secretaría de Relaciones Exteriores. México. SRE L-E-308, f. 87.

SRE (1917). Carta de Erasmo Callorda a Baltasar Brum. Secretaría de Relaciones Exteriores. México. SRE 1-8-43, f. 367.

SRE (1918a). Reseñas políticas remitidas durante el año de 1918. Secretaría de Relaciones Exteriores. México. SRE 16-23-17, f. 163.

SRE (1918b). Reseñas políticas remitidas durante el año de 1918. Secretaría de Relaciones Exteriores. México. SRE 16-23-17, f. 164.

SRE (1918c). Informe sobre visita de estudiantes mexicanos en Sudamérica. Secretaría de Relaciones Exteriores. México. SRE 16-24-56, ff. 1- 27.

Subsecretario de Relaciones Exteriores (1919). (Comunicación oficial postal) al rector de la Universidad Nacional. Estudiantes de Montevideo. México. SRE 17-17-176, f. 1.

Citas de artículos periodísticos

«Los estudiantes mexicanos que irán a América del Sur».
(13 de septiembre de 1918). *El Universal* [Cdad. de México], p. 1.

«Chile abriga sinceras y grandes simpatías por México».
(26 de octubre de 1918). *El Universal* [Cdad. de México], p. 1.

«Incidente entre las repúblicas de Chile y el Perú».
(30 de octubre de 1918). *El Universal* [Cdad. de México], p. 1.

«Movimiento de unión iniciado por estudiantes de Santiago de Chile».
(20 de noviembre de 1918). *Excelsior* [Cdad. de México], p. 1.

«Acuerdo de la Federación de Estudiantes».
(Noviembre-diciembre de 1918). *Juventud* [Sgo. de Chile], p. 10.

«Una carta del delegado comercial del Perú».

- (3 de diciembre de 1918). *Excelsior* [Cdad. de México], p. 3.
- «No se da crédito a la alianza entre los países de Sudamérica».
(5 de diciembre de 1918). *Excelsior* [Cdad. de México], p. 1.
- «Estados Unidos envía tres de sus cruceros rumbo al Perú».
(6 de diciembre de 1918). *El Demócrata* [Cdad. de México], p. 1.
- «Mediación de México en el conflicto de Chile y el Perú».
(12 de diciembre de 1918). *Excelsior* [Cdad. de México], p. 5.
- «Trasmisión del mando en el Uruguay».
(26 de febrero de 1919). *La Razón* [Bs. As.], p. 1.
- «Amado Nervo en Montevideo. Lo entrevista el enviado especial de La Época»
(27 de febrero de 1919). *La Época* [Bs. As.], p. 1.
- «Amado Nervo un huésped grato».
(27 de febrero de 1919). *La Unión* [Bs. As.], p. 1.
- «Con Amado Nervo. El diplomático y el escritor».
(27 de febrero de 1919). *La Razón* [Bs. As.], p. 1.
- «Llegada de Amado Nervo».
(28 de febrero de 1919). *La Prensa* [Montevideo], p. 3.
- «Confraternidad hispanoamericana - Homenaje a un estudiante mexicano».
(4 de abril de 1919). *El Sol* [Madrid], p. 1.
- «Amado Nervo, acaba de morir».
(25 de mayo de 1919). *Excelsior* [Cdad. de México], p. 1.
- «Discurso de Palacios Macedo».
(26 de mayo de 1919). *El Demócrata* [Cdad. de México], p. 1.
- «El luto de la juventud».
(26 de mayo de 1919). *El Demócrata* [Cdad. de México], p. 1.
- «El discurso de Sánchez Azcona».
(27 de mayo de 1919). *El Demócrata* [Cdad. de México], p. 3.
- «El Gobierno uruguayo declaro ministro de Estado al gran Nervo».
(27 de mayo de 1919). *Excelsior* [Cdad. de México], p. 4.
- «La Cámara de Diputados y el Senado de México enlutan sus tribunas».
(27 de mayo de 1919). *El Universal* [Cdad. de México], p. 1.

- «En Montevideo se han hecho los más altos honores a A. Nervo».
(28 de mayo de 1919). *Excelsior* [Cdad. de México], p. 1.
- «Nervo y Rodó».
(28 de mayo de 1919). *La Mañana* [Montevideo], p. 1.
- «Señalado honor al Sr. presidente de la República».
(28 de mayo de 1919). *El Demócrata* [Cdad. de México], p. 1.
- «Solo el pensamiento...».
(3 de junio de 1919). *El Universal* [Cdad. de México], p. 3.
- «La Alemania de Sud América».
(27 de julio de 1919). *El Universal* [Cdad. de México], p. 5.
- «La Facultad de Medicina de la Universidad de Montevideo».
(21 de agosto de 1919). *El Universal* [Cdad. de México], p. 9.
- «El Pdente. del Uruguay a los estudiantes mexicanos».
(7 de septiembre de 1919). *Monitor Republicano* [Cdad. de México], p. 9.
- «Los funerales de Amado Nervo en la C. de Montevideo».
(14 de septiembre de 1919). *Excelsior* [Cdad. de México], p. 3.
- «La labor del Congreso Local Estudiantil de Méx. En pro de la raza».
(13 de octubre de 1919). *Monitor Republicano* [Cdad. de México], p. 4.
- «El Instituto de Química de la Universidad de Montevideo».
(23 de octubre de 1919). *El Universal* [Cdad. de México], p. 6.
- «El Instituto de Higiene Experimental»
(6 de noviembre de 1919). *El Universal* [Cdad. de México], p. 4.
- «El costo de la conducción de los restos del poeta A. Nervo».
(7 de noviembre de 1919). *Monitor Republicano* [Cdad. de México], p. 10.
- «El homenaje de los estudiantes de Montevideo».
(19 de noviembre de 1919). *El Demócrata* [Cdad. de México], p. 10.
- «Discurso del brigadier M. C. Pittaluga».
(20 de noviembre de 1919). *Monitor Republicano* [Cdad. de México], p. 6.
- «Los estudiantes uruguayos saludan a México».
(20 de noviembre de 1919). *El Universal* [Cdad. de México], p. 7.
- «Mensaje a los estudiantes y pueblo uruguayo».
(20 de noviembre de 1919). *Monitor Republicano* [Cdad. de México], p. 7.
- «El doctor Héctor Carvajal a los estudiantes de México».

(27 de noviembre de 1919). *Monitor Republicano* [Cdad. de México], p. 8.

«El Congreso Estudiantil Panamericano, en México».

(9 de diciembre de 1919). *Demócrata* [Cdad. de México], p. 1.

«Mensaje de los estudiantes uruguayos - Nuestro ideal es la América».

(11 de diciembre de 1919). *Monitor Republicano* [Cdad. de México], p. 7.

«Hoy serán togados los nuevos doctores universitarios».

(10 de marzo de 1920). *El Demócrata* [Cdad. de México], p. 1.

«Merecida distinción a un duranguense».

(15 de marzo de 1920). *El Comercio* [Durango, México], p. 1.

Julio Antonio Mella: El tránsito martiano de la Reforma en Cuba

Felipe de J. Pérez Cruz*

Existe una nutrida y bien fundamentada bibliografía historiográfica sobre la Reforma en Cuba. No pretenderé por tanto revisitar la historia que ya ha sido bien contada. En tanto coordino un proyecto de investigación que tiene como objetivo la crítica, la reconceptualización historiográfica y la introducción de nuevos enfoques en los sistemas de conocimiento de la Historia, me detendré sólo en aquellos aspectos que tributan al mencionado propósito.

Parto de la consideración de que para entender la historia de la nación desde finales del siglo XIX, resulta fundamental considerar el impacto trascendental del pensamiento y la obra de José Martí Pérez (1853-1895). Frente a la desarticulación del proyecto unitario y liberador de Simón Bolívar, la conversión de las naciones americanas en repúblicas oligárquicas donde pervivía la colonia, y el evidente interés de dominación hemisférica de la potencia imperialista en que ha devenido la nación estadounidense, José Martí Pérez diseñó para el movimiento independentista cubano de fines del siglo XIX un proyecto emancipador de carácter político cultural y revolucionario. Tuvo por centro —junto con el logro de la liberación nacional y la atención a los intereses de las masas populares— el desarrollo y la democratización del acceso a la educación, la ciencia y la tecnología. Este proyecto quedó inconcluso y se proyectará sobre las generaciones que le precedieron como deuda histórica y horizonte por alcanzar.

La Reforma en su tránsito cubano acredita esa trascendente presencia martiana. Julio Antonio Mella (1903-1929) fue el más preciso articulador dialéctico de tan fértil impronta. Pienso que al público argentino, a los estudiantes y a los profesores de la hermana nación, puede serles de interés conocer este recorrido particular del movimiento reformista.

Enrique José Varona

En 1898 los círculos gobernantes de los Estados Unidos vieron la oportunidad de concretar sus viejas aspiraciones de anexionar a Cuba. Intervienen en la guerra de liberación —ya prácticamente pérdida por España— e impiden la victoria del Ejército Libertador. Frente

* Historiador y profesor de la Universidad de Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona, La Habana, Cuba.

a la poderosa ofensiva de penetración ideológica y cultural diseñada y ejecutada por los ocupantes, un grupo de patriotas se dan a la tarea de hacerle frente desde adentro del propio Gobierno interventor. Así, el filósofo y educador Enrique José Varona Pera (1849-1933) en el cargo de secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, nuclea a quienes aparentan colaborar con los ocupantes, con el firme propósito de reafirmar los valores patrios. José Martí había valorado con justeza la valía intelectual de Varona y como parte de su labor unitaria lo vinculará estrechamente a los planes revolucionarios. A su solicitud, Varona asume en 1895 en Nueva York la redacción del periódico *Patria*, órgano oficial del independentista Partido Revolucionario Cubano (PRC). Varona —para calificar en síntesis y desde su esencia al líder revolucionario— afirmaría cuatro años después de su caída en combate: «Martí poeta, escritor, orador, catedrático, agente consular, periodista, agitador, conspirador, estadista y soldado no fue en el fondo y siempre sino Martí patriota» (Varona, 1919, p. 83).

Varona y sus colaboradores van a desatar un movimiento educacional de masas de amplia base popular y patriótica, que tuvo su principal fortaleza en las calidades de la pedagogía nacional y en la inteligencia y sensibilidad patriótica de los maestros y la intelectualidad nacional. Es en este propósito que Varona asume la reforma del bachillerato y de la enseñanza en la Universidad de la Habana. La Real y Pontificia Universidad de San Gerónimo de La Habana fue creada el 5 de enero de 1728 (Armas, Cairo Ballester y Torres-Cuevas, 1984).

El movimiento patriótico educacional que lidera Varona dio una contribución importante a la derrota de los designios anexionistas (Pérez Cruz, 2000), pero no pudo impedir el parto de una república neocolonial, oligárquica, racista y clerical, con una independencia coaptada por la Enmienda Platt y sometida a los designios del imperio del Norte.

La reforma planteada por el ilustre filósofo al iniciar el siglo XX, conocida como Plan Varona, tendría muy pocas posibilidades de desplegarse en una universidad republicana donde siguió predominando el elemento conservador. Inmersa en su medio social, —plantean Ramón de Armas y Eduardo Torres-Cueva— la Universidad no podía escapar al proceso de neocolonización, ni al proceso de paulatina descomposición política de las administraciones republicanas (Armas, Cairo Ballester y Torres-Cuevas, 1984). Los principios y propuestas expresados por Enrique Varona (1900) —plasmados en el Plan Varona (citado en VV. AA., 1961, p. 127)— enriquecieron el truncado proyecto de martiano de nación.

El martiano Julio Antonio Mella

Nieto del General del Ímpetu (Martí Pérez, 1963, p. 406), como calificara José Martí al héroe Ramón Matías Mella, prócer de la independencia del pueblo dominicano, Julio Antonio Mella nació el 25 de marzo de 1903 en la ciudad de La Habana. La acción criminal del imperialismo y su lacayo de turno al frente de la neocolonia sólo le permitió dedicar seis años a la lucha revolucionaria —de finales de 1922 a principios de 1929— y en ese tiempo alcanzó el más alto protagonismo de su generación y nos legó un pensamiento de notable riqueza. Desde el primer instante descolló como un extraordinario combatiente de estirpe martiana. Mella moriría asesinado en la Ciudad de México el 10 de enero de 1929, a manos de pistoleros pagados por orden del dictador Gerardo Machado Morales.

En el entorno cosmopolita y la vez patriótico que rodeó la formación precoz de Julio Antonio, se puede rastrear el misterio de su temprana vocación martiana, latinoamericana y antiimperialista. La historia de intervenciones estadounidenses en Cuba y el Caribe conforman el escenario principal. No puede dejar de tenerse en cuenta que en los primeros 15 años de vida del joven, Cuba sufre continuas injerencias y una segunda ocupación militar amparada *legalmente* por la Enmienda Platt entre 1906 y 1909; a su vez, la República Dominicana, patria paterna, fue subordinada desde 1914 a un administrador de aduanas estadounidense al servicio del National City Bank.

El poeta mexicano Salvador Díaz Mirón, constituye el vínculo imprescindible para entender la temprana y profunda lectura que hace el joven de la obra de Martí. Díaz Mirón fue amigo de Martí y le profesaba un gran cariño y admiración. El por entonces profesor de Historia y Literatura en la Academia Newton conducirá al joven al primer encuentro raigal con Martí y también con el México revolucionario.

En los apuntes del cuaderno de viaje que Julio Antonio escribe en 1919 (Mella, 1919) —de visita en el país azteca— ya puede constatarse la impronta martiana y antiimperialista: «Ver unidas a las repúblicas hispanoamericanas para verlas fuertes, dominadoras y servidoras de la libertad, diosa. He aquí mi idea» (citado en Cairo Ballesteros, 2003, p. 15), anota entonces.

La tarea de estudio e interpretación de la obra martiana que Mella acomete fue una necesaria y afortunada osadía. Además de la disidía oficial y la falta de documentación, el estudio y la interpretación de la obra martiana no era de por sí labor fácil. Consciente de los peligros internos y externos que asechaban al movimiento liberador cubano, Martí había actuado con sumo tacto político, sin publicitar abiertamente el proyecto que intentaba articular. Su muerte interrumpió su hacer, y luego los elementos proclives al pacto

con el imperio y la oligarquía, actuaron para desconocerlo. Quien aspirara a develar el legado martiano debía hurgar en profundidad, buscar en los testimonios, en documentos y cartas, en decenas de artículos de prensa, para develar el proyecto emancipador en toda su nitidez. Julio Antonio comienza y adelanta significativamente esta tarea. Es alrededor de 1919 en que comienza a romperse el desconocimiento de la obra de José Martí en el país, con la publicación de varios tomos con sus escritos.

Un nuevo conjunto histórico

Los ecos de la Revolución mexicana desde 1910; el octubre victorioso de los bolcheviques a partir de 1917; la ola reformista en las universidades latinoamericanas a partir del estallido en la Universidad de Córdoba en 1918, impactan en el escenario cubano cuando la recuperación europea de posguerra hace colapsar el modelo extensivo de la industria azucarera. Con esta, se revelan los males de la mono producción y los de la dependencia económico-comercial de los Estados Unidos; la crisis económica que le sucede, afecta a la clase burguesa nativa, asola a los empobrecidos sectores populares, y adelanta el primer episodio de la crisis de legitimidad del sistema neocolonial de dominación. La década del veinte asiste a la ruptura de todos los mitos sobre el vecino del Norte. Para nadie sería un secreto —luego de la triste experiencia de la crisis de 1920 a 1921— cuáles eran las consecuencias para el país (y para el destino de la inmensa mayoría de los cubanos) de la dependencia al capital norteamericano.

Los movimientos sociales y políticos democráticos que comienzan a gestarse, y la consecución de acontecimientos que protagonizan estos movimientos de 1923 a 1925, son demostrativos del cambio en la situación política en la isla, de la formación del nuevo conjunto histórico y de la aparición de una nueva generación de luchadores. Esta generación irrumpe en el escenario republicano en choque frontal con la corrupción y el entreguismo reinantes, en defensa de la dignidad nacional frente al intervencionismo. El elemento ideológico será definitivo y, en primer lugar, se preocuparán por el rescate del legado ético y político de José Martí. Comprenden que representa el pilar de la nación, cuya sola invocación compulsa a la lucha contra las lacras de la falsa república y la injerencia extranjera.

El avance cualitativo de la clase obrera, el movimiento de la Reforma y la Revolución Universitaria de 1923, la creación de la Confederación Nacional Obrera de Cuba y del primer Partido Comunista de Cuba en 1925, constituyen acontecimientos decisivos que en conjunto precisan el desarrollo cualitativo del proceso histórico cubano, y el despegue de las fuerzas nacional liberadoras tras las dos décadas que sucedieron a la frustración del proyecto martiano de república independiente y soberana. Julio Antonio Mella será la figura histórica descollante en ese proceso que la historiografía contemporánea ha coinci-

dido en calificar de «despertar de la conciencia nacional». Líder indiscutido del movimiento de estudiantes y profesores que iniciaron la Reforma universitaria en Cuba.

El antiimperialismo

En los movimientos reformistas que se suceden en el ámbito universitario y sobre todo en el seno de los movimientos estudiantiles, aflorará el tema del rechazo arielista-nacionalista a lo anglosajón. En México, el movimiento reformista universitario propiamente dicho se desencadenó con la huelga estudiantil de 1929. Julio Antonio Mella, matriculado como estudiante de derecho, no sería ajeno a los conflictos y debates que se acumularon. Durante 1928 organizará a los jóvenes universitarios de la izquierda comunista y editará el periódico *Tren Blindado*. El asesinato del joven líder en enero de 1929 deja inconclusa su labor en este proceso. El paso de la Reforma por México a través del congreso de los estudiantes latinoamericanos que, con el auspicio de José Vasconcelos (1881-1959), se realizó en México entre septiembre y octubre de 1921, le daría al movimiento un contenido definitivamente antiinjerencista y antiimperialista:

Destruir la explotación del hombre por el hombre y la organización actual de la propiedad —se lee en la declaración del Congreso—, evitando que el trabajo humano se considere como una mercancía, que la Universidad debe [...] intervenir en los conflictos obreros [...] contra el imperialismo y sus conquistas territoriales, condenar todas las dictaduras de América Latina [...], así como condenar a los Estados Unidos de América, por sus intervenciones militares en América Latina y el mundo general (Dromundo, 1978).

La primera acción de Mella al frente del movimiento estudiantil, en el despegue de noviembre de 1921 (Le Roy Gálvez, 1966), demuestra la identidad de la acción con la declaración del congreso estudiantil recién concluido en México. El joven que recién iniciaba su vida universitaria, está a la vanguardia de la muchachada que interrumpe la reunión del claustro de profesores de la Universidad de La Habana, en la que se pretendía honrar con el título de doctor *honoris causa* a los representantes de intervencionismo yanqui Enoch Crowder (1859-1932) y Leonardo Wood (1860-1927). Esta primera batalla se libra —afirma el *Manifiesto de los Estudiantes de Derecho* (Mella, 1921), publicado en la prensa de la época— para impedir que vinculara a la Universidad «al carro de triunfo del imperialismo yanqui de la posguerra», cuando Cuba «sin distinción alguna» está vejada a cada paso «como Santo Domingo y Haití» (citado en IHMCRSC, 1975, p. 20). Tales acontecimientos, declararía después Mella (1922), estaban «inspirados en los principios de Martí» (citado en IHMCRSC, 1975, p. 26).

Ingenieros

Con el diapasón ideológico de la Reforma de 1918 le llega al joven Julio Antonio los últimos escritos del filósofo argentino José Ingenieros (1877-1925). La intuición del joven Mella disciplinada en el avanzado pensamiento político social del maestro mayor, José Martí, lo llevaría a asumir el valor del mensaje ético social que enarbolaba el sociólogo argentino. Sarah Pascual recordará que su identificación con el pensador argentino — con quien se carteaba — era tal que, en sus discursos y arengas lo citaba de memoria en párrafos completos (el 4 de agosto de 1925, Ingenieros hace escala en La Habana de regreso a Argentina, Mella lo conocerá y le servirá de anfitrión). En el primer editorial de *Alma Mater* «Nuestro credo» (Mella, 1922), la huella de Ingenieros está presente: «Somos optimistas, confiamos en la victoria, nuestra juventud y nuestros ideales nos incitan a luchar y a triunfar» (citado en IHMCRSC, 1975, p. 25).

El filósofo rioplatense ve en América Latina una sola nación, desde el río Bravo hasta el Magallanes. Se opone a la doctrina Monroe y apremia, como contraparte a la decisión de tutelar y explotar del Norte, por la necesaria unidad latinoamericana: «una federación de pueblos». De Ingenieros Julio Antonio también tendrá una crítica aguda de la sociedad capitalista y la validación ética de la lucha de clases del proletariado. Con Ingenieros le llega la defensa entusiasta y consciente que hace el argentino de la Revolución de Octubre.

Coincide con Ingenieros Enrique José Varona (1920), quien también en 1920 desaprubaba el régimen del capital, afirmando que «el ejemplo de Rusia constituía una enseñanza y un estímulo...» (p. 21). Julio Antonio se nutre del pensamiento de ambos filósofos porque precisamente le ratificaban la lucidez martiana sobre un entorno que ya el apóstol no vivía.

Irrumpe la Reforma

Los postulados del movimiento reformista de la Universidad de Córdoba del año dieciocho, quedaron públicamente expresados el 21 de junio de 1918 en el *Manifiesto liminar*. En este, el joven Julio Antonio hallaría una identidad casi textual con sus propias ideas. A esta plataforma, Mella le impregnará su propia dinámica de pensar y hacer martianos. En noviembre de 1922 funda la revista *Alma Mater* como instrumento movilizador de los jóvenes universitarios. Desde el primer número de *Alma Mater* declara el propósito que lo mueve. Mella (1922) — en el editorial «Nuestro credo» de noviembre de 1922 — afirma laborar «por la unión de todos los estudiantes cubanos en una Federación». Los objetivos de tal organización apuntan a «defender nuestros derechos, para progresar, para aprender cuando jóvenes las conveniencias de la hermandad, de la unión», y todo con la finalidad declarada de «encontrar en el mañana la solución a nuestros problemas nacionales» (cita-

do en IHMCRSC, 1975, pp. 25-26).

Mella (1922) —a finales de ese año— y en un ambiente caldeado por «todos aquellos ideales de reforma y progreso que están en la conciencia colectiva» (citado en IHMCRSC, 1975, pp. 25-26), utiliza la visita de José Arce (1881-1968), rector de la Universidad de Buenos Aires para agitar las conciencias y exponer ante los estudiantes, los profesores y la opinión pública, el contenido y las vías de la Reforma universitaria. El 4 de diciembre de 1922, disertó el profesor argentino ante un auditorio suspicaz. Ese día se le otorgó al profesor visitante la dignidad de rector *honoris causa* en el aula magna y pronunció entonces su conferencia «La evolución de las universidades argentinas». Esta conferencia ha sido considerada en no pocos enfoques como el hecho que desencadenó la Revolución Universitaria de 1923, criterio que desconoce el sentir existente en la universidad habanera y —sobre todo— que no repara en la acción política que en su seno ya desarrollaba Julio Antonio Mella junto con el grupo de estudiantes que se nuclea a su alrededor. A mediados de diciembre, los alumnos del quinto año de la Escuela de Medicina y Farmacia formularon graves acusaciones contra un profesor. Esta fue la chispa esperada para desatar la agitación universitaria.

El 20 de diciembre del 1922 se constituye la Federación de Estudiantes de la Universidad de La Habana (FEU). El primer presidente de la FEU sería el estudiante de ingeniería y arquitectura Felicio *Felio* Marinello Vidaurreta, y como secretario, todos coincidirían en designar al estudiante del segundo curso de Derecho, Julio Antonio Mella.

El 11 de enero la FEU publica el *Manifiesto*, que al decir de Raúl Roa García (1935) —en su capítulo «La Revolución Universitaria»— sería el documento-programa de la Reforma universitaria en Cuba. El documento se pronuncia por una reforma radical; por la necesidad de ampliar las matrículas universitarias como centro de preparación intelectual y cívica; por el establecimiento de un sistema administrativo capaz de obtener un funcionamiento más eficaz; por la personalidad jurídica y la autonomía en asuntos económicos y docentes; por la reglamentación efectiva del deber sagrado del maestro que les está encomendado por la nación, por la consagración definitiva de la participación estudiantil ante el claustro y por el principio de que la Universidad es el conjunto de profesores y alumnos. Así mismo, el manifiesto se pronuncia por una rápida y justa solución del conflicto con el profesor acusado en la Facultad de Medicina (Roa García, 1935).

La asamblea del 12 de enero

La FEU convoca para el día 12 de enero de 1923 una gran asamblea estudiantil. Y el rector Carlos de la Torre y Huerta (1858 -1950), invita a los jóvenes a que la misma se realice en el recinto universitario. En gesto simbólico les brinda para hacerla el aula magna,

con ello frenaba la amenaza de huelga e intentaba tener el movimiento de protesta bajo su autoridad. Torre y Huerta evaluó que su presencia impondría un grado de mesura en los pronunciamientos y acuerdos de los jóvenes.

Al intervenir en la asamblea, Mella, manifestó de manera expresa el placer y el orgullo que para los universitarios representaba la presencia de Enrique José Varona en la reunión. La invitación de la FEU a Varona era también un acto de reparación frente a las palabras de ataque que el propio Torre y Huerta (1921) le dedicara durante su discurso de toma de posesión del rectorado (citado en VV. AA, 1922). Precisamente, Mella (1923a) «amparado con la presencia del ilustre filósofo», declara que viene a pedir las reformas de la Universidad y a poner en descubierto «todas las lacras que existían en la institución» (citado en IHMCRSC, 1975, p. 41). Ante la protesta de Torre y Huerta, en gesto inteligente Mella (1923a) evitó un enfrentamiento directo, soslayó la mención que inquietaba al rector y le aseguró que no venía a «señalar hechos ni a citar nombres» (citado en IHMCRSC, 1975, p. 41); y continuó fijando lo más importante: la necesidad de realizar la reforma docente y moral de la centenaria institución.

Enrique José Varona honra el convite que se le ha hecho —y a pesar de la manifiesta oposición de Torre y Huerta— propuso la constitución de una comisión integrada por profesores y alumnos para estudiar y dar solución a los problemas planteados. El prestigio y la autoridad que poseía Varona decidieron la votación, y la comisión que garantizaba la continuidad institucional del proceso reformista quedó aprobada.

La Revolución Universitaria en marcha

Cuenta Gustavo Bock (1923) que Torre y Huerta, junto a las fuerzas conservadoras intentan hacer fracasar el movimiento en ciernes, por la vía de la inacción: «nadie actúa, la abulia tropical sigue en pie» (citado en VV. AA., 1948, p. 18), narra uno de los jóvenes reformistas. El 15 de enero de 1923 —en esta situación— los jóvenes liderados por Mella decretan la huelga y toman por primera vez, durante cuarenta y ocho horas, la Universidad.

Tanto el rector como el propio presidente de la república Alfredo Zayas Alfonso (1861-1934) se ven forzados a ceder ante el empuje de la FEU. Se acepta la constitución del tribunal depurador y de una comisión mixta de profesores y alumnos para redactar el proyecto para la ley de autonomía, así como pronunciarse por la solución de otras demandas pendientes. Se otorga el reconocimiento de la personalidad jurídica de la Federación Estudiantil Universitaria.

El día 13 de marzo en protesta por las dilaciones y obstáculos creados por la rectoría,

la FEU volvió a tomar el recinto escolar, proclamó la «universidad libre» y colocó a Julio Antonio como rector interino. Actos tan osados no habían tenido precedentes en la historia universitaria cubana. Por decreto del presidente Zayas, es aprobada la Asamblea Universitaria el 17 de marzo, como nuevo órgano de poder en la Universidad, integrada a terceras partes por profesores, por alumnos y por graduados.

Los esfuerzos unitarios

La lucha de los estudiantes reformistas también encuentra en Cuba el apoyo de la intelectualidad progresista de la época, del movimiento de maestros, de los pedagogos y de los trabajadores y sindicatos obreros. Lo peculiar cubano estará en las relaciones que se desarrollan con el movimiento obrero. La unidad entonces forjada rebasó la cooperación solidaria que prevaleció entre los movimientos reformistas y los obreros en la región, se constituirá en uno de los más sólidos pilares del movimiento nacional liberador cubano.

Con su innata certidumbre, el joven líder estudiantil se acercó a los máximos exponentes del movimiento obrero de aquel momento, entre ellos: Alfredo López Rojas (1894-1926) y Carlos Baliño López (1848-1926), a quienes solicitó y de quienes recibió el respaldo obrero para la huelga estudiantil de enero de 1923 (Rojas Blaquier, s/f).

La cercanía de Mella con la clase obrera, con López y con Baliño, lo vinculan con una nueva y definitoria universidad. Alfredo era el líder sindical que con certera conducción política y sólidos principios ideológicos, guiaba la consolidación del naciente movimiento obrero cubano en una organización nacional. Carlos, veterano marxista, fundador junto con Martí del Partido Revolucionario Cubano en 1892, trabajaba sin descanso por la difusión del leninismo entre los círculos socialistas cubanos. Era el articulador por excelencia de las primeras agrupaciones comunistas inspiradas en la experiencia política de los bolcheviques. El eje López-Baliño sería definitivo en la formación del joven líder.

El Congreso Nacional de Estudiantes

El día 14 de octubre de 1923 a las nueve de la noche, Mella dejó inaugurado el Congreso Nacional de Estudiantes que se extendería hasta el día 25; al día siguiente comenzaron los debates —el rector Adolfo de Aragón y los profesores Evelio Rodríguez Lendián y Juan M. Dihigo participaron de la sesión—. Al máximo evento del alumnado de la época se acreditaron ciento veintiocho delegados en representación de cincuenta y cinco entidades estudiantiles. La alta representatividad alcanzada fue de por sí, garantía del éxito. La presentación en el congreso de treinta y tres ponencias sobre diversos temas docentes y políticos dio la medida de la preparación previa y el nivel de trabajo proyectivo que se

había alcanzado.

El liderazgo de Mella mostró al organizador de un combate político pensado y desplegado con notable pericia estratégica y táctica. «Durante todo el Congreso tendrá que vencer la oposición ideológica y política del sector de la derecha católica, representada por los delegados de las asociaciones y colegios privados» (Contrera, 1987, p. 45).

La aprobación de la Declaración de Derechos y Deberes del Estudiante fue el primer tema de debate controversial. Esta declaración contenía entre los derechos los postulados de la reforma de autonomía, libertad de enseñanza, y asistencia libre a clases; a lo que se añadía como deberes el compromiso social y político participativo de los jóvenes. En días sucesivos se discutirán los temas del programa reformista, análisis que se abren a las lacras que también afectaban la cultura patria, la enseñanza secundaria y la instrucción pública del país en general.

Según el Acta (1923), el congreso que se dio a sí mismo el título de «Primer Congreso Nacional Revolucionario de Estudiantes» (citado en IHMCRSC, 1975, p. 598), tuvo el trascendental significado de postular junto con las reivindicaciones académicas, la solidaridad militante del estudiantado con el movimiento obrero cubano dejando acordada la creación —para los trabajadores— de la Universidad Popular José Martí (UPJM). Solicitó poner fin al Tratado Permanente o Enmienda Platt, criticó al capitalismo y sustentó el principio fundamental de la lucha contra el imperialismo, principalmente el estadounidense.

El congreso se pronunció contra el neocolonialismo y la dependencia, ratificó la posición latinoamericanista del estudiantado, levantó el proyecto unitario bolivariano y martiano, apoyó la Revolución de Octubre y denunció el cerco agresivo de los Estados capitalistas al país de los soviets. Coincidió con la opinión de Raúl Roa García (1964) de considerar el congreso «la más alta y perdurable contribución del movimiento revolucionario de 1923 al proceso de Reforma universitaria de América» (p. 254).

Epílogo en lucha

El 3 de noviembre 1923 —en cumplimiento de un acuerdo del congreso de estudiantes— Mella funda la UPJM. Precisamente, el pretexto detonador de la ofensiva reaccionaria contra el liderazgo de Mella y el inicio de la contrarreforma sería el funcionamiento de la nueva institución docente en los predios de la Universidad. Varios directivos de la FEU acusaron a Mella por sus vínculos estrechos con el proletariado y los grupos marxistas, sumándose a la propaganda anticomunista. Esta situación se iría agudizando hasta desembocar en aguda crisis en la que se acusa a Mella de ejercer la dictadura dentro de la FEU. La

crisis amenaza seriamente dar al traste con el movimiento reformista y el 20 de diciembre de 1923, Julio Antonio Mella (1923b), presentó su renuncia (citado en IHMCRSC, 1975, pp. 84-85). Con su salida, la dirección de la FEU avanza hacia la contrarreforma.

Mella multiplica su liderazgo político nacional. Participa como profesor de la Universidad Popular, está con los movimientos de los jóvenes intelectuales y veteranos de la independencia. Apoya al entonces naciente feminismo revolucionario y cada vez más se convierte en una figura del movimiento sindical revolucionario. Colaborará con Alfredo López en la organización de los congresos. Estos llevarán a la fundación —entre el 2 y el 7 de agosto de 1925— de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOOC). El 27 de junio, Julio Antonio funda la Liga Antiimperialista de Cuba. Los días 16 y 17 de agosto estará con Carlos Baliño entre los fundadores y dirigentes del primer Partido Comunista de Cuba.

Con el arribo a la presidencia del país de Gerardo Machado y Morales en mayo de 1925, la contrarreforma se afirmará con la represión gubernamental. Sobre Mella, se va a concentrar el cerco policial, se le detiene y lleva a los tribunales en marzo y septiembre. También en septiembre un consejo disciplinario en la Universidad lo sanciona con la expulsión por un año y la pérdida de las asignaturas matriculadas. En noviembre le impiden intervenir en el recinto universitario, lo encarcelan —acusado de terrorismo— e intentan asesinarlo en la propia cárcel. En prisión, inicia una huelga de hambre que al prolongarse durante dieciocho días lo coloca al borde de la muerte. El 22 de diciembre sufre un colapso. La huelga desata un masivo movimiento de protestas dentro y fuera del país, con ello se logra la fianza para el 23 de diciembre salvándole la vida. Tres días después, el presidente Machado declara ilegal a la FEU.

Julio Antonio parte al exilio el 18 de enero de 1926. A la Universidad regresan los profesores cesados por corrupción como paso previo para revertir las victorias estudiantiles. La claudicación del claustro universitario llegará el 11 de marzo, cuando se le concede a Gerardo Machado el doctorado *honoris causa*, título que se otorgaba por primera vez. El proceso de contrarreforma ha sido estudiado en detalle por Ladislao González Carvajal (1977), quien fuera —además— actor importante del movimiento estudiantil que, en los años treinta, sucedió a los reformistas.

La Reforma cubana

La depuración docente, aunque no pudo completarse y todos los profesores juzgados fueron absueltos por el Gobierno de Machado, también obligó a mejorar el comportamiento del profesorado universitario; que se acogieran a retiro los profesores que tenían mayores dificultades en su desempeño docente y que aumentara la actualización y pre-

paración del claustro. El movimiento de ideas pedagógicas, científico-técnicas y artístico-literarias que se genera, también impactó en los institutos de segunda enseñanza y en las escuelas normales. A la caída de la dictadura machadista, el 12 de agosto de 1933, fue aprobada la Ley de Autonomía Universitaria, cuyo proyecto había sido redactado ya en febrero de 1924.

La más importante plasmación de los acuerdos del congreso fue la fundación de la Universidad Popular José Martí. La dialéctica martiana y marxista de la cultura —y de la educación— como formación y crecimiento de la libertad humana, en el combate por la liberación nacional y el desarrollo, sería el nudo conceptual de la UPJM. La institución fue decisiva en la construcción de la unidad estratégica obrero-estudiantil alcanzada en las luchas reformistas de los estudiantes universitarios cubanos. «El presidente Gerardo Machado Morales clausurará la Universidad en 1927 incorporándola como parte del llamado “proceso comunista”. Luego, la intensificación de represión dictatorial hizo imposible la continuación de sus actividades» (*Pérez Cruz, 1980, p. 107*).

La Reforma se articuló de manera muy sólida al movimiento nacional liberador, y al conjunto de batallas de clase y de país. Entendida en su trascendencia por los trabajadores y el pueblo, dotó al movimiento estudiantil de una impronta histórica —de asertividad, de organización y de prestigio— que fue decisiva en el protagonismo que asume la FEU; también en las organizaciones y movimientos de estudiantes y de profesores, en el proceso revolucionario que se desató en Cuba a principios de la década del treinta. Así llegó a convertirse en uno de los legados más raigales que enriquecieron el patrimonio simbólico y programático del siglo XX cubano. Esta impronta aún se mantiene.

Como personalidad histórica, Julio Antonio Mella fue el máximo responsable del significativo alcance histórico que tuvo la Reforma cubana. Su tránsito natural desde Martí al leninismo y al marxismo durante el proceso reformista, impactó en el acontecer del movimiento y lo dotó de una singularidad trascendente y definitiva.

«Mella, inmerso en el movimiento reformista halló el camino por el que transitarían los más preclaros revolucionarios cubanos en el siglo XX: de Martí a Marx y Lenin; de Marx y Lenin —con más pasión aún— a Martí» (*Pérez Cruz, 1997, pp. 27-55*). Esta peculiaridad de la historia intelectual cubana que se sustenta en la articulación dialéctica de las tradiciones y la praxis nacional-liberadora, —marxistas y leninistas (*Miranda Francisco, 2005*)— no siempre ha sido suficientemente entendida por los autores que se han acercado a la historia de las ideas —a la Reforma— y en particular a la historia del movimiento comunista (*Kohanm, 2003*). Tal articulación constituyó el mayor suceso espiritual de la Revolución cubana, la más importante originalidad en la historia del socialismo cubano

y, sin cuyo conocimiento cabal, no es posible entenderle de veras, cuyas consecuencias distan mucho de haberse agotado. La Reforma fue fragua fecunda para ese peculiar parto histórico.

El 10 de enero de 1962, treinta y tres años después del asesinato de Julio Antonio Mella y en justo homenaje a su memoria imperecedera, la Revolución Victoriosa puso en vigor la Reforma universitaria (Rodríguez, 2012). Con todos los aprendizajes y experiencias del movimiento reformista latinoamericano y de la llamada Revolución Universitaria de 1923, Julio Antonio Mella (1928), en negación enriquecedora y dialéctica, adelantó en 1928 el concepto socialista de Reforma universitaria (citado en IHMCRSC, 1975, p. 456). En la concreción de esa universidad socialista, hoy trabajamos en la Mayor de las Antillas.

Bibliografía

Acta de sesión del Primer Congreso Nacional de Estudiantes, 23 de octubre. En IHM-CRSC. Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba (Comp.). (1975). *Mella. Documentos y artículos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Armas, R., Cairo Ballester, A. y Torres-Cuevas, E. (1984). *Historia de la Universidad de La Habana*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Bock, G. (1923). Quinto curso de Medicina, 1923. Iniciadores de la Revolución Universitaria. Síntesis Histórica. En VV. AA. (1948). *Fraternidad médica, 1923. Bodas de Plata. 1948*. La Habana: EUSA.

Cairo Ballester, A. (Comp.). (2003). *Mella: 100 años*. La Habana: Oriente.

Contreras, N. (1987). *Julio Antonio Mella. El joven precursor*. La Habana: Editora Política.

Delgado García, G. (1998). *La Revolución Universitaria de 1923: su repercusión en los estudios de la Escuela de Medicina. Cuaderno de Historia N.º 83*. La Habana: Oficina del Historiador del Ministerio de Salud Pública.

Dromundo, B. (1978). *Crónica de la autonomía universitaria de México*. Cdad. de México: JUS S. A.

González Carvajal, L. (1977). *Mella y el movimiento estudiantil*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

IHMCRSC. Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba (Comp.). (1975). *Mella. Documentos y artículos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Kohan, N. (2003). Mella. Reforma universitaria y revolución. En Ana Cairo Ballester (Comp.). (2003). *Mella: 100 años*. La Habana: Oriente.

Le Roy Gálvez, L. (1966). La Universidad de La Habana en su etapa republicana: síntesis histórica. *Revista de la Biblioteca Nacional, s/v(3)*. La Habana: BNCJM.

Mella, J. (1919). Diario del primer viaje a México. En Ana Cairo Ballester (Comp.). (2003). *Mella: 100 años*. La Habana: Oriente.

(1921). Manifiesto de los estudiantes de Derecho. En IHMCRSC. Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba (Comp.). (1975). *Mella. Documentos y artículos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

(1922). Nuestro credo. En IHMCRSC. Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba (Comp.). (1975). *Mella. Documentos y*

artículos. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

(1923a). Discurso en la asamblea magna de estudiantes universitarios, 12 de enero de 1923. En IHMCRSC. Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba (Comp.). (1975). *Mella. Documentos y artículos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

(1923b). Carta renuncia a la presidencia de la Federación de Estudiantes. En IHMCRSC. Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba (Comp.). (1975). *Mella. Documentos y artículos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

(1928). El concepto socialista de la Reforma universitaria. En IHMCRSC. Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba (Comp.). (1975). *Mella. Documentos y artículos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Martí Pérez, J. (1963). *Obras completas*. Tomo IV. La Habana: Editora Nacional de Cuba.

Miranda Francisco, O. (2005). *Tradiciones nacionales revolucionarias, marxismo y leninismo en el pensamiento cubano. Ensayos*. La Habana: Pueblo y Educación.

Padrón, P. (1980). *Julio Antonio Mella y el movimiento obrero*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Pérez Cruz, F. (1980). *Mella y la Revolución de Octubre*. La Habana: Gente Nueva.

(ene-feb-mar 1997). Julio Antonio Mella y los fundamentos del marxismo en Cuba. *Contracorriente s/v(7)*, pp. 27- 55.

(2000). El movimiento patriótico contra la anexión. En *La alfabetización en Cuba. Lectura histórica para pensar el presente*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Roa García, R. (1935). *Bufa subversiva*. La Habana: Cultural S. A.

(1964). La Revolución Universitaria de 1923. En VV. AA. (ed.). (1964). *Retorno a la Alborada*. Santa Clara, Cuba: Universidad de Las Villas.

Rodríguez, C. (2012). *La Reforma universitaria*. N.º 6. La Habana: Cuba Socialista.

Rojas Blaquier, A. (s/f). El proceso nacional liberador cubano entre 1923 y 1940. Apuntes esenciales. La Habana: *Docplayer*. Recuperado de <https://docplayer.es/13649622-El-proceso-nacional-liberador-cubano-entre-1923-y-1940-apuntes-esenciales-por-angelina-rojas-blaquier.html>

Torre y Huerta, C. (1921). Discurso pronunciado por el Sr. rector electo Dr. Carlos de la

Torre y Huerta en el acto solemne de conferírsele la posesión de su alto cargo. En VV. AA. (1922). *Memoria. Anuario correspondiente al curso académico de 1920 a 1921. Universidad de La Habana*. La Habana: Imprenta y Papelería Rambla, Bouza y Cía.

VV. AA. (1922). *Memoria. Anuario correspondiente al curso académico de 1920 a 1921. Universidad de La Habana*. La Habana: Imprenta y Papelería Rambla, Bouza y Cía.

(1948). *Fraternidad médica, 1923. Bodas de Plata. 1948*. La Habana: EUSA.

(1961). *Trabajos sobre educación y enseñanza*. La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.

Varona, E. (1900). Las reformas en la enseñanza superior. En VV. AA. (1961). *Trabajos sobre educación y enseñanza*. La Habana: Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.

(1919). Martí y su obra política, 14 de marzo de 1896. En Enrique Varona (1919). *De la colonia a la república*. La Habana: Editora Cuba Contemporánea.

(1920). El conflicto social es, en todo el mundo, idéntico; y ningún pueblo podrá sustraerse a él. En *Nuestro Siglo*, 1(2). La Habana.

(s/f). El movimiento patriótico contra la anexión. En VV. AA. (2000). *La alfabetización en Cuba. Lectura histórica para pensar el presente*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Crisis y resurrección de la Reforma universitaria. La izquierda nacional argentina y la Reforma de 1918

Marcos Mele*

Los eruditos profesionales, patentados, privilegiados, los doctores y otros pontífices, los escritores de universidad sin carácter de los siglos XVII y XVIII, con sus pelucas raídas, su pedantería distinguida y sus disertaciones microscópicas, se interpusieron entre el pueblo y el espíritu, entre la vida y la ciencia, entre la libertad y el hombre.

Karl Marx

Introducción

El estudio de las interpretaciones y los usos políticos realizados por la izquierda nacional argentina sobre la Reforma universitaria de 1918 recibieron escasa atención a la hora de abordar esta temática. Tradicionalmente, la Reforma universitaria y el movimiento reformista fueron asociados al radicalismo, el socialismo y el comunismo, conociéndose en menor medida cómo fue leída por otras corrientes de la política y por las izquierdas del país.

El objetivo de este trabajo es analizar los aportes de la izquierda nacional al estudio y la discusión política en torno a este proceso central para la historia de las universidades en América Latina. Para ello, se recorrerán los trabajos de Enrique Rivera y Jorge Abelardo Ramos, dos de las principales figuras del socialismo criollo.

Desde mediados de la década de 1940, Enrique Rivera participó de las formaciones iniciales de la izquierda nacional, nucleadas en torno a la publicación *Frente Obrero*. Este autor realizó valiosos aportes teóricos en su polémica con Jorge Abelardo Ramos y, según Norberto Galasso, trazó las coordenadas historiográficas de un revisionismo histórico socialista, federal-provinciano a partir de sus trabajos *José Hernández y la Guerra del Paraguay* y los *Cuadernos de Indoamérica*. En 1950, desde el Centro de Estudios Argentino Manuel Ugarte, Rivera publicó el ensayo *La Reforma universitaria* que constituye la más exhaustiva lectura sobre este tema que produjo un autor de la izquierda nacional.

* Licenciado en Ciencia Política (UNLa), magíster en Historia (UNTREF), docente universitario.

Por su parte, Jorge Abelardo Ramos cobró una amplia notoriedad en el campo político e intelectual de las izquierdas argentinas de la mano de su prolífica labor como ensayista, historiador y editor de importantes obras que nutren a esta corriente. Desde la publicación de *América Latina, un país* en 1949, Ramos mantuvo una producción constante que se expresa en sus trabajos aparecidos durante el primer peronismo. Ellos son *Alem. Historia de un caudillo* (1951, publicado bajo el seudónimo Víctor Guerrero); *La Revolución Nacional en Latinoamérica. Manuel Ugarte y la lucha antiimperialista* (1953); y *Crisis y resurrección de la literatura argentina* (1954). En su labor temprana, Ramos asignó una marcada relevancia a la Reforma universitaria que se profundizará con la aparición de *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Las masas en nuestra historia* (1957) que, en sus sucesivas ediciones, complejizará la interpretación de Ramos sobre la Reforma.

La estructura de este trabajo comprende un recorrido inicial por los núcleos teórico-políticos de la izquierda nacional, seguido por los ejes principales de interpretación de la Reforma: sus antecesores, su revitalización del proyecto bolivariano de la Patria Grande, su crisis y las vías para recuperar la dimensión nacional latinoamericana presente en 1918 pero cercenada con posterioridad.

Una aproximación conceptual a la izquierda nacional

Antes de ingresar en la lectura sobre la Reforma universitaria, es preciso abordar conceptualmente a la corriente de la izquierda nacional para evitar imprecisiones. En el libro *La izquierda nacional en la Argentina* compilado por Alberto Methol Ferré, Juan José Hernández Arregui sostiene que en los países dependientes, se entiende por izquierda nacional, en sentido amplio y no meramente partidario, a «la teoría general aplicada a un caso nacional concreto, que analiza a la luz del marxismo, en tanto método de interpretación de la realidad, y teniendo en cuenta en primer término las peculiaridades y el desarrollo de cada país, la economía, la historia y la cultura en sus contenidos nacionales» (1960, p. 69).

La definición de Hernández Arregui permite abrazar al conjunto de partidos, dirigentes e intelectuales provenientes de la izquierda que centraron su atención en el estudio de la cuestión nacional en la América Latina. En este trabajo circunscribiremos la reflexión a la izquierda nacional como fuerza política y no como corriente ideológica.

La izquierda nacional argentina irrumpe en la escena pública a partir de la interpretación brindada por Aurelio Narvaja, desde las páginas de *Frente Obrero*, sobre las jornadas de octubre de 1945. Allí Narvaja analiza al peronismo emergente no como una expresión vernácula del nazifascismo (interpretación hegemónica en el marco de la izquierda tradi-

cional) sino como el desarrollo de una experiencia bonapartista que traduce la vocación antiimperialista, propia del nacionalismo progresivo de un país semicolonial subyugado por el imperialismo británico y norteamericano con la connivencia de la oligarquía local (Galasso, 2007).

Para la izquierda nacional, siguiendo la tradición marxista/leninista, la consigna es «Golpear juntos y marchar separados», es decir, acompañar la labor antiimperialista de los movimientos nacionales pero conservando la independencia política, ideológica y organizativa. Desde esta mirada, el partido de los trabajadores debe aspirar a acaudillar el frente antiimperialista para profundizar la Revolución Nacional ante las posteriores y hasta ineludibles claudicaciones de las fuerzas políticas y sociales no proletarias. La interpretación de los movimientos de liberación nacional latinoamericanos como experiencias bonapartistas se desprende de la producción teórica de León Trotsky quien — en su exilio en México — analizó desde esa óptica al cardenismo y al varguismo.

Algunos de los ejes teóricos que comprenden la producción política e intelectual de la izquierda nacional son: A) La postulación de un socialismo nacional latinoamericano. B) Las críticas a la izquierda tradicional. C) La revisión de la historia argentina y latinoamericana.

El socialismo bolivariano es tributario de la generación del novecientos, en especial la concepción de la Patria Grande preconizada por Manuel Ugarte y, en segundo término, por José Ingenieros. Los hombres de la izquierda nacional se dieron a la ardua tarea de reeditar las obras de Ugarte, escribieron su biografía y recuperaron sus aportes teóricos en los que este autor aúna socialismo y nacionalismo. Para Ugarte hay «naciones proletarias» y, sin renunciar al internacionalismo, plantea que en América Latina el socialismo tiene que ser nacional (Galasso, 2007).

La polémica con la izquierda tradicional. Para la izquierda nacional, tanto el Partido Socialista como el Partido Comunista se caracterizaron por su incomprensión de la cuestión nacional latinoamericana. Por ello, si la izquierda nacional integra el frente antiimperialista, la izquierda tradicional se coloca como ala progresista del frente antinacional, posición que le permite gozar de espacios de relevancia en la prensa, la universidad y los grandes medios de comunicación. De ese modo, la izquierda tradicional, pese a su jerga revolucionaria, queda atada a la denominada *intelligentzia*.

El combate con la historia falsificada. Para la izquierda nacional la imposibilidad manifiesta en la izquierda tradicional para inteligir la cuestión nacional latinoamericana la llevó a asumir la falsificación histórica propia de cada uno de los países de la América Latina

balcanizada. En oposición a una historia fragmentaria y provincializada, la izquierda nacional promueve la reelaboración de un relato histórico que permita reconstruir la Nación latinoamericana.

La generación del novecientos, el aprismo y la Revolución Universitaria

En la lectura predominante en la izquierda nacional, la Reforma universitaria de 1918 no puede ser entendida sin antes recuperar a la generación intelectual que sentó las bases para la autonomía filosófica, política e epistemológica de la Nación latinoamericana balcanizada.

A comienzos del siglo XX, reforzados ya los lazos de dominación cultural propios de la colonización pedagógica, la América Latina importadora de manufacturas también importaba ideas. La subordinación económica fue asegurada por la sumisión en el plano de la cultura que dio forma al carácter colonizado de nuestra literatura, filosofía, historia y geografía.

La *intelligentzia* latinoamericana de 1900, enfeudada en la dicotomía sarmientina de civilización y barbarie, asumió con carácter pretendidamente científico las matrices epistémicas emanadas por los países centrales en su avidez imperialista. De esta manera, el ideario positivista gozó de amplia difusión en las élites intelectuales de las ciudades-puerto para legitimar la autodenigración que buscaba el atraso latinoamericano no en la dependencia económica y cultural sino en supuestos estigmas raciales.

Según Enrique Rivera, la generación del novecientos abonó el terreno para el surgimiento histórico de la Reforma universitaria. Rompiendo los estrechos límites del positivismo, la producción intelectual de los hombres de esta generación impacta hondamente en los jóvenes universitarios argentinos y latinoamericanos de comienzos de siglo.

Manuel Ugarte, José Ingenieros, Leopoldo Lugones, Alfredo Palacios y Enrique del Valle Iberlucea son algunos de los principales exponentes de esta generación. Pese a la posterior claudicación de algunos de estos intelectuales, el valor histórico de la generación del novecientos es trazar un puente entre el ideario de Mayo de 1810 y la Reforma de 1918 en su carácter nacional latinoamericano.

Esta generación buscó reverdecer en un plano espiritual a la Patria Grande bolivariana ya que, el contacto con escritores latinoamericanos como Rubén Darío, Rufino Blanco Fombona y José Enrique Rodó, los condujo a la certeza de que todos ellos pertenecían a una nación inconclusa. De ese modo, la generación del novecientos promovió la reunifica-

ción de América Latina de la mano de una literatura, una filosofía y un arte de carácter social y nacional.

Enrique Rivera (1950) considera que el fracaso de esta generación se produjo por «la impotencia política de la clase media latinoamericana para realizar la revolución democrática y de unificación nacional del continente, carente como se hallaba de bases materiales». De esta manera, los hombres de la generación del novecientos tuvieron que entregarse a la superestructura que rige la cultura oficial o bien sostener una existencia de exilio, marginación política y silenciamiento intelectual. Dos obras de Manuel Ugarte condensan el drama de esta generación: para los escritores iberoamericanos del novecientos sólo quedaba el dolor de escribir.

El ensayo de Rivera comienza planteando que la Reforma universitaria no fue meramente una ampliación del acceso al poder de la universidad para actores anteriormente marginados. Esta lectura, que reduce a la Reforma a «la insurgencia del demos en el régimen de las altas casas de estudio», es el paso inicial para la falsificación y la deformación de su significación histórica. Por ello, Rivera resalta la orientación continental presente en el *Manifiesto liminar* de los estudiantes cordobeses y cita al dirigente reformista peruano Víctor Raúl Haya de la Torre quien sostuvo que la Reforma perseguía «la revolución latinoamericana por la autonomía espiritual».

La obra de Haya de la Torre reviste notable importancia para la lectura de la izquierda nacional sobre la Reforma universitaria. Tal es así que a través de la editorial Indoamérica, uno de primeros emprendimientos editoriales de la izquierda nacional fue la reedición de *¿A dónde va Indoamérica?* de Haya de la Torre, en el que la conceptualiza como Revolución Universitaria.

En este libro, el dirigente aprista plantea:

Las universidades de la América Latina son casi todas de origen español, fundadas durante las tres centurias del coloniaje. Hasta la Revolución Universitaria, el espíritu de estas universidades se conservaba arcaico, basado en prejuicios religiosos y sin progreso apreciable. Las ideas liberales escasamente lo habían penetrado, y el sistema pedagógico, tanto como el espíritu de estas universidades estaba impregnado con todos los defectos de las viejas universidades españolas, semieclesiásticas y controladas por el dogma. El indesmayable descontente de los estudiantes latinoamericanos los hizo sobrepasar los límites intelectuales que cual anillo marcábanles las universidades. Nuevas ideas agitaban los jóvenes

cerebros y nació un anhelo de transformar estas viejas universidades en nuevos laboratorios de ciencia y de verdadera vida. [...] Se comprenderá fácilmente que la América Latina fue obligada a libertarse por sí misma de los viejos sistemas educacionales y a intentar una vida mejor. Mas la tradición, los intereses de la dinastía de los doctos, la influencia católica, tan invariables como una reliquia española, todos formaron un frente único contra los propósitos de la juventud. Los amos de las universidades latinoamericanas ejercían una dictadura realmente implacable (Haya de la Torre, 1938, p. 190).

Descolonización pedagógica, autonomía espiritual, socialismo nacional y unidad latinoamericana suponen el legado de la Reforma universitaria, esta impactó con su proyección continental en la política y en las universidades de toda la región. La desconexión de la Reforma y las banderas enunciadas con anterioridad constituyen las causas que permiten explicar la limitación histórica de este proceso de transformación de nuestras universidades. Según la izquierda nacional, la tarea de desarticulación de la dimensión latinoamericana de la Reforma fue emprendida por la izquierda tradicional, abocada a tergiversar su legado y a parasitar su prestigio político.

La izquierda tradicional cercena el carácter nacional latinoamericano de la Reforma universitaria

Enrique Rivera demarca los lineamientos principales de la crítica emanada por la izquierda nacional a los partidos socialista y comunista en su vinculación con la Reforma universitaria. Para este autor, la falsificación y desnaturalización que la izquierda tradicional emprende en torno a la Reforma se desprende de la incompreensión que esta expresa en torno a la cuestión nacional.

Si se toma en cuenta la obra *Juan B. Justo y el socialismo cipayo* de Jorge Enea Spilimbergo, se observa que la conducción del Partido Socialista se coloca en el flanco izquierdo del régimen oligárquico sin disentir en aspectos sustanciales tales como el liberalismo económico y la división internacional del trabajo; la república de los abogados; el positivismo para examinar la cuestión social; y la historia oficial mitrista como relato hegemónico sobre el pasado nacional.

Los principios anteriormente señalados, se adicionan al predominio de la cultura eurocéntrica; el rol *civilizador* asignado a los países imperialistas, sin contemplar el deterioro que significa para las colonias y semicolonias; y la realidad latinoamericana interpretada desde la óptica de la balcanización y no desde el proyecto bolivariano. En un Partido So-

cialista, que es una expresión vernácula de la declinante II Internacional y que se acerca a su bancarrota con la Gran Guerra, la voz de Manuel Ugarte en favor de un socialismo nacional latinoamericano y de la necesidad de alcanzar la independencia económica por vía del desarrollo industrial debe ser acallada.

El Partido Comunista, fundado como una escisión del Partido Socialista, es concebido por Jorge Abelardo Ramos (1962) como un desprendimiento izquierdista del juanbejusstismo originado por causas enteramente exógenas (Gran Guerra y Revolución rusa). Por esta razón, el comunismo toma distancia del socialismo en la política internacional, pero comparte la misma raíz histórica en cuanto a su mirada prejuiciosa sobre América Latina, la esterilización del problema nacional y el encadenamiento a la historia oficial en lo que Arturo Jauretche ha dado en llamar mitromarxismo.

Para Enrique Rivera, la posición del Partido Socialista frente a la Reforma universitaria parte de no ver su contenido nacional y, teniendo en cuenta su oposición al yrigoyenismo, los socialistas consideraron que la adhesión de Yrigoyen al reformismo fue producto de la demagogia del caudillo personalista. Esto es una expresión más de la mentada política criolla, concepto empleado por los socialistas para denostar a los movimientos nacionales.

En lo que respecta al Partido Comunista, Rivera (1950) afirma que es preciso distinguir dos períodos:

En los años iniciales, cuando la Revolución rusa aún no había sido copada por la burocracia, adhirió al movimiento reformista, pero ignorando también su contenido nacional latinoamericano, considerándolo sólo en su aspecto social general. Para el Partido Comunista, el problema nacional, forma típica en que se expresa la revolución de los países retrasados, no existía. Poco más adelante, cuando ya estaban en el período del ultrazquierdismo a todo trapo, que precedió al ascenso de Hitler al poder (1929 a 1934), tildaron a la Reforma de «movimiento pequeñoburgués reaccionario». Sólo en 1935, cuando la URSS se alía con las potencias imperialistas, «democráticas» de Occidente ante el peligro del imperialismo alemán, se ocuparon de exaltar la Reforma ya vencida, pero sólo en su aspecto democrático formal. Trataban así de ligar al estudiantado con los profesores amigos de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos y a través de ellos con los partidos que representaban la influencia de esos imperialismos dominantes en nuestro país. En fin, a toda esa política nefasta que se llamó del Frente Popular.

La ceguera de los socialistas y comunistas frente a la Reforma universitaria fue parte de su ceguera total respecto a la cuestión nacional. Jamás, ni antes ni después de la Reforma, el Partido Socialista concibió siquiera la idea de que había un problema de unificación de los países al sur del río Bravo.

En *La bella época (1904-1922)*, Ramos (2013) sostiene la misma lectura sobre el rol de la izquierda tradicional ante la Reforma:

El sentido latinoamericano, nacional, democrático y antiimperialista de la Reforma había desaparecido con el radicalismo. El latinoamericanismo socializante de los orígenes, había sido sustituido en el campo reformista por los elementos socialistas y stalinistas que se enquistaron en el nuevo aparato reformista de la Universidad Nacional. Se tendrá presente que el Partido Socialista de Justo y Repetto se opuso ásperamente a la Reforma universitaria. Sólo en las vísperas del 30 la aceptaron a regañadientes, cuando el reformismo universitario se había vuelto antiyrigoyenista. En cuanto a Alfredo Palacios, que apoyó la Reforma en 1918, estaba expulsado del Partido Socialista desde 1915. Lo mismo puede decirse del stalinismo, que calificaba en 1929 a la Reforma del 18 como el «peor enemigo».

Para los principales exponentes de la izquierda nacional una de las causas de la derrota posterior de la Reforma universitaria es el cercenamiento de su carácter nacional latinoamericano. En esta tarea de tergiversación histórica participaron el socialismo y el comunismo que capitalizaron políticamente a la Reforma a costa de la falsificación de sus banderas iniciales que eran el antiimperialismo, el combate contra el régimen oligárquico y la Patria Grande.

Hasta aquí la crisis de la Reforma universitaria. A continuación, las vías para su posible resurrección.

La Universidad y la cuestión nacional en la América Latina balcanizada

Enrique Rivera y Jorge Abelardo Ramos coinciden en que la crisis del movimiento reformista se produjo por la desnacionalización que operó sobre la misma por parte de las fuerzas políticas de la Argentina oligárquica. Según Ramos, la Reforma universitaria en 1918 no miraba hacia Buenos Aires, entendida ésta como la ciudad-puerto epicentro de la balcanización del Río de la Plata, sino que posaba sus ojos en América Latina.

Para estos autores la Reforma universitaria recobrará su carácter transformador en la medida en que pueda dejar atrás la falsificación histórica tejida a su alrededor por las fuerzas antinacionales. Para Rivera, las izquierdas latinoamericanas deben poner centrar su atención en la cuestión nacional en los países dependientes para contribuir en un futuro a la revolución nacional antiimperialista. De lo contrario, la universidad seguirá atrapada dentro de la superestructura cultural del régimen oligárquico, blandiendo el principio reformista de la autonomía como un recurso para escindir a las casas de estudio de los problemas nacionales.

De acuerdo a Rivera (1950), en las principales obras de Marx y Engels la cuestión nacional ocupa un lugar predominante. Pese a ello, el socialismo y el comunismo persistieron en sus errores teóricos:

En países históricamente retrasados, en los cuales la revolución se desarrolla por vías nacionales, sostuvieron idénticas fórmulas y consignas que en las naciones desarrolladas de Europa o en los Estados Unidos. ¿Cuáles son las causas que llevaron a esta deformación, de tan grandes consecuencias históricas? No es éste el lugar para exponerlas. Pero señalaremos, de modo muy general, que la subordinación económica de nuestros países determinó que las tendencias ideológicas y políticas en pugna reflejaran las grandes fuerzas mundiales. Así, el socialismo tradicional, tradujo con su ignorancia del problema nacional de América Latina, la presión del imperialismo dominante. Se ha dicho y es axiomático que quien desconoce el nacionalismo del país oprimido favorece el del opresor.

Frente a esta izquierda, que pregona un internacionalismo abstracto que anula el carácter progresivo de los movimientos nacionales en una Latinoamérica semicolonial, se erige la denominada izquierda nacional. De acuerdo a estos autores, esta fuerza política será la encargada de derribar la falsificación histórica que pesa sobre la Reforma universitaria y la que asumirá como tarea enlazarla nuevamente con la tradición bolivariana.

En diversos países de América Latina, estamos asistiendo a un vigoroso proceso de creación de una poderosa corriente socialista conectada con el movimiento de unificación nacional de nuestros pueblos. [...] Desde este punto de vista, es imprescindible reexaminar qué fue la Reforma universitaria. Las reivindicaciones democráticas que ésta lanzó (participación del estudiantado en el gobierno de la Universidad, autonomía de

ésta, asistencia y docencia libres, etc.), estuvieron ligadas, como hemos demostrado, a la concepción de que un nuevo ciclo de civilización se iniciaría en América Latina, cuya forma política consistiría en federar sus estados, en constituir la verdadera nación. Con el tiempo, y a medida que dominaba la reacción en la Argentina y en otros países, esas reivindicaciones quedaron desvinculadas por completo de aquella concepción, de su base nacional legítima, y se diluyeron en las expresiones democráticas comunes en Occidente. Esto permitió a los imperialismos dominantes en América Latina —inglés, yanqui y francés— utilizar los ideales democráticos de la Reforma para movilizar al estudiantado en favor de sus intereses económicos y políticos: participación en la guerra de 1939-1945 (Rivera, 1950, s/p).

Siguiendo esta interpretación, la Reforma universitaria, una vez producida la derrota del yrigoyenismo, fue ganada por las fuerzas de la Argentina oligárquica y estuvo sujeta a una tarea de adulteración de su contenido primigenio en la que se exaltó su impulso liberal-democrático en detrimento de su contribución a la liberación nacional. Por esta razón, se asiste al fracaso de la Universidad reformista, que fue devuelta a su rol de institución formadora de la *intelligentzia* y la clase dirigente, oponiéndose en bloque a los movimientos nacionales y colaborando con las fuerzas políticas antinacionales de la Argentina en coyunturas decisivas como 1930, 1945 y 1955.

Sin embargo, la universidad reformista desmantelada recobrará su vitalidad política en la medida en que recobre su base nacional.

Las circunstancias posteriores de la lucha han conducido a una exacerbación de las consignas democráticas de la Reforma, pero si éstas no son conectadas nuevamente al contenido nacional que les dio nacimiento, llevarán otra vez al estudiantado a un callejón sin salida. La Universidad será escenario repetido de una lucha entre dos sectores, uno aparentemente progresivo, otro aparentemente reaccionario, pero ambos, en fin, sujetos a intereses extraños a los del propio estudiantado latinoamericano.

Estudiar concreta y profundamente la Reforma universitaria de 1918, huyendo de las abstracciones y chácharas de sus pseudoexponentes, que hoy brotan como hongos, significa para el estudiantado reencontrar la verdadera ruta, la que lo liga realmente al movimiento obrero —aspiración constante de la Reforma—, la que lo une al pueblo todo en la lucha por la liberación nacional y social de América Latina (Rivera, 1950, s/p).

En *Historia de la Nación latinoamericana*, Jorge Abelardo Ramos (1975) sintetiza magníficamente la significación histórica y la relevancia de la Reforma universitaria para la izquierda nacional:

Cuando los ecos de las luchas bolivarianas parecían extinguidos y los escritores habían enmudecido, aflora con enorme fuerza la tradición sepultada: la Reforma es latinoamericana, popular, nacionalista y socializante. Por primera vez en muchas décadas se unifica en el campo del espíritu: aparece un movimiento que se reconoce hermano en veinte Estados y proclama la emancipación de la Patria Grande.

La *resurrección* del ideario nacional-latinoamericano de la Reforma universitaria necesita a Bolívar en vez de a Rivadavia; a Felipe Varela en lugar de Bartolomé Mitre; y a Manuel Ugarte en reemplazo de Juan B. Justo. De ello dependerá la revitalización de la Reforma universitaria. De lo contrario, integrará el osario de efemérides de la cultura oficial.

Bibliografía

Galasso, N. (2001). *Socialismo y cuestión nacional*. Rosario: Homo Sapiens.

(2007). *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina*. Bs. As.: Nuevos Tiempos.

Haya de la Torre, V. (1935). *¿A dónde va Indoamérica?* Santiago de Chile: Biblioteca América.

Methol Ferré, A. (1960). *La izquierda nacional en la Argentina. Con textos escogidos de Mario Amadeo, Arturo Jauretche, Marcelo Sánchez Sorondo, Emilio Fermín Mignone y Juan José Hernández Arregui*. Bs. As.: Coyoacán.

Ramos, J. (1961). *Manuel Ugarte y la Revolución latinoamericana*. Bs. As.: Coyoacán.

(1962). *El Partido Comunista en la política argentina. Su historia y su crítica*. Bs. As.: Coyoacán.

(1975). *Historia de la Nación latinoamericana*. Bs. As.: Peña Lillo.

(2013). *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. 3. La bella época (1904-1922)*. Bs. As.: Continente.

Rivera, E. (2006). *La Reforma universitaria*. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/rivera/webdoc1.htm>

Spilimbergo, J. (1960). *Juan B. Justo o el socialismo cipayo*. Bs. As.: Coyoacán.

(2003). *La cuestión nacional en Marx y otros ensayos políticos*. Bs. As.: Fondo Editorial Simón Rodríguez.



Diseño mural "Reforma Universitaria 1918", realizado por Nicolás Ramón Boschi y Analía Romero, 2018. Proyecto de Artes Plásticas América en Colores.



CONGRESO
EDUCACIÓN
SUPERIOR +
**NUESTRA
AMÉRICA**

Congreso «Desafíos de la
Educación Superior en
Nuestra América: a cien años
de la Reforma Universitaria»,
UNLa, septiembre de 2018



Departamento
de Planificación y
Políticas Públicas



Secretaría de
Ciencia y Técnica

ISBN 978-987-4937-32-2



9 789874 937322